



DIEGO PASZKOWSKI

*narrativas argentinas*

TESIS SOBRE  
UN HOMICIDIO

*Editorial Sudamericana*

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodríguez

DIEGO PASZKOWSKI

*Tesis sobre un homicidio*

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

1999, Diego Paszkowski

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723.

© 1999, Editorial Sudamericana S. A.  
Humberto I 531, Buenos Aires.

ISBN 950-07-1530-9

Dedico este libro a Ursula Rénique, por los  
encuentros que, mientras era escrito, sucedieron  
en Buenos Aires, en Nueva York y en Madrid.

DIEGO PASZKOWSKI

Agradezco especialmente las correcciones y enseñanzas de mis amigos Marcelo Urresti y Gabriel Pasquini.

Agradezco a mis amigos, los abogados Jorge Luis Bachur, Liliana Perelman y Ricardo Urresti, su necesaria colaboración técnica.

Agradezco los detalles aportados por mis amigas francesas Maïa Nicolás, Carine Bizot y, en especial, Magalí Belma; agradezco también por los mismos motivos a mis alumnos y ex alumnos Ana Cecchi, Adam Molho, José Totah y Alexis Winer. Y a Gabriela.

D. P.



## *Uno*

Está sentado en el último banco de la última fila del salón de lectura, es decir en la esquina opuesta a la de la entrada y, por lo tanto, para llegar hasta él hay que atravesar un pasillo que va desde la misma puerta hasta los ventanales y luego recorrer otro pasillo mucho más largo junto a éstos para llegar al fondo de la sala, pasando inevitablemente cerca de varios lectores que, a esa hora, cuando ya falta poco para el anochecer, acumulan vasitos de plástico con restos de café, envoltorios de chicles, hojas con apuntes escritos a mano, lápices, lapiceras, gomas, carpetas y, por supuesto, libros, agendas y todo lo que se necesita para pasar una tarde en una biblioteca, excepto cigarrillos, porque allí está prohibido fumar, como bien lo indican los carteles que, en varias de las paredes del amplio recinto, resaltan no sólo porque están hechos a mano, en marcador negro, seguramente por la empleada más prolija, sino porque eso, los carteles de “prohibido fumar”, es lo único que tiene palabras, que tiene letras, lo único que puede leerse allí a simple vista, pues para acceder a la verdadera lectura uno debería haber pasado primero por la mesa de entradas, saludado amablemente a alguno de los cinco empleados de turno, tras haber esperado que algún otro lector haya sido satisfecho en su pedido de un volumen que siempre será difícil de hallar, azaroso en el encuentro, un volumen que si bien estará anotado en su ficha, o en alguna de las tres computadoras que no siempre funcionan, no podrá ubicarse con facilidad en el anaquel correspondiente, ni su título en las carpetas que conservan los nombres, apellidos y direcciones de los lectores asiduos, esos que, quizá gracias a su permanencia y a la fidelidad a esa misma biblioteca, a esa misma universidad, a ser alumnos regulares y no simples invitados, poseen no sólo su nombre en alguna de las cuatro carpetas, ordenadas alfabéticamente como A-F, G-L, M-P y Q-Z, sino un carnet, verde oscuro, con los datos del titular en el frente y la

banda magnética en la cara posterior e, impreso en el ángulo inferior izquierdo, el sello de la Universidad de Buenos Aires, la Carrera de Derecho lo habilita a llevarse a su casa o adonde quisiera el ejemplar de su predilección un mínimo de cinco días y un máximo de catorce, a menos que éste sea un incunable, lo cual hará que el carnet pierda todo el poder de persuasión, todos los privilegios que poseía, o mejor dicho que le hacía poseer a su dueño, ya que los incunables sólo pueden ser leídos en la misma biblioteca donde él, ahora, está colocando un señalador en el artículo ochenta, en la hoja veintiocho del Código Penal argentino, en la que se explica que se impondrá reclusión perpetua o prisión perpetua, pudiendo aplicarse lo dispuesto en el artículo cincuenta y dos, que no importa porque él sabe que no tiene antecedentes penales, ni en Francia ni aquí en Buenos Aires ni en ningún lado y el artículo cincuenta y dos tiene que ver con la reincidencia, al que matare a su ascendiente, descendiente o cónyuge, sabiendo que lo son, y él piensa que no, que para matar a sus padres tendría que volver a Francia, y que hijos no tiene, y que esposa no tiene ni piensa tener, con ensañamiento, alevosía, veneno u otro procedimiento insidioso, y él no recuerda bien qué quería decir en castellano la palabra insidioso, pero se da una idea, por el contexto de la frase, aunque más que en *insidieux*, en *insidieuse*, piensa en *embûche*, en *pliègue*, que es algo así como una asechanza, y decide que esta agravante sí es fácil, porque es fácil matar con ensañamiento, alevosía, veneno y varios otros procedimientos insidiosos, sea lo que fuere que quisiera decir la palabra insidioso, y por precio o promesa remunerativa, y Paul piensa entonces que, como no está relacionado con nadie en Buenos Aires y no quiere recordar ni visitar a nadie, para sumar esa agravante deberá fraguar algún tipo de carta, de nota, de promesa de pago de alguien inexistente, o tirar una faja de banco, de esas de papel con que se atan los billetes, pero todo sin dejar huellas digitales, y por placer, codicia, odio racial o religioso, y piensa que ésta sí, placer seguramente, codicia no, la codicia no es un buen sentimiento, y el odio racial o religioso se puede representar bastante bien, porque de cualquier forma la justicia es ciega, y es ciega no porque no haga diferencias entre las personas sino porque no es capaz de ver absolutamente nada, aunque ahora Paul piensa en que si mata por placer, si elige por placer, o al azar, a cualquier persona para matarla, sería contradictorio con aquello de la promesa remuneratoria, aunque a uno bien le podrían pagar para hacer algo placentero, como por ejemplo matar a alguien con un medio idóneo para crear un peligro común, que podría ser una bomba, eso, una mujer con una bomba atada al cuello, tirada en un descampado, después de haber sido secuestrada, violada y torturada, aunque, si explotase la bomba, nadie sabría nunca todo lo que sucedió antes, y el propósito del crimen se perdería, porque un crimen es, para Paul, ante todo una

enseñanza, la enseñanza de que la justicia es estúpidamente ciega y que, al mismo tiempo, la muerte es una cuestión de azar, dos motivos más que suficientes para matar a alguien, para matar a alguien él, que nunca ha matado a nadie, pero que viene pensando en eso, en eso de la justicia ciega, de la vida escogida al azar, desde hace mucho tiempo, quizá desde que era chico y vivía en Buenos Aires, hasta los ocho, y seguro desde que lo trasladaron a Francia a terminar la escuela primaria y el colegio secundario, y eligió después la carrera de Derecho justamente para demostrar que la vida no vale nada, que él podrá asesinar a alguien con el concurso premeditado de dos o más personas, aunque no, no conoce a nadie en Buenos Aires, y además hay que descartar la bomba, cambiarla por veneno, porque el veneno en un tanque de agua también es un medio idóneo para crear un peligro común, aunque eso es difícil de lograr, porque los tanques de agua están en las casas y en las casas hay vecinos y los vecinos son testigos y si los testigos lo describen la justicia ya no sería tan ciega, y no es eso lo que él quiere, y de sus compañeros de primaria, de sus compañeros del liceo franco-argentino en que hizo la mitad de la primaria no se acuerda ni de las caras, ni de los nombres, ni de las caras ni nombres de los profesores ni de nada del colegio ni de nada, como si hubiese nacido recién a los ocho años, bajando del avión en el aeropuerto de Orly como quien sale del útero, para volver ahora, a los veintitrés, medalla de oro en Derecho Penal en la *Université Panthéon-Assas Paris II*, no en busca de su pasado, no a recuperar aquellos ocho años perdidos, sino a cometer un crimen, realizado quizá para preparar, facilitar, consumir u ocultar otro delito o para asegurar sus resultados o procurar impunidad para sí o para otro o por no haber logrado el fin propuesto al intentar otro delito, y esto último es lo primero que descarta, porque él, Paul Besançon, que nunca ha cometido ningún crimen, es demasiado inteligente como para fallar en algo, en otro delito, es demasiado hábil como para verse obligado a matar, porque lo que él quiere es matar por placer, porque quiere, y lo de lograr impunidad para otro también queda descartado, que es la desventaja de no conocer a nadie, aunque la impunidad propia está asegurada por la venda que la justicia tiene en los ojos, y también es posible preparar, facilitar, consumir y ocultar otro delito, pero ¿qué otro delito?, ¿violación?, ¿torturas?, varios, varios delitos, robo de automotor, ése sí que es un lindo delito, aunque para qué necesita un auto si su padre no sólo le alquiló, y por seis meses, y le instaló su piso en Alvear y Schiaffino, a pocos metros de la Facultad de Derecho donde él ahora está sentado, en la biblioteca, pensando en todo esto, sino que, a pesar de que él hubiese preferido un Renault 21, le compró un Peugeot 306 convertible, aun más lujo y confort, como en el piso, tercer piso, todo para que se quede en Buenos Aires no sólo las ocho semanas

que requiere el curso con el doctor Roberto F. Bermúdez, sino que se quede en Sudamérica, en la otra punta del mundo, de ser posible para siempre, y que no lo moleste más con sus silencios interminables en la mesa, en las reuniones con ex funcionarios de la cancillería, que no lo perturbe más con su mirada de hielo, despojada de todo rasgo de amor, de todo sentimiento, que no mire más a su madre con esos ojos fríos, que no mantenga esa vida ascética y retirada, tan poco acorde con el nivel social de su familia, que no se aparezca más en las reuniones así, como drogado, mirando a los presentes como si fuesen fantasmas, fantasmas de smoking en casa de su padre, Paul, diecisiete años, baja a la sala de reuniones de su casa, mira el vestido azul de su madre, mira el smoking impecable de su padre, recorre con la vista las luces de los candelabros, el reflejo de las luces en los cristales del salón, mira a los invitados, a las mujeres perfumadas, a los hombres elegantes, y por sus ojos todos saben que, para él, para el extraño hijo adolescente de los dueños de casa, ellos están irremediabilmente muertos, y donde hay vestidos ve mortajas, y detrás del maquillaje fresco de las mujeres ve la palidez de los que han dejado de existir, y sabe que todos esos personajes, que todos los amigos que su padre ha cosechado en sus años de trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que las conexiones logradas con empresarios y funcionarios tanto de Argentina como de Francia en los doce años en que sirvió a su país como agregado cultural en la embajada en Buenos Aires, y que toda la fortuna, las propiedades que adquirió a lo largo de su vida, de sus misiones en distintos destinos diplomáticos, no significan nada, aunque ahora pudieran darle una alegría al saber que su hijo sí acepta la invitación que, a su pedido, le ha cursado su amigo el doctor Roberto F. Bermúdez, y que le va a dar a su esposa el mejor regalo que ella pudiera esperar, que es no ver más, por ocho semanas o mejor, por toda la vida, por todo lo que les reste de vida, la mirada inquietante de su hijo Paul, que se irá entonces a la Argentina con un piso ya alquilado, ya amueblado y decorado con esmero, con todas las cuentas a debitarse de su tarjeta de crédito, sin límite de gastos, con todas sus cosas, con todas las cosas de su cuarto trasladadas especialmente a la Avenida Alvear 1977, lugar de residencia hasta junio y esperemos que por toda la vida, piensa el padre, de su hijo Paul, que no aparecerá más en las reuniones y que entenderá de una vez por todas que en el derecho, que en el verdadero derecho, no alcanza con tener el promedio de nueve con ochenta y ocho que él obtuvo en los dos años y medio que le demandó la carrera en Assas, que para acercarse al verdadero derecho hay que ser, también, un hombre justo, y es eso lo que le puede enseñar su amigo Roberto, a descubrir la esencia de la justicia, porque aunque hubiesen pasado los quince años que pasaron, Roberto seguirá siendo Roberto, un hombre justo,

ahora famoso como docente de Derecho Penal en Argentina y en toda América, quizá el que más trabajos ha publicado en las revistas especializadas del mundo, el más notable y el más sensible de los lectores de Baudelaire, el más claro en sus explicaciones sobre los valores de la justicia, el más feliz en su matrimonio, el más atento de los hombres, el único que le puede enseñar a su hijo, al desequilibrado de su hijo, que con ser perfecto, que con ser inteligente, culto y distinguido no alcanza, que también hay que ser bueno, que hay que ser un buen hombre, como él mismo, como su amigo Roberto, y formar una familia, como él mismo y como su amigo Roberto, y que hay que hacer algo por los demás, algo más que mirarlos con desprecio, como su hijo miró siempre a sus padres y a los amigos de sus padres, algo más que quedarse en silencio durante días enteros, durante semanas y meses, como si el resto de la gente no tuviera el suficiente valor como para que él, Paul, su hijo, que quién se cree que es, piensa el padre, se digne a bajar de sus alturas para hablarles, y quizá en esas ocho semanas él pueda aprender algo de la vida, de la vida real, no de las películas, no de las películas que Paul alquila, que Paul ha alquilado en los últimos meses y que después compró, de las películas que, por alguna razón, no ha querido trasladar a Buenos Aires junto con el resto de sus cosas, casi todas películas de suspenso, aunque no, a su hijo antes no le gustaba el cine, ni las películas de suspenso, le gustaban los libros, los libros de derecho, sólo libros de texto, nada de ficciones aunque se tratase de novelas con abogados, que a su padre le gustaba comprar y regalarle, y que su hijo amontonaba en un estante de la biblioteca, sin leerlas, sin siquiera abrirlas, y entonces no sabe por qué de pronto su hijo fue alquilando primero, varias veces cada una, y después, en una sola tarde, compró todas aquellas películas de suspenso, *Cape fear*, *Natural born killers*, *Kalifornia*, *Romeo is bleeding*, *Too young to die*, y por qué sólo una de Woody Allen, *Husbands and wives*, y qué hacía entre ellas el melodrama *What's eating Gilbert Grape?*, o eso que parecía un insulto a la inteligencia, *Mixed nuts*, con Steve Martin, porque no podía ser que a nadie, y menos a su hijo, pudiera interesarle tanto como para llegar a comprarlo un video con Steve Martin, justamente Paul, educado en los textos clásicos, en los museos, en la más fina tradición del teatro francés, en el cine de autor, educado en los mejores colegios primario y secundario, en una buena universidad, no podía ser aunque eso, piensa el padre, todas esas películas americanas, aunque una fuese de Oliver Stone y otra de Martin Scorsese, todas esas estúpidas películas americanas, y en especial la de Steve Martin, eran la prueba de que su hijo estaba rematadamente loco, todas, todas esas películas cuyas cajas su padre ahora está revisando en el cuarto vacío que fue de Paul, donde no quedó nada que hiciera pensar que allí, que en ese cuarto del primer piso, que en ese cuarto desde cuya ventana se ve

todo el parque de la mansión, y las fuentes, y la glorieta, y el camino asfaltado que conduce a la calle, que en ese cuarto de paredes blancas y cortinas que se mueven lentamente con la brisa, que allí vivió, durante quince de sus veintitrés años, su hijo Paul, que lo único que ha dejado en la casa son esas ocho películas, que su padre ahora está llevando hacia la sala de estar, y que colocará en la videocasetera y que mirará durante los próximos días, una por vez, para saber si su hijo ha dejado allí alguna clave que pueda explicarle en qué se equivocó, en qué se equivocaron ambos como padres, qué le hicieron faltar, qué le faltó al pobre de su hijo Paul, que no puede, que no pudo nunca ser feliz, aunque quizá ahora, en Buenos Aires, en Buenos Aires hay mujeres hermosas y su padre lo sabe bien, en Buenos Aires y con la ayuda de su amigo Roberto quizá Paul encuentre alguna forma de felicidad, piensa el padre y aprieta “play” en el control remoto y se dispone a quedarse en el sillón para ver *Cape fear*, la primera de las películas que su hijo le ha dejado, mientras espera que llegue Murielle, su mujer, para preguntarle a ella, para preguntarle a ella que siempre ha sido una mujer razonable, si no es una locura que él esté pensando en eso, en que su hijo le ha dejado todas esas películas a propósito, para decirle algo, para decirle algo a él, a su padre, a él que nunca se ha animado a preguntarle nada y que ahora se pregunta dónde estará su hijo, por qué no ha llamado desde Buenos Aires, por qué no se comunica para que su madre se quede tranquila, aunque su madre sí debe estar tranquila porque ha salido hacia el *Bois de Boulogne*, hacia el *Stade Français*, a encontrarse con Sylvie y Claudette y Segolene, debe estar hermosa con su ropa de tenis, con su cabello rubio, con sus piernas doradas por el sol de primavera, Murielle siempre fue hermosa y todavía lo es, y él ha sido muy afortunado en compartir con ella casi toda su vida, todo lo importante de su vida, incluyendo la crianza de Paul, que sí ha sido difícil porque el chico no ha salido a él, a su padre, que es un hombre sensible y abierto, ni a la madre, que es sincera y medida, y Paul no es ni sensible ni abierto ni sincero ni medido, su hijo es metódico y disciplinado y enigmático y oscuro, y tiene esa mirada que no es la de ninguno de sus padres, tiene la mirada de alguien que es capaz de cualquier cosa, no la mirada limpia de su amigo Bermúdez, la mirada turbia de los asesinos, como la que ahora muestra Robert de Niro en la pantalla, una mirada que provoca miedo en los otros, qué estará haciendo su hijo, en qué estará pensando allá en Buenos Aires, piensa el padre y recuerda que sobre el escritorio, en su agenda, tiene anotado el teléfono de Roberto y piensa en llamarlo, aunque no ahora, porque en Buenos Aires deben ser las nueve de la noche, hay cuatro horas de diferencia y Roberto y Roxy, su mujer, ya deben estar cenando, pero su hijo no, su hijo debe estar recorriendo Buenos Aires, visitando su colegio pero no, no a esta hora, a esta hora debe estar leyendo en la

biblioteca de la Facultad, o quizá en clase, a esta hora debería estar en clase o leyendo, en los últimos años sólo hizo eso, asistir a clases y estudiar, todos los días, todos los días, salvo cuando fue al cine a ver, justamente, *Cape fear*, y el otro en que fue hasta la FNAC, hasta la sucursal de la FNAC que queda en *La Defense*, según consta en el recibo de compra, a elegir todas esas películas que ahora esperan en el mueble del televisor que el padre de Paul las estudie para ver si, al fin, contienen algo de todo lo que su hijo no contó, algo de lo que ocultó en todos estos años, que ahora Paul prefiere recordar como un mal sueño, años de aburrimiento, de inactividad, de espera, eso, años de espera hasta llegar a esta biblioteca, a esta página veintiocho del Código Penal argentino, edición de Zavalía del mes de julio de 1987, de tapas rojas con líneas blancas, que una de las empleadas de la biblioteca le ha entregado después de haberle hecho llenar tres formularios completos, es una pena que no tenga su carnet ¿sabe?, como si debiese rendir cuentas, como si no pudiera comprarse con su tarjeta de crédito una edición mejor, una edición más nueva, y de preguntarle tres veces qué necesita y aunque él ha dicho las tres veces un código penal ella no parecía conformarse, ¿sólo eso?, ¿sólo eso necesita? en el primer piso tenemos de todo, ha insistido la empleada, tenemos una sala de jurisprudencia con todo lo que se pueda pedir, los tomos de Jurisprudencia Argentina, cuatro o cinco por año, el primero de 1918 aunque sólo llegamos hasta 1987, nos faltan diez años, qué se le va a hacer, pero tenemos Colecciones de Doctrina, y Anales de Legislación, y tomos de La Ley desde 1936, y de El Derecho desde 1962, y de RED, Repertorio de El Derecho, desde 1966, y leyes nacionales, y provinciales, y acordadas, y resoluciones y disposiciones, y todo se puede fotocopiar dentro de la facultad, todo excepto los fallos de la Corte, que son tesoros nacionales, está bien, usted sólo necesita un Código Penal, debería comprárselo, alumno, todo el mundo tiene uno, pero no, piensa Paul, es mejor usar las armas de ellos, las propias armas de la Facultad, del poder, para demostrar lo que quiere demostrar, que es que la justicia es ciega, aquí en Buenos Aires y también en Francia, en París debe ser la una de la mañana, piensa Paul, porque aquí ya son las nueve, la hora en que su madre suele regresar todos los viernes después de pasar la tarde jugando al tenis, después de cenar con sus tres amigas en el Stade Français, debería estar llegando ahora mismo a casa, diciendo hola Bernard con esa voz musical, con esa voz insoportablemente musical, hola Bernard ya llegué pero qué raro encontrarte mirando un video ¿qué película es?, pero si ya la vimos, es esa donde De Niro hace de psicópata, ¿no?, ¿no tenías una mejor, alguna que no hayamos visto?, ah, otra cosa, ¿y qué tiene que ver Paul con todo esto?, Paul está en Buenos Aires, querido, no hablemos de él, hoy pasé una tarde hermosa y no quiero

deprimirme, dejemos a nuestro hijo en Buenos Aires, Bernard, tengo una novedad para contarte, no me vas a creer, Sylvie se va a dar la vuelta al mundo ¿no es genial?, sí, se va con el novio, ¿y por qué no puedo decirle novio?, no tiene nada que ver la edad, y Bernard se queda en silencio, pero sigue pensando que nadie que haya pasado los cincuenta años, nadie como él, ni como su esposa aunque siga siendo atractiva, ni mucho menos alguien como Sylvie puede, a esta edad, hablar de novios como si fuesen adolescentes, y ahora, mientras apaga el televisor y la video aunque la película no haya terminado, piensa que la edad le ha hecho mal a su esposa, que ella se vuelve cada día más superficial, más frívola, le ha hecho mal la edad o el dinero, porque ya no es la mujer centrada que lo sostuvo durante todos sus años en la diplomacia, y otra vez piensa en Roxana, la esposa de Roberto, piensa en una frase que le dijo Roberto hace ya veinte años, en una recepción de gala, cuando se quedaron solos porque Murielle había querido ir al toilette y le pidió a Roxy que la acompañara, y entonces, no sabe por qué, él, Bernard, dijo en broma qué bien, un poco de paz, y Roberto, que usualmente hablaba con él en francés para no perder el idioma, dijo en un castellano muy de Buenos Aires, muy porteño, si lo decís por ellas te equivocás, hermano, para mí Roxana es paz todo el tiempo, y él entonces pensó que Murielle le daba algún momento de paz pero de ninguna forma todo el tiempo, como Roxy a Roberto, y entonces sintió una mezcla de envidia y respeto por su amigo, un respeto que fue creciendo con los años y la distancia, una envidia que también fue creciendo a medida que se reducían y se espaciaban los momentos de paz que le brindaba Murielle, y se acrecentaban en su imaginación los que le brindaría Roxy a Roberto, que ahora, a la una de la mañana, nueve de la noche en Buenos Aires, estará cenando o yendo a clase, dictando clase, las nueve ya, piensa Paul y está a punto de recordar un sueño que tuvo la noche anterior, soñó con un puente, con un puente cualquiera, quizá el *Pont Neuf*, quizá otro, y muchas personas en él, tantas que era imposible caminar, imposible moverse, tantas que Paul ya comenzaba a asfixiarse, buscaba entre la gente a algún conocido, a alguien de su familia, a alguna mujer, alguien que lo rescatara pero no encontraba a nadie y se despertó sin acordarse de nada pero angustiado y por eso ahora no quiere acordarse ni angustiarse y no piensa en eso sino en levantarse del asiento y recoger con una sola acción, rápida y precisa, todos sus libros y cuadernos, se levanta, gira y camina por el pasillo, junto a las veintidós hileras de pupitres y a los pocos estudiantes que aún quedan, junto a los once ventanales por los que hace rato ha dejado de entrar la luz del día, setenta y seis pasos, y dieciocho más, para atravesar la puerta y, sin devolver el libro, subir varios tramos de escaleras y atravesar descansos y pasillos breves y acceder desde la planta

principal al primer piso, y caminar los sesenta pasos, subir cuatro escalones, y seis pasos, y bajar cuatro escalones idénticos y al fin dar ciento cuatro pasos por otro pasillo para entrar al aula ciento diecinueve del primer piso, para llegar siete minutos tarde a su primera clase y conocer al fin a ese doctor tan famoso amigo de su padre.

## *Dos*

Quince. Quince abogados, casi todos jóvenes. Buen número el quince, me gusta. Todavía no llegó ninguno. Cuando lleguen se van a asombrar, como se asombran todos cuando ven que estamos en la Facultad pero que esto no es la Facultad. Llegar y encontrarse con que el profesor ya los está esperando, eso me hubiera gustado a mí cuando estudiaba. Al entrar no había nunca profesores adentro del aula. Ni así, como estoy ahora, mirando por la ventana, ni de ninguna otra forma. Por la ventana no se ve gran cosa. Quizá de día desde acá pueda verse algún pedacito de río. Quién sabe. Yo no. Siempre dicto este seminario durante las noches. Ahí abajo no se ve nada, qué mal iluminado que está. Del descampado no se ve nada, y apenas se ven los autos estacionados cuando pasa el tren, que pasa seguido. Aunque no es el mismo tren el que pasa seguido. Son distintos trenes. La terminal está cerca, y hay tres líneas: Belgrano, Mitre y San Martín. Pasan todo el tiempo, pero nunca son los mismos, y además no es cierto que iluminen a los autos. Es distinto. Yo sé que hay un estacionamiento porque lo conozco desde siempre, pero la luz de los trenes apenas muestra formas vagas. Los autos alineados se pueden adivinar, pero si la luz del tren no los alumbraba es como si no estuvieran. Un autito al lado de otro autito. Y después, acá, un abogadito al lado de otro abogadito. Todo muy limpio. Pero la Facultad no es así, y la carrera de Derecho tampoco. Uno llega y tiene que esperar, y el doctor Fulano no viene, y hay que esperarlo hasta que a alguien, a cualquiera, a cualquiera de los inútiles empleados administrativos se le ocurra acordarse de avisar que el doctor Fulano no va a venir porque tiene un problema. Un problema, o un compromiso, así te dicen. Eso es la Facultad, y eso el Derecho, un intento. Es eso, lo más lejano a la perfección, lo más lejano a la excelencia, a la Justicia, lo más lejano que se pueda pedir. Por eso esto no es la Facultad. Porque ellos son quince y van a venir los quince a las ocho clases, y no

va a faltar ninguno a ninguna, espero. Y porque yo estoy acá, porque ahora me acomodo en el escritorio, a esperarlos. Todos vienen siempre a mis clases, y yo estoy siempre en todas mis clases. Nunca falté a ninguna. Nunca llegué tarde. Nunca. Aunque cómo voy a llegar tarde si esto es casi lo único que hago, estas ocho clases es todo lo que hago en el año. Esto y la televisión, "Por derecho propio" no es un mal programa, y para grabarlo me alcanza con un día por mes. Además, me da dinero más que suficiente. Debería dejarlo. No hay que ser codicioso, la codicia no es un buen sentimiento. Aquí tenemos ocho clases, "Seminario de Especialización en Derecho Penal", lindo título, algo pomposo tal vez, pero lindo. Especialización es una palabra un poco larga. No me gustan las palabras largas, porque en los alegatos confunden. No se puede decir "en este instrumento privado hay una sobreimpresión apócrifa", así no tiene que ser el Derecho. Habría que decir "el tipo alteró su recibo de sueldo", o algo así, así todos entienden, qué gracioso. No entiendo a los abogados. Me pasé toda la vida entre abogados y no los entiendo. Tienen todos esa soberbia, ese creerse que están por encima del mundo... de los "legos", y escupen "legos" como si dijieran "analfabetos". Y la gente no es idiota, no hay que subestimar a nadie. No puede ser que uno se estudie un par de códigos, que sepa un par de procedimientos y por eso te vengan a llamar a la noche, a las tres de la mañana, para decirte "doctor, sáqueme de la cárcel". Como si uno fuera médico. La de abogado no es una profesión. Debería ser un oficio, apenas. Eso. Somos carpinteros y nada más. Somos carpinteros y ahí están llegando. Dos, ahora tres juntos. Cuatro más. Todos dicen buenas noches. Todos son muy educaditos, se les nota en la cara que son los mejores de sus promociones. Tienen caras de estúpidos. Dos más, y ahora otros dos. Y uno. Todos sentados, todos con sus libros y cuadernos, todos para ver qué nuevo elemento puede aportar a sus vidas este tipo, que soy yo, qué sabe este tipo, qué sé de procedimientos y normas legales y trucos y trampas para que el derecho penal tome las dimensiones de nuestros deseos, para que podamos dejar libres a los estafadores y a los empresarios, que vendría a ser lo mismo. Y para meter presos a los ladrones de gallinas, que casi nunca tienen cómo pagar, a menos que, después de que los sacamos del juzgado, se pongan a robar para nosotros. Ese sí que sería un buen tema para alguna de las tesis que van a preparar ellos. Podría titularse "De cómo un abogado debe tratar de vencer la tentación de hacer trabajar para sí a los ladrones que ha defendido con éxito". Pero no, estos tipos van a defender a los empresarios solamente. A todos se les nota la distinción. Eso son. Son abogados distinguidos. Qué asco me dan. Todos. Los... a ver... los... catorce. ¡Catorce! ¿Dónde está el que falta? Todo el mundo sabe que a mi clase no se llega tarde, y no se falta. Quién será el idiota. Ahora cuando

tome lista voy a saber quién es el tipo que va a reprobar mi curso. Muy bien. No dije ni siquiera “buenas noches” y ya hay un abogado que reprobó el “Seminario de Especialización en Derecho Penal”. Vamos a mirar la lista. Todos sentados. Bien. Todos en silencio. Abdala. Absat. Besançon. Ah, Besançon. El hijo de Bernard. ¿Cómo andará Bernard? Tanto tiempo... Al hijo lo conocí de chico. ¿Cuál será? Tiene que ser uno de ellos, pero pasaron tantos años... tenía ojos verdes, pelo lacio. Demasiado serio, no parecía un chico, no se parecía a Bernard. Gran tipo Bernard, siempre dispuesto a conversar. Y su mujer, tan linda... Murielle. Sí, Murielle. Rubia. Lindísima. Ahora debe estar avejentada. Me cuesta imaginarla así, vieja. Pero ya habrá pasado los cincuenta, como todos. ¿Cuál será?

– Buenas noches, disculpe...

– ¿Cómo disculpe, doctor? ¿No sabe usted dónde está? Esta es mi clase. No se llega tarde a mi clase. Dígame su nombre y siéntese.

– Paul. Paul Besançon. Y discúlpeme, por favor. No se va a repetir.

– Eso espero. Puede sentarse, doctor Besançon. Esto es para todos, señores. A mi clase no se llega tarde, y no se falta por ningún motivo, justificado o no. No se falta. Son ocho clases, y ustedes, por primera vez en sus vidas, van a permanecer atentos durante cada uno de los minutos de las dos horas que dura cada clase. ¿Está claro, doctores? No van a hablar si yo no lo pido. No van a mirar por la ventana. No van a distraerse. No van a mascar chicles ni caramelos ni nada. Van a hacer y pensar todo lo que yo quiera que hagan y piensen. Yo, acá, soy algo más que Dios. Y en los casos hipotéticos o reales que tratemos en este seminario, si ustedes tienen que defender a un inocente y a mí se me ocurre declararlo culpable, es culpable. ¿Está claro? Y ahora vamos a ver quiénes son. Abdala... Absat... Besançon... Britos Núñez. A ver, Britos Núñez, ¿por qué se inscribió con los dos apellidos? Me imagino que no habrá sumado el de su padre y el de su madre para aparentar...

Ya está, se rieron, por lo menos se aflojó el clima. Muchos tienen doble apellido de verdad. Son así. Problema de ellos, o mejor dicho de la gente que vayan a defender. Yo no me dejaría defender de nada por ninguno de ellos. Son demasiado chicos. Veinticinco años, promedio.

– Durruti... Escudero... Flores Arrechea... Gómez Marzini... ¿Usted es el hijo del fiscal? Mándele saludos de mi parte. Bien. Guerschovski... Montes Ocampo... Peláez de la Fuente... Rodríguez Cacciola... Rizzi... Szrikinsohn... Tronquini. Bien. Todos presentes. Si alguno tiene algo que decir, que lo diga ahora o calle para siempre. Si a alguno no le gustan mis reglas, es mejor que hable o se retire ahora, porque en estas ocho semanas la va a pasar mal. Están a tiempo. Yo les avisé. Bien. Empezamos. No hay mujeres. Mejor que no haya

mujeres, doctores. No quiero distracciones. Me molesta que se distraigan, ya les dije. Si ustedes se distraen al redactar un escrito, o cuando tienen que hablar ante el juez, si ustedes se distraen solamente un segundo, un hombre puede ir preso. Eso es lo único que importa, cómo defienden. Cada juicio es distinto, cada juicio puede ser una obra de arte. Si ustedes no empiezan a pensar que son artistas, no van a convencer nunca a nadie de nada. Así que desde ahora van a tratar de utilizar todo lo que sepan, no solamente las cuatro tonterías que estudiaron en la carrera. Van a usar todo. Si alguna vez fueron a un museo, y espero que hayan ido, o si les interesa la literatura clásica, o el teatro, todo sirve. Un abogado culto es mejor que un ignorante con título. Y el mundo, discúlpenme, no es por ustedes, está lleno de ignorantes con título. Ustedes, por el promedio que tienen, deberían ser brillantes, pero vamos a ver si eso es cierto. Ustedes saben y yo sé que es un privilegio estar acá. Los quince mejores promedios, todos en la misma sala. Vamos a ver si es cierto. Voy a empezar como si no supieran nada de nada, doctores. Les pido que no se ofendan. Para hoy tenemos la primera unidad de la parte general. El tema es, por supuesto, el tipo penal, conducta antijurídica y culpable.

Bien. Esto va solo, todos atentos, todos concentrados, todos tomando apuntes. Eso me gusta. Buenos chicos, aunque ninguno parece brillante. Pero en la primera clase nunca ninguno parece brillante. Es lo de siempre. Si logro que estos tipos piensen, que se rebelen, va a ser un buen curso. Mis cursos siempre son buenos. Me gusta más esto, estar acá, que toda la carrera que hice desde que me recibí. Promedio siete, apenas. No medalla de oro como ellos. Pero cómo iba a tener una medalla de nada si no podía comprarme ni los libros. Toda una vida adentro de la biblioteca. No es justo. Pero quién dice que las cosas tienen que ser justas. Ellos trabajan en el estudio que seguramente tienen sus padres, y a mí, a los veinte, me costó un triunfo conseguir el nombramiento de auxiliar de sexta. En el juzgado de instrucción número once, a cargo del doctor Bianchi, todavía me acuerdo. Tipo inteligente, Bianchi. Cada vez que cambiaban de gobierno, él ascendía, no sé cómo hizo. Sueldo de quinientos mil pesos ley 18.188, apenas si me alcanzaba para pagar el cuarto, viáticos y comida. Con lo que me giraban desde Junín me podía alquilar los libros, por mes se alquilaban, a treinta y cinco mil pesos, ni siquiera podía comprarme un miserable tomo de algún tratado. Estos chicos deben tener buenas bibliotecas. Buenas, pero no tan completas como la que tengo ahora. Todo el estudio lleno de libros. Menos mal que nunca creí en la psicología. Si me viera un analista pensaría que compro libros que no necesito para cubrir la falta que tenía de joven. Qué idiotez. La psicología no es una ciencia. Es una larga serie de interpretaciones vagas e improbables. Ninguna ciencia social es una ciencia. No entiendo por qué la

gente cree en esas tonterías. Pero bueno, la gente también cree en Dios y nadie les dice nada. Aunque no hay pruebas nadie les dice nada. Pero la idiotez todavía no está tipificada. Si me pusieran de ministro de justicia establecería penas severas para la idiotez humana. Pero no, los ministros no reforman los códigos. Debería dominar el Congreso. Es difícil, pero hay quien puede. Nunca se sabe. Hace una hora que hablo y anotan, hablo y anotan, esto es fácil, es demasiado fácil, me gustaba más ser juez de instrucción, reunir e interpretar pruebas, eso sí que era lindo. Creo que debería abandonar la docencia, también. Pero no. Esto sí me gusta. Después los doctorcitos preguntan y yo les explico. Eso está bien. Buenos diálogos inteligentes. Estos chicos deben ser inteligentes. Pero bueno, les toca escucharme a mí. Ellos, que estudiaron en el Nacional de Buenos Aires o en el Carlos Pellegrini o en alguna privada de élite, escuchan a un tipo que se recibió de perito mercantil en Junín, en el culo del mundo. Qué ganas tengo de tomarme un whisky. Apenas salga de acá me cruzo hasta el Café de las Artes y me pido uno doble. O no, mejor espero hasta llegar a casa, me saco el traje y me pongo la bata. Viene Cecilia y me sirve uno triple. Qué me importa, después duermo hasta mañana, o hasta pasado mañana si quiero. Tengo toda la semana libre. Recién el viernes vuelvo a ver a estos chicos, hasta entonces no tengo nada que hacer. ¿Qué harán ellos? Salen de acá y los están esperando sus novias. Seguro, en la confitería de abajo. Es viernes a la noche, seguro que salen. Me imagino que a bailar no. Estos tipos no bailan. Bueno, cuando yo estudiaba tampoco iba a bailar. Los esperan sus novias. La novia de ese... Guerschovski, debe ser rubia, como él. Me gustan las rubias. Aunque Roxy es morocha, pero ella era distinta. También me esperaba en la confitería de abajo. Muchas veces, antes de casarnos. No hay que casarse. El matrimonio arruina todo. Si pudiera comprarme la cámara de senadores anularía la ley de matrimonio. Si total, después ellas se van. Un día te dicen quiero hacer mi vida, o nunca me prestaste atención, o me siento postergada, o siempre fui tu secretaria y no aguanto más, y se van, te hacen un juicio y te sacan la mitad de todo. Roxy no tuvo necesidad. Le di la mitad de todo y ni siquiera protesté. Me quedé solamente con la casa en Belgrano, la de Junín y un auto. El auto de ella quedó para ella, y la casa en Villa Gesell, y el campo de Córdoba, y su oficina del Centro. Le di más de la mitad. Qué me importa. Me tomo cuatro whiskys y se me pasa. A ellos los esperan las novias. Pobres tipos. Se van a casar y después ellas, todas ellas, les van a decir siempre fui tu secretaria, me siento postergada, nunca me prestaste atención y quiero hacer mi vida, y se van a ir. Qué me importa. Espero que sean buenos abogados, al menos. No hay nada peor que fracasar en el matrimonio y fracasar también en la profesión. Por suerte a mí en eso me fue bien. Ascendí a oficial primero, y después fui

secretario. Fui un buen secretario. Sabía lo que tenía que hacer. Tardaron poco hasta que se dieron cuenta y subí primero a fiscal, y después a Juez de Instrucción, y después a juez de Cámara. Si no hubiese sido juez de cámara durante tanto tiempo no estaría preparado para dar estas clases.

–Y eso es todo por hoy, doctores. Espero que les haya servido. ¿Alguna pregunta?

## *Tres*

Hay que buscar la accesoria del artículo cincuenta y dos, es lo primero que piensa Paul al levantarse a las nueve y media de la mañana del viernes, después de haberse quedado mirando televisión, haciendo zapping por los sesenta y cinco canales, hasta las dos de la madrugada, de la misma forma en que lo hizo en los últimos días, aunque con sólo chequear en *TV schedule*, de Internet, o mirar en el diario o en cualquier revista se hubiese enterado, pero él necesitaba que apareciera ella por sí misma, encontrarla ayudado únicamente por el destino, que apareciera en alguna película, en algún reportaje, se quedó una vez más desvelado para ver si aparecía ella que no apareció, no por lo menos durante las tardes, ni durante las noches, todas, hasta las dos de la madrugada en que invariablemente se dormía para despertarse una y otra vez como ahora, a las nueve y media, pero ahora, viernes, día de clase, pensando en eso, en buscar la accesoria del artículo cincuenta y dos, y no en ella, que no volverá a aparecer en las pantallas ni en su vida hasta que, por la noche, después de clases, otra vez comience con el zapping, o se compre, aunque para eso, piensa Paul, habrá que esperar hasta el lunes, otra vez las películas, las películas que dejó en París, en su cuarto, que le dejó a su padre para que de una vez por todas comprenda de qué se trata el asunto, pero su padre, piensa Paul, ni las va a notar, ni se va a dar cuenta de que las películas están ahí, esperándolo, y no se va a sentar a verlas, porque a él no le interesan las películas, no le interesa ella, que es la única mujer que vale la pena, con esa expresión siempre triste, con su cara de ángel del amor y de la muerte, piensa, y Paul piensa ahora que mataría, que moriría por ella, y vuelve otra vez a decirse que en el crimen que va a cometer tiene que haber algo tan importante, tan macabro, tan especial que si lo descubren los jueces, que no lo van a descubrir porque la justicia es ciega, pero que si lo descubren se vean obligados a aplicarle eso, y por eso cuando lo

condenen a reclusión perpetua su abogado, si es que pone abogado y en ese caso bien podría ser el prestigioso engréido doctor Roberto F. Bermúdez, que para eso él puede pagarlo, y en ese caso ni Bermúdez ni nadie va a poder pedir el beneficio de la libertad condicional, justamente por la accesoria del artículo cincuenta y dos, que obliga a que se cumpla el total de la sentencia, y eso es lo mínimo que puede pedirse, perder bien, porque de qué sirve fracasar y que después a uno lo dejen libre, se dice Paul, de qué sirve el perdón, o la piedad, si el fracaso ya es un hecho y no se puede remediar con nada, ni con perdones ni amnistías ni indultos ni condonaciones de pena ni trabajos sociales compensatorios ni con nada, y entonces es mejor quedarse preso, aunque sea en esas cárceles de Sudamérica que vaya uno a saber qué sórdidos agujeros son, piensa Paul, aunque después se tranquiliza porque no importa, porque él podrá hacer lo que quiera mientras la venda que la justicia tiene en los ojos siga representando lo que él cree que representa, es decir la impunidad, porque es así siempre y no porque este sea un país bárbaro, que seguramente lo es, piensa Paul aunque no tiene muchos fundamentos ya que su radio de acción en toda la semana no traspasó los límites de la Recoleta, la Facultad de Derecho, más precisamente la biblioteca de la planta principal y el aula del primer piso, y la Biblioteca Nacional, y el Café de las Artes, enfrente de la facultad, debajo de la parte posterior del Museo, todo queda tan cerca de todo, piensa Paul, todo queda cruzando el puente de la Avenida Figueroa Alcorta o la Avenida del Libertador, que él sabe que se llama así por San Martín, el padre de esta patria que además es el único nombre que recuerda de lo que le enseñaron de chico en el Jean Mermoz, del barrio de Núñez, San Martín, que cruzó los Andes en un caballo, o en un burro blanco, para libertar otros países, Chile y Perú, que sin embargo hoy, más de ciento cincuenta años después, siguen como en los tiempos de la colonia, pero a quién le importa, si libertados y todo no dejan de ser pobres países sudamericanos, aunque lo que él conoce de Buenos Aires al menos tiene la vaga intención de imitar algo de París, sólo la intención, porque es distinta la calle Quintana, y la calle Guido, y la calle Alvear donde vive, y la calle Posadas, y el museo de Bellas Artes, donde ha ido el miércoles por la tarde sólo para mirar un cuadro de Jackson Pollock y una escultura de Henry Moore, y los restaurantes, Lola, Shorthorn Grill, Clark's, Negroni, Harper's, Gato Dumas, donde ha ido a almorzar y a cenar durante toda la semana, y las terrazas de las confiterías en la peatonal Ortiz al seiscientos, La Biela, y Múnich, y el café Victoria, y hasta una burda copia del Café de la Paix, que por supuesto casi no tiene puntos de contacto con el verdadero, al que él ha ido más de una vez, aunque especialmente recuerda haber ido el miércoles en que se estrenó *Cape fear* en el cine *Paramount-Opera*, a la salida del cine, después de caminar

una cuadra entera por *Boulevard des Capucines*, doscientos dieciocho pasos desde la esquina con la *Rue de la Chausse d'antin*, doscientos dieciocho pasos que incluyen pasar por la *Place de L'Opera*, donde está la entrada al metro, hasta pisar la alfombra verde de la entrada, junto a los dos arbolitos de la decoración, y elegir una de las mesas redondas, blancas con dibujos en verde, y elegir una de las sillas de caña con esterilla en beige y en verde, y saber que vendrá un mozo vestido de negro, con camisa blanca y moñito, y que ese mozo será Christophe, el de siempre, saberlo sin necesidad de leer el cartelito con su nombre que lleva prendido del saco, Christophe que le trae su café, sólo el café y ninguna otra cosa, sentarse en el Café de la Paix, en el verdadero, para pensar en ella, aquel día nevó, en ella más hermosa que los ángeles, pensó en ella casi hasta llorar, como ahora, que tiene los ojos cargados de lágrimas, sentado en la cama, mientras mueve furiosamente el botón del control remoto y pasan como flashes cada uno de los sesenta y tantos canales, qué curioso, muchos más que en Francia, casi todos hablados en español, tres o cuatro en inglés, uno en francés, pero hoy en el francés amanerado de los canadienses, dos en portugués, uno en alemán, y en ninguno aparece ella, en ninguno, por lo que decide levantarse, ducharse en el baño, afeitarse con prolijidad, ponerse un jean azul y una camisa blanca de YSL, zapatos negros de Timberland, y salir a desayunar, baja por el ascensor principal y, en la puerta, saluda a la señora de la limpieza que viene tres veces por semana, hasta las tres de la tarde, y deja todo reluciente, la señora que se llama Anita, así, con diminutivo aunque debe tener unos cincuenta, cincuenta y cinco años, Anita, apenas un metro sesenta de estatura, delgada como el papel, nacida en el Chaco según contó cuando fue presentada por el encargado de seguridad que cumple, en la puerta del edificio, el turno de la tarde, y él al contratarla se preguntó qué será eso del Chaco, que puede ser una provincia o una ciudad e incluso un barrio, y se prometió consultar un plano o un atlas para saber dónde, en qué país quedaba eso del Chaco, pero no lo hizo aunque Anita, ahora, está a punto de entrar por el ascensor de servicio, el de la derecha, el que no es automático, y se detiene para preguntarle si está todo bien y él dice que sí, que perfecto, y sigue su camino, y Anita se demora unos minutos conversando con el guardia, el de la tarde, que Paul sabe que se llama Alberto y que hoy cumple, no se sabe por qué, el turno de la mañana, quizá para agradecerle una vez más que la hubiera recomendado para el empleo en el piso de Paul, que le hubiese dicho a Paul que no hay mujer de mayor confianza que Anita, que trabaja en el quinto, y en el sexto, y en el noveno piso también, y que nunca tuvo ningún problema con nadie, señor Paul, de eso le puedo dar fe, y Paul el primer día supo que no tendría ningún problema con ella, que luego de haber terminado la limpieza, aunque en verdad

no había mucho que limpiar, fue hasta el supermercado Disco, que queda a cuatro cuadras, en Quintana y Callao, para comprar cada una de las cosas de la lista que Paul le escribió en prolijo español, y volvió a esperar, mientras lavaba y planchaba la ropa de Paul, que llegara el chico del supermercado con el pedido, seis canastos completos que ella dispuso con esmero en las alacenas vacías de la cocina, el primer día dejó ahí, en la mesada, la cuenta del supermercado y el vuelto exacto, y por eso, antes de irse, antes de convenir con Paul en que vendría todos los lunes, miércoles y viernes desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde o hasta que terminara sus quehaceres, ahí mismo Paul le entregó una copia de sus llaves, porque no podía pasar nada, porque nadie como Anita, nacida en el Chaco y delgada como el papel, podía ser capaz de robarle nada a alguien como Paul, y aunque lo hiciera no tenía importancia porque nada tenía valor, salvo las películas que por otra parte él todavía no había comprado, pero que la semana siguiente compraría y, todos los viernes, mientras estuviese en la facultad, o durante las tardes, cuando fuera a estudiar o decidiese ir a caminar por la Recoleta, que quizá sí podría alguna vez parecerse a París salvo por ese horrible paredón del cementerio frente a los locales de comercio, cementerio al que él no se atrevería a entrar, y la iglesia del Pilar, que le gustaba pero a la cual por el momento tampoco entraría, durante las mañanas y tardes él dejaría las películas, las ocho películas, en la caja fuerte que estaba dentro del placard de uno de los cuartos que quedaban libres, no porque a Anita ni a nadie le interesara quedarse con ellas, sino porque él las consideraba más valiosas que el dinero, más valiosas que los inconsistentes recuerdos de su infancia, y ciertamente más valiosas, porque ella era más valiosa que todo lo que pudiera decir el doctor Bermúdez, a quien debería ver otra vez esa misma noche, a las nueve, esta vez puntualmente, y otras seis veces más, hasta terminar con el Seminario de Especialización en Derecho Penal por el que había venido a la Argentina, que quizá, piensa Paul, le pudiera aportar algún dato nuevo para agregar a su tesis, para planear mejor el crimen, porque justamente la accesoria del artículo cincuenta y dos era la que hablaba de reincidencia, y que ya había descartado el viernes anterior, y Paul advierte que si se levanta otra vez pensando en eso, en cosas ya descartadas, en preguntas que no haría alguien como él, la historia podría prolongarse demasiado, y se dice que todo esto en lo que está pensando desde hace varios días, la chica secuestrada en el auto, el arma de guerra, la eventual violación, los golpes, el ensañamiento, la promesa de pago y la muerte, que todo eso debe producirse antes de que finalice el curso con Bermúdez, que quizá, después de clases, lo pueda ayudar a concentrarse mejor, a no pensar en cosas descartadas, a concentrarse en el crimen sin condena, Paul se pregunta en qué creará

Bermúdez, en qué creerá, ¿en la justicia como igualadora universal de las personas? ¿en la supuesta bondad innata de los hombres? ¿en la eficacia del Estado como represor de los impulsos?, en qué creerá Bermúdez, piensa Paul y se promete que esa misma noche, a las once, cuando termine el curso, se lo va a preguntar para sacarse las dudas, porque a fin de cuentas, y excepto por sus compañeros a quienes ni siquiera miró y que casi no existen para él, ese tal Roberto es el único abogado que conoce en Buenos Aires, y no porque fuese a ser necesario que lo defienda, pero estaría bien que él creyera en la justicia, en la bondad, en el Estado, porque sería interesante que alguien así le ayudara a preparar el crimen, un crimen que demostraría que todos, y especialmente el mismo Bermúdez que lo ayudó, estuvieron siempre equivocados al descartar la anarquía, el azar como motor de todas las cosas, piensa Paul luego de cruzar la calle Alvear y doblar la esquina rumbo al Café de la Paix, y subir los primeros ocho escalones de la vereda, y caminar seis pasos y subir cuatro escalones más, y caminar seis pasos y subir seis escalones, y caminar veinte pasos y subir los últimos dos escalones para caminar al fin los cuarenta y ocho pasos que lo dejan justo en la puerta del Café de la Paix, no hay alfombra, no hay arbolitos, donde pedirá un café doble, un jugo de naranjas y un sandwich tostado de queso, que el mozo traerá rápido porque eso mismo, en el mismo lugar, fue su desayuno de todos los días desde que llegó a Buenos Aires, y lo traerá junto con el diario *La Nación* de la mañana, como indicó Paul el primer día que se hiciera siempre, para hojearlo mientras toma el café minuciosamente, contando los veintisiete sorbos exactos que le demanda terminar la taza, pero al mismo tiempo repasar las noticias, buscando sin saberlo algún artículo que hable de ella en “Espectáculos”, que es una sección separada del resto, o algo de su país, en la sección “Exterior” de las primeras páginas, o quizá alguna nota sobre Bermúdez, en la sección “Política” o tal vez en las columnas de sociales que están dentro de “Cultura”, porque nunca se sabe quién puede ser la persona que uno tiene enfrente, a quién tendrá que enfrentarse esta noche y las noches de los próximos seis viernes, quién será ese Roberto Bermúdez que lo ayudará a cometer un crimen sin llegar a enterarse, y que, si se entera, jamás tendrá pruebas para demostrar nada, piensa Paul mientras lee que el fiscal Máximo Gómez Marzini, y se dice que ese apellido le resulta conocido y no sabe de dónde, aunque debe ser de la facultad, porque de qué otro lado, es el candidato más firme para ocupar el cargo de ministro de Justicia tras el desgraciado accidente en el que perdiera la vida, días atrás, el titular de esa cartera, Leandro Suárez Arreola, y pasa la página buscando algo sobre Bermúdez, algo, la presentación de un libro, piensa, y se dice que pronto, cuando vaya al Centro, no sólo comprará las películas sino también todos los libros que haya editado,

seguramente varios, el tan querido por su padre doctor Roberto F. Bermúdez, porque ahora decide que todavía no le preguntará en qué cree, porque eso podrá saberlo cuando compre los libros, sino que, después de clases, le preguntará sólo qué quiere decir la "F" de su nombre, y entonces podrá estimar, sin lugar a dudas, qué grado de colaboración puede esperarse del profesor, aunque desde ya imagina que ninguna, lo imagina cuando, después de pagar con tarjeta de crédito, decide volver a su piso no para hacer lo que hizo en los últimos días, que es tomar sus apuntes e ir a la biblioteca de la facultad o a la Nacional a estudiar nuevos detalles del crimen, sino esta vez, y como una excepción, quedarse en su cuarto, durmiendo de ser posible, para estar descansado y lúcido en la segunda clase que, si espera hasta las ocho y media y sale hacia la Facultad, cruzando la avenida Pueyrredón hasta la Plaza Francia, Francia, qué curioso, piensa Paul, cruzando la Avenida del Libertador y el puentecito de Figueroa Alcorta, dictará en el aula ciento diecinueve del primer piso el doctor Bermúdez, que cuando todo termine ya no tendrá motivos para ejercitar su soberbia, que cuando se entere del crimen cuyas huellas él mismo habrá ayudado a borrar, deberá guardarse toda su arrogancia, y todos sus libros editados, y toda la amistad con su padre porque ahora Paul sabe, mientras se abre la puerta del ascensor en el tercer piso, que si por algo vale la pena matar a alguien es justamente por eso, para reírse de Bermúdez, y de la estupidez de sus padres y de los amigos de sus padres, y eso es lo que piensa Paul mientras prepara el despertador para las siete y media, mientras cierra las persianas de su habitación para que la luz de la tarde no perturbe la siesta, mientras se desviste y se mete en la cama ya preparada por Anita que, en el living, pasa la aspiradora, y que luego se moverá en el lavadero pero esos sonidos se oirán débiles, se oyen débiles mezclados en las nieblas dulces de una vigilia que pasa a ser sueño, aunque Paul no lo sabe, en el preciso momento en que él se ve con una mujer parecida a ella en un puente de París, no en cualquier puente, no en el *Pont Neuf* sino en el *Pont Alexandre III*, junto a los autos que pasan por allí, donde restauraron las esculturas como en el *Dome des Invalides* que está justo al lado y por eso las estatuas se ven tan doradas, así como el *Dome*, que se puede ver desde el otro extremo de la ciudad, pero él está en ese puente o pensando en ese puente o soñando, y recuerda, no sabe por qué, o sueña, no tiene por qué saber por qué, al japonés que envolvió el *Alexandre III*, o quizá haya sido el *Pont IX*, no se sabe, lo envolvió, como ya había hecho con otros monumentos, con una especie de tejido rosa, un regalo con un moño enorme, ella como un regalo de su sueño, ella que le dice, en francés, te estuve esperando, y él le responde yo también en el mismo idioma, y eso, el idioma, es lo que hace que todo sea un sueño, porque ella no debería hablar en francés sino en inglés, y tampoco

debería estar ahí su padre observando todo, porque ¿qué puede hacer su padre en el puente? se pregunta Paul, y qué hace su madre vestida de fiesta, y Bermúdez abrazándola y abrazando también a otra mujer que él no conoce, y por qué todos tienen esa expresión adusta, como si reprobaran el encuentro, el encuentro con ella que ahora le dice no los mires, ellos no existen, ven, vamos a contar otra vez los pasos, aunque yo sé que tú sabes que son doscientos cuarenta y cuatro, no los mires, mira el Sena, mira los otros puentes, no mires a nadie, nosotros sí pero ellos no existen y él, en lugar de mirarle los ojos demasiado tristes, demasiado dulces, vuelve a preocuparse porque ella, *c'est elle et en même temps c'est une autre personne*<sup>1</sup>, cualquier otra mujer parecida, habla todo el tiempo en francés, un idioma que quizá no conozca porque nació en Los Angeles, California, y vivió siempre en los Estados Unidos, y cuando él, en el puente, decide gritarle a su padre que se vaya, que los deje solos, cuando gira para gritarle a su padre que se vaya a mirar las películas o a reunirse con sus amigos pero que se vaya, su padre ya no está, porque está, a esa misma hora de la tarde del viernes, apretando “play” en el control remoto de la video para ver la última de las ocho películas, *Husbands and wives*, que aunque ya la ha visto prefirió dejar para el final, porque a él verdaderamente le gusta el cine de Woody Allen, que retrata sus mismos conflictos, los conflictos con una esposa que ahora estará en el Stade Français jugando al tenis con sus amigas en lugar de estar con él, como él, preocupándose por la suerte de su hijo Paul que ahora, que ha sonado el despertador y se ha lavado la cara y ha caminado por todo el piso para comprobar que Anita ya no estuviera, y tiene preparados los cuadernos de la facultad, ahora, a las ocho y diez de la noche del viernes, Paul enciende el televisor una última vez antes de ir a la segunda clase, y ve, en primer plano, la cara de un joven que canta en español, dibujos animados, un hombre tocando el saxo en una playa, dos hombres cocinando, dibujos animados, una presentadora vestida con una fea blusa lila de raso o de alguna otra tela brillante, un actor hablando por teléfono en una cabina, en la calle dos hombres discutiendo, el entrenamiento de un equipo de fútbol, un joven hablándole en español a la cámara, paneles de una escenografía cubiertos de graffitis, una pelea de box, un hombre de anteojos y traje azul hablando con otro, presentadores del informativo de la CNN, una película hablada en inglés, subtitulada, una mujer con lágrimas en los ojos rezando en un entierro, gente vestida como en los '70, parece una serie de ciencia ficción, una mujer maquillándose frente al espejo, muy linda pero no es ella, una película en blanco y negro, una carrera de autos de los '50, los títulos de una película que

---

<sup>1</sup> Que al mismo tiempo es ella y es otra.

termina, John Wayne, Laureen Bacall, Ron Howard, James Stewart, soldados marchando en formación en otra película doblada, dibujos animados, una serie de médicos, dibujos animados, más dibujos animados, presentadores de un programa infantil, conferencia de prensa de una mujer con fuerte acento español, hablando del sector vitivinícola, la mujer es fea, tiene una verruga abajo de la nariz, avance de un programa documental, un paisaje pobre, casas pobres en el campo, en algún lugar de Sudamérica, ¿será ése el famoso Chaco?, una pareja haciendo gimnasia para promocionar un curso o un producto, un hombre cantando tango, alguien que canta y baila música pop en un video clip, alguien envuelto en telas traslúcidas, desfile de modelos masculinos, presentan ropa de calle, una mujer preguntándole algo a otra, en TV5 un atleta haciendo salto en largo, un hombre gordo dirigiendo una orquesta, seguramente filarmónica, el logotipo de un canal, un hombre doblado al español conversando con una mujer, un viejo tocando el piano, deja de tocar y se pone a hablarle rápido a la cámara, varios canales suspendidos por problemas técnicos, dos mujeres que desafinan canciones de iglesia en un estadio repleto, propaganda de una discoteca, un hombre con el torso desnudo bailando flamenco, una mujer en una serie o película hablando con varios niños, una imagen de la Estatua de la Libertad, de la original, no de la fea réplica que pusieron bajo el *Pont de Grenelle* el 23 de junio de 1986 por los cien años de la verdadera, aunque quizá no era una réplica sino su modelo, una pareja de ballet, los dos vestidos de blanco, bailan mal, la presentación de una serie en portugués, se abre una puerta, se ve primero una mano, la mano tiene una ametralladora pequeña, la mujer que aparece es realmente hermosa pero no es ella, un hombre tomando whisky, un partido de polo, hombre viejo con anteojos, saco blanco, el epígrafe dice que es el designado nuevo ministro de Justicia, hombre con saco azul hablando en inglés, logotipo de canal, cuadros con caballos dibujados a lápiz, hombre sentado con plantas de fondo, partido de fútbol, varios hombres sentados a una mesa, en el anuncio de un programa matinal la cara de Bermúdez, “Por derecho propio” y nada, nada que tenga siquiera lejanamente que ver con ella, se dice Paul y entonces, después de haber apagado el televisor y mientras camina hacia la facultad, se pregunta por qué habrá venido a la Argentina, por qué a la Argentina, donde apenas podrá cruzarse con una mujer parecida, con una fea réplica, y no haber ido directamente a los Estados Unidos para encontrar, y después matar, matar impunemente pero con la causa justificada de su perfección que atormenta, matar al fin toda la hermosura de la verdadera Juliette Lewis.

## *Cuatro*

Estoy acá pero no quiero estar acá. Debería estar en casa, tomándome un whisky. No, en casa no, debería salir un poco. Cada vez que me subo al auto y paso por Recoleta, por los bares de Recoleta, cada vez siento la misma curiosidad. ¿Qué hace la gente ahí? ¿Para qué están ahí? ¿Qué miran? ¿Qué muestran? No. Debería ir a casa, ahora que no está mi mujer. Tantos años esperando estar solo y ahora debería irme para casa, a tomar un whisky. ¿Esperando estar solo? Yo hablo y ellos escuchan, y ellos escriben, la clase sigue como siempre, con el nivel de excelencia de siempre, como siempre en piloto automático. Me gusta esta primera parte de la clase: yo hablo y ellos escuchan. ¿Escuchan? No sé, aunque el tema de hoy, autoría, responsabilidad e imputabilidad penal sí es interesante. No sé. Ninguno de ellos tiene tipo criminal, pero sí tienen el tipo de los que defienden a los criminales. ¿Y qué hago yo acá, desperdiciando mi tiempo enseñándoles? Como esto es un seminario, y los seminarios son de discusión, después viene la parte de las preguntas, el debate. Pero hoy no. Hoy la clase va a terminar antes. No puedo hablar de lo que estoy hablando y al mismo tiempo pensar que habría que prohibir la abogacía, que habría que dejar de una vez por todas que los pobres se rebelen y destruyan todo, y nos destruyan a todos que bien merecido lo tenemos en este sistema ridículo de opresión y ficciones. Y sin embargo la justicia es lo único que nos queda, lo único que me queda. La justicia y el whisky. Sí, hoy la clase va a terminar un poco antes. Voy a ir a la Recoleta, me gusta mucho ese lugar, toda la zona es linda, seguro que es igual a algunos lugares de París, voy a ir a ver qué miran, a ver qué muestran estos chicos cuando no están en clase, cómo cambian la expresión atenta, o aburrída, o la expresión neutra que tienen ahora. Porque seguro que ahí, en los restaurantes de la Recoleta, se vuelven divertidos, sanos, sueltos, se muestran como los

chicos sin problemas que son. Chicos sin problemas. Abogaditos. Abogaditos que ya tienen el estudio puesto. No van a tener que sufrir cuando pasen los años y sigan mudando los juzgados desde el Palacio de Justicia hacia otros edificios. A ellos no les va a importar que elijan hacer las mudanzas justo de mañana. No. Siempre van a tener quien camine Tribunales para ellos. Dónde se ha visto abogados que no sepan lo que es esperar en la cola de los ascensores, que están ocupados por las mudanzas o directamente no funcionan. Hay doce, pero uno es para el traslado de detenidos mayores y otro para el de detenidos menores. O sea que son diez. Pero me contaron que el ascensor de los detenidos mayores hace un mes y medio que no anda, así que ocuparon otro para los traslados. Quedan nueve, algunos rotos y algunos que se usan para las mudanzas. Y cuando empiezan las mudanzas nunca se sabe cuándo pueden terminar. Pero es así. Cuando se empieza algo nunca se sabe dónde termina. Sin ir más lejos, yo me casé con Roxana pensando que iba a ser para toda la vida. Y mirá dónde terminamos, cada uno por su cuenta. Como los edificios de Tribunales, que los van clausurando y trasladando. Hace tres años exactos, hoy hace tres años exactos que Roxana clausuró nuestro matrimonio y se trasladó a su oficina del Centro. Por suerte yo cerré el estudio hace mucho, que si no ahora tendría que irme de Bartolomé Mitre al 700 a Alsina al 1400, o a Avenida de los Inmigrantes 1950, o a Maipú 92. A quién se le ocurre descentralizar así, con el calor que hace en verano. Con el calor que hace en verano y los abogados, todos saco y corbata, caminando de un lado a otro, transpirando de un lado a otro. Eso no es vida. Y lo que uno tiene que sufrir en las mesas de entrada tampoco es vida. No sólo las colas, como en los ascensores, sino que después te atienden mal. Uno va al Juzgado Civil 100, o al Comercial 24, por ejemplo, y las colas no terminan más. Hasta se hacen estadísticas en Foja Cero. Deberían hacer un concurso para ver quién te trata peor, quién tarda más. Pero a ellos qué les importa. Nenes de papá. Y así no van a llegar a nada. Son demasiado limpios. Yo también, antes, creía en la limpieza, en la pulcritud de los actos. Pero antes, ahora no. Ahora que cada cual se arregle como pueda. Total, estos chicos ya tienen el futuro asegurado. Todos, o casi todos. Veamos la lista. Gómez Marzini está salvado, el viejo Máximo quedó como ministro. Mucha suerte tuvo, en una semana pasó de hijo de fiscal a hijo de ministro. Y este Flores Arrechea seguro que es el pibe del juez federal... ¿cómo se llamaba? Rodrigo. Eso. Rodrigo Flores Arrechea. Después, si me acuerdo, le pregunto si es hijo del juez, o sobrino. Si me pongo a buscar en serio seguro que descubro que todos tienen a alguien que los apoye. No. Todos no. Paul Besançon no conoce a nadie en Buenos Aires. Cuando me llamó Bernard me avisó justamente eso, que su chico no conoce a nadie. Pero igual también es como los otros, con el padre que tiene no puede

preocuparse por nada. Si uno fue agregado cultural en una embajada, después siempre encuentra algo. O no, ya tenía todo resuelto desde antes. Sí. Bernard nunca tuvo problemas. El hijo llegó puntual. Parece que con lo de la semana pasada aprendió. Así me gusta. Bernard parecía muy contento de que el hijo hiciera este posgrado conmigo. Yo nunca te pedí nada, me dijo, y era cierto porque nunca me había pedido nada, pero ahora necesito mandarte a mi hijo a hacer el curso. Sí, graduado, nueve ochenta y ocho en Assas, me imagino que alcanza. No, no sé si quiere, pero me parece que le haría bien un descanso en Buenos Aires. Sí, a mí también, pero ya no viajo. Prefiero que vaya él. Roberto... yo extraño tanto Buenos Aires... la pasamos bien, muy bien ¿no? ¿Cuánto hace que no hablábamos? ¿Ocho, diez años? Quiero que veas a mi hijo, que hables con él. No. Conflictos no. Incomunicación. El mal de nuestra época. No lo entiendo. No sé nunca en qué está pensando...

—Y eso es todo por hoy. Hoy no voy a responder preguntas. Los que tengan dudas van a tener que esperar hasta la próxima clase. El viernes vamos a ver concurso de delitos, espero que vengán bien preparados. Ah, otra cosa. Usted, Gómez Marzini, mándele mis felicitaciones a su padre. Y usted, Besançon, si se comunica con su padre dígame de mi parte que está todo bien. Él va a entender. Nada más. Buenas noches, doctores.

Los papeles y los apuntes en la valija. Nunca me animé a traer una petaca de whisky en la valija. Sería patético. Ahora me voy a Recoleta, a mirar.

—Sí, Besançon, ¿qué necesita?

—Disculpe, doctor. ¿Cuándo vamos a ver la parte especial?

—Dentro de dos semanas. Empezamos con delitos contra las personas. En esa clase, únicamente homicidios. Después seguimos con la rutina.

—Estuve revisando el código, y tengo una duda, pero no tiene relación con lo que vimos recién sino con la cuarta clase. ¿Puedo planteársela ahora?

—Dígame, si quiere.

—Estaba pensando en la accesoria del artículo cincuenta y dos. Si alguien quisiera cometer un delito como para que se la aplicaran pero no tiene antecedentes penales ¿hay alguna forma de que la apliquen igual?

—No entendí bien, Besançon. ¿Si alguien *quisiera*...?

—Sí. Y no hay reincidencia. Es un ejemplo, nada más. Imagínese que yo cometiera un homicidio y usted, como juez, quiere que se cumpla el total de la sentencia, pero yo no tengo antecedentes. ¿Cómo hace usted para aplicar el artículo 52?

—Es una cuestión de interpretación, de criterio. Tiene que ver con cosas

sutiles, con cosas artísticas si quiere. Por ejemplo si usted se arrepiente o no, y si cuando se arrepiente a mí me convence o no la cara que pone cuando declara...

– ¿Y si hay agravantes?

– Es posible. Si se trata del homicidio de un familiar y yo soy juez, aunque hace mucho que dejé de ser juez, pero si se trata de un familiar y yo soy juez no tenga dudas de que usted se queda en la cárcel para siempre. Y, de ser posible, también hago encerrar al abogado que lo defienda.

– Aunque no tenga antecedentes.

– Exacto.

– Pero si no es un familiar...

– Habría que ver. Lo que no entiendo es por qué alguien necesita que le apliquen todo el rigor de la ley. Otra posibilidad sería que tuviéramos el concurso de...

– No, doctor, disculpe. No hay otras personas. Estoy yo solo. Es una hipótesis. Imagínese que una mujer joven aparece asesinada. Aparece en un descampado, previamente violada, y golpeada, y estrangulada, y atada de pies y manos. Hay un fajo de esos con que se atan los billetes de banco, o una carta prometiendo recompensa. Y en las pericias se establece que la remataron con un arma de guerra, con un revólver calibre cuarenta y cinco, y...

– Pistola.

– ¿Qué?

– Con una pistola, Besançon. Si es calibre cuarenta y cinco tiene que ser una pistola. Los revólveres son treinta y ocho o cuarenta y cuatro.

– Perfecto. Pistola cuarenta y cinco, con silenciador y balas de punta hueca como las que usan en las películas, si quiere. Y a la chica se le inyectó formol, o algo, para que no se pueda determinar el momento del deceso. Y alrededor hay panfletos que manifiestan odio racial o religioso. Y ella tenía un automotor, un Renault 21, digamos, que fue previamente robado. Y también...

– Sí, sí, ya le entiendo, Besançon. Si usted, o alguien, comete un crimen así y ese crimen está probado y yo soy juez, no va a necesitar tener antecedentes ni nada. Queda adentro para siempre.

– Es decir que si usted fuera juez me aplicaría el artículo cincuenta y dos y yo no podría obtener nunca la libertad condicional.

– No sólo yo. Cualquier juez daría ese dictamen. Quédese tranquilo. No necesita antecedentes ni nada. Pero lo que me parece es que todas esas circunstancias agravantes podrían empantanar la investigación, por decirlo de alguna forma...

– ¿Empantanar?

– *Inonder, embourber*, cómo le explico...

–Comprendo. Puede ser. Pero lo que está claro es que no necesito antecedentes ni cómplices.

–No. No necesita. Pero no le conviene intentarlo. Le aseguro que las cárceles en este país no son muy... confortables.

–No se preocupe, doctor Bermúdez. Es solamente teoría...

–Sí, claro. ¿Vamos saliendo?

–Sí, vamos.

Whisky. J&B. Doble. Una sola piedra de hielo y nada más. Los canapés mejor que se los lleven. El whisky de casa es mejor que el que sirven acá, fea botella verde común de ocho años. Tiene razón Bernard. El hijo sí que es un tipo extraño, con esas manos tan blancas, tan delicadas. Manos de pianista. Me cuesta imaginar esas manos estrangulando a alguien. Todos estos años mirando gente y todavía no sé distinguir las manos. Debe haber una diferencia entre los gestos de la gente fina y los gestos de los que, además, son homosexuales. Paul debe ser homosexual. O eso, o está loco. Nadie habla de cosas terribles con una voz tan suave. O será el acento. ¿Le gustarán las mujeres o los hombres? Vaya uno a saber. Y después de todo qué me importa. Ni este chico Paul va a matar a nadie ni a mí me importaría mucho si lo hiciese. Y tan loco no puede estar. Un título en Assas con ese promedio no se consigue tan fácil... aunque quizá Bernard, con sus relaciones... puede ser, porque preguntó lo del reo primario y eso lo sabe cualquier estudiante. Quizá me haya querido decir algo. No sé. No. Si está loco, y se obsesiona estudiando, está bien el nueve ochenta y ocho. ¿Quién habrá sido el profesor que le bajó el promedio? Alguno como yo, seguro. Esa mujer es parecida a Murielle. Rubia. Distinguida. Me gustan mucho las rubias distinguidas. Pero no. Debe tener treinta y cinco, quizá menos. Es como Murielle hace quince años. Qué linda era. Roxana ahora debe estar en su casa, leyendo. Tendría que llamarla. Es una pena que no hayamos tenido hijos. No hay excusas para llamarla, ni para pasarle mensualidades por alimentos ni para comunicarme con ella por nada. Sí, es parecida a Murielle. Ese vestido blanco le queda bien. Por la cara, el que está con ella debe ser político. Todos los políticos tienen esa media sonrisa. Cínicos. Habría que prohibir la política. Habría que erradicar de la faz de la tierra las sonrisas cínicas de los políticos. ¿Cuántas veces rechacé cargos? La última fue hace ocho meses. Quinto lugar para diputado, entraba seguro. ¿Pero para qué necesito un cargo así? Plata no necesito. El derecho, bien ejercido, da lo suficiente, con divorcio y todo da suficiente, y más si uno aparece en televisión, y si publica libros en editoriales cada vez más grandes, como hice yo en los últimos años. En Junín ni me lo

hubiera imaginado. Nunca quise volver a Junín. Volví en el entierro de mamá, y después en el de papá. Y nunca más, aunque todavía me quedan familiares, y la casa... Se va el vestido blanco con la media sonrisa. ¿Adónde irán? En estos bares, los viernes, hay demasiada gente. No tendría que haber venido. Ese chico parece uno de mis alumnos. Pero está lejos. Ya no veo bien de lejos. Habrá que hacerle caso a Cecilia y mandar a hacerme lentes. Está con una chica. Por lo rubio, parece Guerschovski. Debe ser él, porque ella también es rubia. ¿Y qué estará haciendo Paul ahora? ¿Estará planeando el crimen? No. Debe estar en un bar para homosexuales. Pero no. No conoce a nadie acá, ¿cómo va a saber dónde quedan los bares? Aunque ellos siempre se encuentran, de alguna forma. Hice mal en mandarle el mensaje a Bernard de que estaba todo en orden. ¿Pero cómo iba a saber que el chico me iba a salir con eso? Cecilia debe estar preocupada, no la llamé para avisarle. Después me va a reprochar. Mi empleada se parece cada vez más a Roxy. Tomó las peores cosas de ella. Meterse en mis asuntos, por ejemplo. Por lo menos hace tiempo que no me toca el fichero. Ahora todo el mundo está con sus computadoras. Todo el mundo. A mí déjenme con el fichero. Todavía no se inventó un sistema mejor. Las cosas están ahí, son concretas, se pueden tocar. Con la computadora nunca se sabe. Se mete un virus, se borran los escritos. Nunca se sabe. Si Cecilia no me toca el fichero, capaz que aprendió y cuando llegue a casa me sirve un whisky y no me dice nada. Pero no. Tomó las peores cosas de mi ex mujer. Un tipo de más de cincuenta años tiene que tener derecho a estar tranquilo, a que no se metan con sus cosas, a que lo dejen en paz. El ticket de la caja de té Twinings Earl Grey que compré en la tienda de artículos importados, el ticket de la cuenta del bar, el ticket del estacionamiento. Todos papelitos inservibles. Ahora tomo la rotonda de Figueroa Alcorta hacia Libertador y doblo en Pueyrredón. Semáforo. Qué hace Besançon ahí parado. ¿Espera para cruzar? ¿Y por qué no cruza, entonces, si tiene paso? Mira mi auto. Mira mi auto pero no me mira. No me reconoció. Mira las ruedas. ¿Por qué mira mi auto? ¿Le habrá hecho algo a las ruedas? No. El auto anda bien. Estos Renault 21 salieron muy buenos, y más si son cero kilómetro. Además no tengo por qué pensar en eso, si tomé un solo whisky. Doble, pero uno solo. Después, cuando vuelva a casa y me tome cuatro o cinco, puede ser. Pero todavía estoy bien. Espero que Cecilia no proteste cuando me escuche entrar en casa, no me gustaría tener que despedirla.

## Cinco

Esta noche, antes de la clase, esta noche es el ensayo general, piensa Paul y le parece bien que el ensayo sea ese viernes, porque la semana siguiente comenzará el análisis de los delitos contra las personas, que es lo que a él le interesa, el primero específicamente, el más importante, el que le va a demostrar a Bermúdez, que oculta la efe de su nombre y Paul no se animó a preguntarle, y nunca sabrá que su segundo nombre, Filomeno, lo avergüenza por un motivo pueril, que es el pensar, como piensa, que nadie que se llame así puede firmar una sentencia seria, le va a demostrar a Bermúdez que desde siempre todos, que todos los hombres como él estuvieron siempre equivocados, porque la ley es, apenas, un intento vano de organizar el desorden, los inútiles destellos de la sociedad por darle forma a un azar inevitable, como inevitable es que llegue el viernes próximo, y que haya llegado este, él ya bien despierto después de haber desayunado, y almorzado, y después de haber soñado otra vez con un puente, con el *Pont Royal*, Juliette y él casándose en un puente como ella en *Natural born killers*, a un lado sus padres, al otro Bermúdez pero solo, solo, qué raro que esté solo, ya no está aquella mujer, esto debe ser un sueño, piensa Paul al despertarse para desayunar, y almorzar, y para llegar a ver que en la televisión, ahora, a las dos y cuarenta y cinco de la tarde, ella esté mirando los ojos de Brad Pitt, del Brad Pitt de *Kalifornia*, que lo esté mirando de la misma forma en que lo habrá hecho en la intimidad de la vida real, y que él, Paul, haya decidido hacerlo, porque sí, porque la justicia es ciega y porque ya ha hecho todo lo demás, el lunes compró todo lo publicado por el doctor Roberto F. Bermúdez en la librería Porto, de la calle Talcahuano número cuatrocientos cuarenta, entre Corrientes y Lavalle, donde en la vitrina del frente se exhibe *Homicidio simple y calificado en la legislación, la doctrina y la jurisprudencia*, de Ediciones Depalma, y adentro también se puede comprar *Criminología y dignidad, La estructura de la*

*Justicia y el Tratado práctico de Derecho Penal*, de Editorial Abeledo-Perrot, y *El Poder del Juez y Racionalidad de las Leyes*, de Editorial Astrea, que la amable empleada le ofreció a Paul después de haber buscado Bermúdez en la computadora y, con todo el tiempo del mundo, invitarlo ahí mismo, en la barra del bar que hay adentro de la librería, o en alguna de las catorce mesas con manteles floreados que pueden verse al fondo del local, invitarlo a tomar un café que él, Paul, hubiera aceptado con gusto pero que no aceptó, aunque nada le hubiera agradado más que escuchar de boca de la señora, de la amable vendedora de la librería, las historias de la vida y la obra, de la fama alcanzada por el gran Roberto F. Bermúdez, porque todo eso podía esperar una mejor ocasión, ya que había que caminar una cuadra más por la misma calle Talcahuano y, frente a una plaza, entre Lavalle y Tucumán, llegar a los Tribunales y subir nueve escalones, dar dos pasos, subir siete escalones, y cinco pasos, y siete escalones más para, desde el hall central, quedarse largos minutos contemplando la escultura firmada ostentosamente en la base por un tal Rogelio Yrurtia, que Paul ha comprendido que es a todas luces un vulgar imitador de Rodin, quedarse contemplando a aquella mujer, sus manos de cemento extendidas hacia adelante, sin venda ni balanza pero con la expresión ciega, con los ojos de una ciega, iluminada desde atrás como una virgen, y entonces imaginar el tubo fluorescente detrás de ella y escuchar a alguien que se detiene junto a él para decir ¿le gusta?, es la equidad, y al girar la cabeza ver que ese alguien es un policía de uniforme, con una pequeña placa de plástico que dice Sargento L. S. Cardozi, y contestar sí, que sí, que es muy interesante, y pensar en *équité* y en *aequus*, en tantas estúpidas clases de latín para llegar a encontrarse con un policía sudamericano hablándole de arte en pleno palacio de justicia, policía sin birrete, qué distinto a los de Francia, qué distinto todo, tantos niños y tantos perros, piensa Paul al pasear por el Centro, no recuerdo nada de cuando era chico, piensa, taxis todos amarillos y negros y no de cualquier color, personas que, en la calle, se tocan demasiado, parejas que van de la mano, hombres que se saludan entre sí con un beso en la mejilla, gente que levanta el tubo del teléfono en cualquier cabina pública y lo lleva siempre a la oreja antes de marcar, pobre gente, piensa Paul, que no da por descontado que debe haber tono, y aunque aquí en el Centro esté Telefónica, por suerte en Recoleta Telecom sigue siendo Telecom, como en Francia, y en la calle hay cabinas rojas, como en Londres, aunque por aquí no hay negros, y entonces quién limpiará el metro y atenderá los Mc Donalds, piensa al avanzar por la avenida Corrientes y ver el Obelisco, insípido si se lo compara con cualquiera de los monumentos de París, o con el mismo obelisco de su ciudad, no liso como este sino con inscripciones y dibujos grabados en la piedra, directamente

traído de Egipto, instalado en París el 25 de octubre de 1836 y con la leyenda en letras doradas *en présence du roy Louis Philippe 1er cet obélisque transporté de Louqsor en France a été dressé sur ce piédestal*, y aunque es más chico que el de Buenos Aires todos los demás monumentos de su ciudad son más grandes, mucho más imponentes, y por lo visto por aquí Louis Philippe no es un rey sino una marca de camisetas, no hay nada que demuestre que tienen historia, en París hay flores recientes depositadas por episodios ocurridos hace más de quinientos años, aquí no hay nada, en la calle ni siquiera *toilettes* públicos por dos francos, sólo hay quioscos y más quioscos y muchas estaciones de servicio en plena ciudad, allí son apenas surtidores escondidos, y los números, toda la numeración de las calles es curiosa, es graciosa, piensa Paul, van de cien en cien, llegan a números altísimos, yo mismo vivo al 1900, cuando en París estaba en el 24 de la Rue de Longchamp, allí los números de las casas van de dos en dos, sin importar la cantidad de cuerdas que ocupen, y las calles no son tan previsibles, tan paralelas, y al fin lo único que tiene de agradable esta ciudad, piensa Paul, es que no hay una presencia policial tan agobiante, tan evidente, no están esos grupos de ocho o diez policías armados con metralletas entrando en bloque a todas partes a buscar árabes siempre sospechosos, aquí esas imágenes no existen y sólo por eso vale la pena haber venido, piensa Paul al volver sobre sus pasos unas seis cuerdas hasta el Citibank de Corrientes y Callao, de donde sacó suficiente dinero en efectivo, a pesar de que tanto los seis libros como las ocho películas las pagó con tarjeta de crédito, pero lo de las películas fue después, porque fue después cuando tuvo que preguntar dónde se venden, y llegar hasta un barrio llamado curiosamente Once, aunque en la ciudad no hubiese ninguno llamado Diez, ni Nueve, como los *arrondissements* de su ciudad, de todas formas en París las había comprado en *La Defense*, un lugar distinto a todo, con su magnífica explanada y su *grande arche*, tan moderno, tan del futuro, tan parecido a Juliette Lewis, en el nivel 1 de la FNAC de *La Defense* encontró todas las películas que buscaba, desde la entrada hasta los sensores de seguridad hay veinticinco pasos, y luego veintidós hasta una escalera lamentablemente mecánica, no hay forma certera de contar, los pasos dependen de la velocidad, qué cosa extraña, qué complejos son estos sistemas, qué decepción, pero en la calle Junín, de Once, repartidas en varios locales, halló al fin las películas que pagó con tarjeta porque era su vida y no tenía nada que ocultar, porque no tenía nada que ver con el crimen que iba a cometer, si las circunstancias eran propicias, dentro de una semana, y además el dinero en efectivo era útil para otros elementos, para el formol y la jeringa, de venta libre en todas las farmacias, para los guantes de goma, para la pieza de seda que compró dos días después, el miércoles, en el mismo barrio de Once, donde se

concentran las mercerías y las tiendas, y también servía para pagarle a Anita, y para las compras de ella en el supermercado, y para pagarle al dueño de la armería, aunque lo de las armerías sucedió el jueves, toda la mañana del jueves, que fue la única en que no leyó alguno de los libros de Bermúdez en la biblioteca de la facultad, muchas horas de la mañana del jueves recorriendo armerías por el Centro, por las calles peatonales, por las calles interiores, por las tripas de ese Centro repleto de armerías, para los ojos de Paul repleto de vidrieras de armerías y, tras las vidrieras, de vendedores con expresiones diversas, aburridas algunas, criminales otras, difíciles de catalogar otras tantas, y estudiar las caras, las expresiones, hasta hallar la correcta, la de un vendedor con los ojos vencidos, con la cara marcada por el tiempo y la corrupción, un vendedor capaz de aceptar cinco mil dólares, los cinco mil dólares flamantes guardados en el bolsillo de su abrigo de gamuza, a cambio de una pistola calibre 45 sin papeles ni formularios que llenar, ni forma de ser rastreada, mirar las caras hasta encontrar esta, la del hombre de la tienda de Rivadavia y Montevideo, la cara ávida de quien ha perdido los escrúpulos, o de quien no los ha tenido nunca, la cara que se volverá ansiosa, aún más repulsiva, ¿de un ex policía?, ¿de un ex militar?, a Paul no le importa, no le importa nada de lo que lo rodea, las vitrinas con escopetas de todos los tamaños, la decoración rústica, los binoculares colgados en las paredes de piedra, ni los accesorios para pesca, ni las muchas armas fabricadas en Brescia, Italia, por Pietro Beretta, alineadas sobre paños de seda roja, ni las pequeñas armas de fuego bajo los vidrios de los mostradores, ni la gente que, en la calle, ni siquiera advierte que en el local ha quedado un solo comprador, él, a quien únicamente le importa ese paquete pesado, en papel madera, que el hombre, después de haber cerrado con llave la puerta de la tienda, le está entregando, sólo le importa que el hombre cuente rápido los billetes del fajo que Paul ha depositado sobre el mostrador de vidrio, debajo del cual esperan otras armas para otros crímenes, y balas, que el hombre no se olvide de incluir en el paquete la caja de cincuenta balas de punta hueca, y el silenciador, que cuente rápido el dinero flamante, que le deje conservar la faja de papel con el sello del banco, que abra rápido la puerta para que Paul pueda salir de una vez por todas de ese lugar, y que por favor antes de hacerlo olvide extenderle la mano, porque nadie debería darle la mano a un hombre así, piensa Paul mientras rechaza el saludo y sale a paso rápido en busca del estacionamiento de la misma avenida donde lo espera su auto, la seguridad de su auto, el confort, todo el confort de su Peugeot 306 que lo llevará sano y salvo al departamento de la Avenida Alvear, el jueves, un día antes del ensayo del crimen, mientras en la ciudad la noche va ganando la batalla, los ejércitos oscuros imponen su dominio, y en la caja fuerte de una habitación libre de su

casa se reúnen por única vez todos los elementos, faja de banco, pistola, silenciador, balas, formol, jeringa descartable, guantes de goma, cuchillo, lazo de seda para asfixiar el cuello elegido, elegido al azar, por el azar que rige todas las acciones, la acción de llevar desde la caja fuerte al living el paquete, y desatarlo, y sostener en la palma de la mano la pistola y no revólver calibre cuarenta y cinco, tener en sus manos un arma por primera vez en la vida, un arma más pequeña y más pesada de lo que había imaginado, con balas más brillantes de lo que hubiera supuesto, un arma verdaderamente estética, alargada por el silenciador, estilizada, hermosa, un arma acorde a las circunstancias, un arma limpia, perfecta, una verdadera obra de arte, una obra de arte ya preparada y vuelta a guardar en la caja fuerte de la habitación, aunque en el living haya quedado luego algo así como el espíritu del arma, la sensación de que el peligro estuvo ahí, cuando Paul se llevó la pistola cargada a la sien derecha y la mantuvo firme, mirándose en el ventanal, la mantuvo firme tres, cuatro, cinco minutos exactos hasta que comenzó a dolerle el brazo, pero no transpiró, no tuvo miedo, rozó todo el tiempo con la yema del dedo índice el gatillo y no tuvo miedo, no le molestó verse así, como un loco, ver el triángulo formado por el lado derecho de cabeza y cuello, y su brazo al sostener la pistola, ni que eso haya quedado en el ventanal, grabado en el reflejo del vidrio como una fotografía del recuerdo, los ojos abiertos, el cuello fino, la camisa blanca, el pelo oscuro, la mano firme, los ojos claros, la pistola que pudo haberse disparado, que pudo haber puesto fin a todo pero que no lo hizo, fin a todas las acciones pero que no lo hizo, la acción de encender la computadora, en el living, de iluminarse con el reflejo azul de la pantalla, y escribir "muerte a todas las mujeres como ella", en letras bien claras, tipografía Footlight MT light, cuerpo setenta y dos, que es el más grande que muestra el programa, un Microsoft Word 7.0 en su notebook y, después de imprimir, contestarle a la pantalla que no cuando pregunta *voulez vous garder les changements faits au document 1?*, borrándose así todo para siempre, borrando todo para siempre, piensa Paul y sonrío al recordar aquellas viejas máquinas de escribir, en esas películas en las que por una letra tipiada dos milímetros más arriba, o más abajo, se descubre al asesino, al asesino de mujeres, porque sí, porque sería una mujer muy parecida a ella, parecida a ella como la mujer en el auto celeste que el lunes pasado, y también el miércoles, y esperemos que hoy viernes también, piensa Paul, a las ocho y cuarto de la noche detiene su Renault 21 en el semáforo de la rotonda de Libertador hacia Pueyrredón, no, no lo detiene, Paul hace que se detenga con sólo apretar el botón que hay en el poste del semáforo, aprieta el botón y el semáforo, que usualmente está en verde, cambia de inmediato a rojo para que la gente pueda cruzar, para que la gente pueda escoger autos, piensa Paul y hace

una y otra vez que el semáforo, por breves segundos, por segundos apenas suficientes como para cruzar, cambie a rojo, cambia a rojo cuando ve que está llegando por Libertador el auto de la chica que invariablemente se retoca el maquillaje mirándose en el espejito, maravillosamente distraída, como invitándolo, maravillosamente parecida, maravillosamente tentadora con la puerta del acompañante las dos veces destrabada y esperemos que hoy también, pero más que hoy el próximo viernes, el día del crimen, piensa Paul y al pensarlo no puede evitar sonreír una vez más, sonreír por el recuerdo de las horas de angustia al mirar otros Renault 21 insignificantes, como el del mismísimo Bermúdez que descubrió la semana anterior, o como los tantos Renault 21 conducidos por mujeres sin importancia, sin valor porque no volvían a pasar o porque no eran ni remotamente parecidas, o porque si eran parecidas no volvían a pasar, y si pasaban varias veces eran muy distintas a Adele, a Mallory, a Rain, a Sheri, a Amanda, a Danielle, a Becky, a Gracie, hasta que el lunes, el mismo lunes, llegó ella, que de tan adecuada le hizo pensar, en un primer momento, en que desaparecería para siempre, idea que se reforzó el martes, sumiéndolo en una tristeza indescriptible, que por suerte se derrumbó el miércoles, ocho y cuarto de la noche, semáforo, esquina, maquillaje, puerta destrabada, una mujer que no era nadie, que era ella, que no podía tener nombre propio y que si lo tenía era igual, no le alcanzaría el tiempo para pronunciarlo porque el viernes siguiente, cuando apareciera como al fin está apareciendo ahora, Renault 21 celeste, y se detenga cuando Paul haga cambiar el semáforo a rojo, y se retoque el maquillaje como lo hace ahora, y tenga la puerta tan destrabada como Paul la puede ver desde el cordón, junto al semáforo, con sólo dar dos pasos subirá al auto y la obligará a conducir hacia donde está caminando ahora, donde ahora está parado, justo detrás de la Facultad de Derecho, toda una paradoja, todo un regalo para Bermúdez, un regalo de Paul Besançon, que se subirá rápido al auto de ella, que se estará maquillando como siempre, y le mostrará el arma, no tendrá que hablar mucho, sólo breves indicaciones, que ella crea que es sólo un robo y no una violación, porque las violaciones ponen nerviosas a las mujeres y por eso él nunca quiso ser mujer, porque las violaciones son dolorosas y muchas veces seguidas de muerte, de una muerte triste, poco heroica, de una muerte mucho más dolorosa que pudrirse en una cárcel sudamericana, donde al menos uno, hombre, puede defenderse, defenderse como no podrá hacerlo ella cuando sea obligada a bajar del auto, detrás de la facultad, en el descampado que hay después del estacionamiento, antes de llegar a las vías de un tren que pasa todo el tiempo y a Paul le gusta pensar que es siempre el mismo tren, un único tren que va y vuelve todo el tiempo de la terminal de Retiro a la primera estación, y que al

pasar, a esa hora y en todas las horas de la noche, no alcanza a iluminar el descampado, piensa Paul a las ocho y media, con media hora de tiempo, con tiempo más que suficiente para cambiarse la ropa que llevará en un bolso por si se mancha de sangre al consumir el acto, y llegar a las nueve en punto a la clase donde el gran profesor Roberto F. Bermúdez, después de haber mirado todo sin ver desde la ventana del aula, después de quedarse quieto en la ventana, ciego como la justicia y delatado por la luz del salón que ahora Paul vuelve a contemplar, desde la oscuridad del descampado, recortando su figura en la segunda fila de ventanas, llegar a tiempo a la clase en que Bermúdez le explicará, como si él no supiera de qué se trata, la primera bolilla de la parte especial del seminario, delitos contra las personas, homicidio.

## *Seis*

No hay que tomar whisky de la botella, porque esta botella y todas las botellas que Cecilia me compró últimamente, toda esta última tanda de J&B 12 años viene con este pico de plástico, con esa pelotita adentro del pico que hace que uno no pueda tomar de la botella. Hay que darla vuelta para que el líquido caiga en el centro del vaso, contar hasta diez, sin mirar el vaso ni la botella ni nada, y volver a poner la botella en su lugar, arriba de la mesa, al lado del cenicero. Después, el hielo. El hielo no se puede tocar con la mano, porque para eso está la pinza de metal, y el baldecito. Roxana me regaló el baldecito y la pinza, y también el cenicero, y todo lo que hay en el escritorio: la foto de cuando nos casamos en el portarretratos de alpaca, el lapicero de piedra, el cortaplumas de oro. Todo no, la lapicera es mía, era mía desde antes. Una piedra, una sola piedra de hielo, pero el whisky, como siempre, se va a terminar antes de que la piedra desaparezca. Siempre pasa lo mismo, y esta vez también va a pasar lo mismo. La piedra no tiene nada que temer. La piedra está a salvo, el whisky en mi garganta, pasando por donde ya pasó el whisky anterior. Yo le dije a Cecilia mire señora, en ningún artículo del Código Penal está tipificado que comprar whisky con pico de plástico es un delito, pero también sepa que despedir a una secretaria incompetente tampoco es delito, y si no me consigue lo que yo le pido vaya pensando en buscarse otro jefe. No puede ser que a los cincuenta y cuatro años yo tenga que andar recordándole a usted todo esto del whisky, ni tampoco lo de las flores. Antes. Antes me gustaban las flores. Ahora no. Ahora, lo que me gusta es que no haya flores, que el florero quede vacío, así como está, sin agua que se pudra ni flores que se marchiten. No sé si me explico. Cuando Roxana vivía conmigo era una cosa, pero desde que ella se fue, el florero sin flores, el whisky con un pico normal, y en el desayuno nada más que café y jugo de naranjas. Basta ya con eso de tostadas, y manteca en las tostadas, y leche con

cereal. Antes sí, porque a Roxana era mejor hacerle caso, pero ahora no. Ella se fue, ya pasaron tres años y entonces café solo y jugo de naranjas. Las naranjas tienen que ser chiquitas y dulces, y tienen que estar recién exprimidas. No me importa que sea de madera. El exprimidor de madera es mejor que todos los demás, es mejor que la juguera electrónica y que los cosos esos de plástico o de metal, porque después uno se lleva a la boca algo que queda con partículas de metal, o con gusto a plástico, qué feo. Los chinos. Los chinos son los que tienen razón. En ningún lado del maldito Código dice que comer con cubiertos de metal sea un delito, pero los chinos sí que saben lo que hacen, y por eso tienen los palitos, porque saben que es mejor llevarse a la boca un material noble, como la madera, que meterse esos tenedores de lata que usan todos. El jugo recién hecho, con naranjas chiquitas y dulces, en el exprimidor de madera. Deben ser las cuatro y media, mi reloj biológico todavía funciona. Siempre funciona bien, siempre sé la hora que es y ahora deben ser las cuatro y media, llené tres veces el vaso, y en ninguna de las tres el hielo llegó a derretirse. Después sí, se derritió y tiré el líquido en el cesto, pero era agua nada más. Deben ser las cuatro y media, cuatro y treinta y cinco a lo sumo. Creo que tengo sueño. Pero no entiendo por qué, si tengo sueño, estoy tan seguro de que no me voy a poder dormir. Debe ser por la notita que me dejó Cecilia. Llamó desde Francia el doctor Bernard Besançon. No sé por qué no le devolví el llamado cuando llegué a casa. Ahora ya no estoy como para llamar. Si me dice algo importante sobre el hijo, es posible que mañana no me acuerde de nada y tenga que llamarlo de nuevo. Hoy el hijo estuvo tranquilo. No habló en toda la clase. Y no habló después, tampoco. ¿Será capaz de cometer un crimen? Bernard quizá sepa. Mañana a primera hora tengo que llamarlo. No, mañana es sábado. Mejor lo llamo el lunes. Total, no puede pasar nada. El viernes anterior se habrá querido hacer el misterioso. Habrá querido asustarme, el pobre. No sabe con quién se mete. Después de mi relación con Roxana, después de creer que mi matrimonio iba a ser para toda la vida y darme cuenta un día, de golpe, de que ella se iba a ir, y de ver cómo se iba para siempre, hay muy pocas cosas que puedan asustarme. A lo mejor en la semana se dio cuenta de que no tiene que jugar conmigo y por eso no me dijo nada hoy. Tranquilito. Terminó la clase y, cuando yo esperaba más preguntas como las que me hizo antes, se levantó, agarró sus cuadernos de apuntes y se fue. Y después, a la salida, ya no estaba esperándome para mirar las ruedas de mi auto. Quizá ya encontró lo que buscaba. Quizá no buscaba nada, y entonces no sé por qué estoy pensando en estas cosas. Pero no. No puede ser. Solamente se piensa en cosas tan complicadas cuando el whisky es malo. Con este J&B Jet de 12 años la vida a uno termina por sonreírle, y nada puede hacerle daño a uno. ¿Teléfono?

¿Teléfono a esta hora?

– Hable.

– Disculpe, doctor. Disculpe la hora. Soy un alumno suyo, Paul, Paul Besançon...

– Pero mire qué casualidad, Besançon, justo estaba pensando en usted...

– ¿Lo molesto? Discúlpeme. Si lo molesto puedo llamarlo en otro momento. En realidad pensaba dejarle un mensaje en el contestador...

– No tengo contestador, alumno. No creo en esas cosas. Y si pudiera, tampoco tendría teléfono. Pero usted dirá...

– Tengo un pequeño problema en un caso teórico en el que estoy trabajando.

– Me imagino que es el mismo que mencionó la semana pasada. En eso, justamente, estaba pensando. ¿Y por qué no se acercó hoy, después de clases?

– No sé... la duda me surgió recién...

– Bueno. Vamos a ver de qué se trata.

– Me preguntaba si para la ley de este país el concepto de violación, de penetración carnal específicamente, se toma en cuenta sólo cuando el acto está realizado con el miembro masculino y no, por ejemplo, con algún objeto...

– Otra vez tiene ahí una cuestión de interpretación, alumno.

– ...

– Mirá, pibe. Escuchame bien, querido. Si vas a hacer alguna macana no te conviene meterte en cosas de violación. No sabés lo que pasa después en la cárcel. Ahí adentro hay un lugar que se llama "la villa", que... Mejor pensá en tu viejo, pibe. Tu viejo es un buen tipo, mejor que no le des un disgusto...

– ¿De interpretación, decía?

– Entiendo. Vos sabrás. De interpretación, sí...

– ...

– Yo, personalmente, creo que es lo mismo. Una violación, para mí, es una violación y punto.

– Perfecto, profesor. Una última pregunta. Si usted encuentra junto a un cadáver una faja de banco, ¿pensaría que al asesino le pagaron? ¿incluiría esa agravante...?

– No, alumno, la lógica no indica una remuneración sino un robo.

– Pero podría ser.

– Todo puede ser.

– Sólo quería saber eso. Muchas gracias. Buenas noches.

Cinco y diez de la mañana. ¿Cómo consiguió el teléfono? Seguro que se lo

dio el padre. Mañana mismo lo llamo a Bernard, a ver si sabe algo. No, mañana no, el lunes era. Algo debe saber, si no no me hubiera llamado. Nunca me pasó esto. Esto pasa en las películas, eso de sospechar, de saber que se va a cometer un crimen. Las cosas, cuando llegan a la justicia, casi siempre ya pasaron. Por eso somos como enfermeros, como bomberos somos, apenas. El fuego del incendio, el fuego del whisky, pero no, el J&B de 12 años no provoca fuego en la garganta ni acidez en el estómago. Eso pasa con el whisky malo. Habría que prohibir la fabricación de whisky en todo el territorio nacional, en toda Sudamérica. Qué asco. Es alcohol puro, es alcohol de quemar. Qué suerte que de joven no me gustaba la bebida, porque no hubiera podido pagarme esto. Abstemio casi siempre. Abstemio hasta los veintinueve. Cuando trabajaba en la justicia apenas me hubiera alcanzado para pagarme bebidas que no habría que tomar. Bermúdez Presidente. Primera medida de gobierno: todo el mundo tiene derecho a tomar bebidas nobles que no tengan pico de plástico. Y todos felices. Lo único que provoca este suave J&B es ganas de sonreír, de sonreír como un estúpido y de decir la verdad. ¿Y qué pasa si yo me planto mañana, sobrio, bien sobrio, me planto mañana en el canal de televisión y digo que todo lo que escribí, que todo lo que pensé y dije hasta ahora en público es una mierda? La cara del presentador, aquí tenemos al prestigioso criminalista Roberto Bermúdez, y ahí va Bermúdez y dice me cago en usted, me cago en todos ustedes. Vamos a un corte, dice el tipo. Qué gracioso. Qué gracioso. Tengo que irme a la cama. No sé si llego a la cama.

– ¿Todavía despierto, doctor?

– Cecilia. ¿Cómo está? ¿Está desvelada?

– No tanto como usted, doctor. ¿Algún problema?

– No, nada. El fuego...

– ¿Quiere que le prepare un té?

– Bueno.

Té. Té Twinings Earl Grey de bergamota, con la ridícula foto del mismísimo Earl Grey segundo, Charles, Charles tres cuartos de perfil y su ridícula patilla en la caja de té, té con unas pocas gotas de ron, porque al viejo Earl Grey, no a este estúpido que, según la cajita, vivió ochenta y un años con la misma cara de estúpido, al viejo le hubiera gustado ponerle un poquito de ron a su propio té. Capaz que la costumbre ya venía del mismísimo Twinings, del viejo Thomas Twinings, que para algo era el dueño de la compañía. El tipo ahí va y reúne a los marineros, en 1706, y les dice está bien, muchachos, nos vamos todos a la India, y a Ceilán, y a la China a traernos el té casi gratis para

Inglaterra, pero nos vamos todos bien borrachos...

– Tome. Acá tiene, doctor. Cuidado que está caliente.

– Gracias...

– ...

– Ron. Cecilia, a esto le falta el ron. Lo tiene ahí, ahí, en el barcito, ¿ve?, ron cubano, el ron cubano, póngale...

– ¿No prefiere tomarlo así? Está rico así, doctor...

– Me encanta la delicadeza que tiene para decir las cosas. El viejo Earl Grey no hubiera permitido que nadie le prohibiera ponerle ron a su propio té.

– ¿Quién?

– Nada. No importa. Mañana hágame acordar que llame a Bernard, a Bernard Besançon...

– Mañana es sábado... hoy ya es sábado, doctor. Mire, está amaneciendo.

– Usted hágame acordar.

– Bueno. Pero termina el té y se me va a la cama. Yo lo espero y lo ayudo.

– No, Cecilia, vaya usted, yo puedo solo.

## *Siete*

Paul, a las dos de la tarde del viernes, enciende el televisor y ahí, como un presagio, está ella en MTV, en el video de una horrible canción de Melissa Etheridge, *Come to my window*, ella, Juliette, encerrada en una habitación de hospital, angustiada, perturbada, hermosa como siempre, pero la canción termina y aparece la estúpida presentadora de pelo hoy teñido de fucsia y entonces Paul cambia de canal y otra vez ella, ahora en FOX, entrevistada en el backstage de *Natural born killers*, diciendo que es alguien malvado, que es como un cigarrillo, sucio, destructivo, pero deseado, y muestra por una fracción de segundo el que ella misma sostiene en su mano derecha y Paul comprende que sigue siendo Mallory, como en la película, aunque ahora tiene reflejos rojos en el pelo, y los labios muy pintados en la cara blanca, los labios de Juliette que dicen que Mallory representa a un montón de demonios de la gente de hoy en día, demonios en chicos con situaciones de abuso en la familia, del horrible problema del abuso que existe, y dice que los adultos suponen que son, ya sabes, dioses, y se ríe y Paul aferra el control remoto y se ríe también, y ella dice que se supone que los adultos saben todo y enseñan a los más jóvenes, pero los chicos son más puros y Paul está de acuerdo, no porque le gusten particularmente los chicos sino porque desde aquella vez en que vio *Cape fear* supo que estaría de acuerdo con todo lo que ella dijera siempre, pero con ella, no con el retardado mental de Woody Harrelson, que ahora en la pantalla muestra su carota fea y cuadrada y Paul piensa en cambiar de canal, pero otra vez aparece ella y dice que cree que existe un demonio en las personas y en este planeta, y Paul, sentado en la cama, suelta el control y aplaude como un chico y dice que sí, que existe un demonio y luego cambia de canal para que ella sea Danielle Bowden, mucho más joven, *Cape fear*, en el salón de actos del colegio, la raya en el pelo mal hecha, hebillas de plástico rosadas con tres florcitas, la del

medio más grande, dejando que Max Candy, es decir De Niro, es decir el asesino, primero le ofrezca marihuana y, luego de pasarle la mano tosca por la mejilla, le meta el dedo pulgar en su boca pequeña, que ella acepta por un segundo y pone su mano sobre la de él para luego aceptarlo otra vez, con gusto, y desembocar en un largo beso en la boca que Paul evitará ver al tocar el control remoto, ella otra vez entrevistada en un programa, "Entertainment tonight", que pasan ahora, a las dos y veintiocho de la tarde porque es lo que sucede en los pobres países sudamericanos, que emiten los programas de la noche a cualquier hora, es igual, si nadie entiende nada, si a nadie le importa nada, a Paul sí le importa que aparezca ella en otro canal, que aparezca como aparece ahora, de once, doce años, la película es para idiotas, *National Lampoon's christmas vacation*, ni siquiera la alquiló o compró, pero bueno, es de las primeras que hizo, pobre, tiene cara de aburrida, va en auto con los padres y con el hermano, se llama Audrey y es rubia, lleva aros rojos y vestido rojo con dibujos en negro, ¿tiene una marca de viruela junto al ojo izquierdo?, sí, tiene, tiene guantes y gorro de lana rosados, pullover negro, pero casi ni aparece y hay que soportar a Chevy Chase, mejor cambiar de canal, Anita está limpiando la cocina, y ella, Amanda Sue Bradley, arrestada por secuestro y asesinato, duerme, se ha hecho claritos en el pelo rubio que le llega hasta los hombros y ya tiene quince, usa shorts de jean y remera negra, y ahora no, se acabó el flash back, está otra vez en la cárcel, con el pelo recogido, esposada y encadenada a los tobillos, la cintura y la muñeca, flash back y Brad Pitt le inyecta droga, y Paul se pregunta si el formol será lo mismo, como una droga, aunque después piensa que no importa porque Juliette ya va a estar muerta y los muertos no sienten nada, pobre Juliette, que mata al militar de ocho puñaladas y la condenan sin posibilidad de apelación, qué película estúpida, *Too young to die*, qué estupidez, ella tiene vestido floreado y más tarde, mientras espera sentencia, gira todo el tiempo un eslabón de la cadena con que está atada y va a la cámara de gas, se pregunta ¿voy a morir ahora? y llora por última vez frente a la cámara antes de que Paul cambie y aparezca rubia, pelo corto, bailando semidesnuda en una habitación para Jack, o sea Gary Oldman, *Romeo is bleeding*, cuando es Sheri, camarera en el bar Maloney's, asesinada por error por su amante, cuatro disparos, cuatro disparos, esto es muy difícil para mí, piensa Paul y cambia de canal, vuelve al anterior, ahora violada por el padraastro, tiene los dientes separados, y después se casa de blanco y, recién casada, usa una camisa blanca de hombre, y cuando la abandonan hay un ataque de llanto, sobreactuado, qué lástima, no es tan difícil, nada es difícil, cambia, se cierran las puertas del metro y él, sentado en un banco del andén, después de decirle que se terminó, deja que ella, en el tren, detrás del vidrio, lllore, Paul llora, llora y

cambia, a ella le gustan los confites de chocolate, tiene aros redondos, fuma pero no toma alcohol, y Brad Pitt la golpea en el bar, se la ve luego en ropa interior de seda azul con encaje, medias negras con portaliagas pero vuelve a sobreactuar cuando el sargento que le dio refugio la echa, y Paul no entiende por qué las escenas aparecen cambiadas de tiempo, por qué, si él conoce bien cada una de las secuencias de todas las películas, en su televisor no aparecen en orden, será un sueño, se pregunta, sí, un sueño, se dice y cambia, un sueño o algo que no alcanzo a comprender, porque en el verdadero sueño, en la noche, él y Juliette se besaban en el puente, ahora en el *Pont des Arts*, de madera, peatonal, para cruzarlo hacen falta 2 pasos, 2 escalones, 1 paso, 4 escalones, 2 pasos, 4 escalones, 221 pasos, 5 escalones, 3 pasos, 4 escalones y 2 pasos, pero él no quería cruzarlo sino seguir besándose con Juliette, a pesar de que su padre y Bermúdez los miraran con reprobación, de que su madre ya no estuviera, de que se escuchara de fondo esa canción de Georges Brassens, *Le vent*<sup>2</sup>, que se burla de la gente en el *Pont des Arts* llevándose los sombreros y levantando los vestidos, y con el viento las secuencias vuelven a desordenarse, será un sueño o algo peor, piensa Paul, algo terrible, una sombra, una definición, una marca del destino, Anita avanza, el sonido de la aspiradora avanza en el pasillo pero no importa porque Mallory, largo pelo rubio atado con colitas, corpiño marrón, pantalón beige, elige en una cafetería una canción del pasadiscos y, luego de bailar, pelea contra un hombre de lo más grosero y lo mata, lo mata y ellos, ella y el maldito estúpido de Woody Harrelson, se besan en el auto mientras pasan los títulos del inicio, *Natural born killers, story by* Quentin Tarantino, *directed by* Oliver Stone y un primer flash back, ella con pelo corto negro, labios muy pintados, mejilla con lunar y aparatos en los dientes que hacen que Paul cambie, otros aparatos en los mismos dientes, *Cape fear*, qué hace aquí otra vez *Cape fear*, piensa Paul pero no puede dejar de mirar cómo ella, en su cuarto, se encierra a ver el video *Paciente*, de Guns and Roses, disco *Lies*, Paul la mira a ella, su teléfono Swatch rosado, su foto de James Dean colgada en la pared y piensa que Juliette no es así, tan superficial, tan tonta, que debe ser cosa del guión, del escenógrafo, del asistente, no de ella, que cambia a Adele, cumple años, es la novia de Brad Pitt, que le regala zapatos rojos de taco muy alto y ella luego en bata rosada con vincha negra y hebillas de plástico celeste, parece tonta, debe ser cosa del guión, parece tonta cuando comienza el viaje, y luego, sentada en la cama de un motel, con las piernas cruzadas, juega con un yo yo, y al día siguiente, después de que Brad Pitt le corta el pelo, ella se pinta los labios de rosa claro, obsesivamente, se pinta y aún sigue pareciendo tonta, dominada por

---

<sup>2</sup> El viento.

Brad Pitt, o mejor por Early Grace, asesino en *Kalifornia*, novio de Juliette en la vida real, aunque a quién le importa la vida real, piensa Paul y oye el sonido de la puerta, tres golpes firmes a la puerta de su habitación y la cantarina voz de Anita diciendo simplemente “señor...” para que él comprenda que ella ha terminado con el resto de la casa y que debe entrar a su cuarto para completar el trabajo, no, no se moleste, Anita, lo hace el lunes, vaya tranquila, bueno, señor, nos vemos el lunes, buen fin de semana dice ella y se lo dice a la puerta que él no ha abierto, que se vaya, piensa Paul, nos quedaremos solos aquí, Juliette y yo, Juliette y yo, ella entra con una canastita de mimbre a comprar en el supermercado donde trabaja él, él, Johnny Deep, él, Paul Besançon, que luego de que ella hiciera el pedido la lleva en su camioneta, y Becky dice que la belleza externa no importa porque no dura, y van a tomar un helado, y miran el atardecer, ella llevando la bicicleta en la mano, remera roja, pollera estampada a cuadros, cuando se abrazan bajo la lluvia ella le anuncia que seguirá su viaje, y parece que todo termina pero no, amanecen juntos en el campo, acostados, vestidos, *What's eating Gilbert Grape?*, quién se come a quién, qué se come a qué, qué es todo esto sino una actuación, un artificio, piensa Paul, nada es real, ni la justicia ni el tiempo pero por sobre todo la justicia que se come a sí misma, qué es todo, su propio cuerpo, los destellos del televisor y su propio cuerpo, los destellos de su cuerpo que se come a sí mismo con el paso del tiempo, tiempo, aún queda tiempo, aún queda, incluso hasta para lo que se ve ahora, *Mixed nuts*, Gracie, embarazada, qué raro verla embarazada, piensa Paul y estudia sus collares, su vestido amplio, la camisa también amplia sobre el vestido, sus pulseras, pañuelos y sombreros, todo tan recargado y hippie, todo tan feo, tan desagradable, porque qué hace él, Paul, piensa, qué hace viendo otra vez *Mixed nuts*, viéndole la cara a Steve Martin, qué hace eso mezclándose con todo lo que tiene que ver con ella, con la hermosísima Juliette, hermosísima aunque embarazada, como en esa última toma, de menos de un segundo, del final de *Natural born killers*, embarazada, dos hijos, el pelo batido y en una casa rodante, todo eso en menos de un segundo, un segundo antes de los títulos finales, que se derraman sobre una foto de ella, de chica, riéndose, repitiéndose en todos los canales, en cada uno de los canales, porque no son sólo sus películas, las que ha comprado en el barrio de Once y que aparecen con subtítulos en español y con títulos cambiados y extraños, porque qué hace allí, vestida como una colegiala, en un capítulo de la vieja serie de televisión *A family for Joe*, o en uno de *I married Dora*, o en *Homefires*, o en ese telefilme que ni siquiera ha salido a la venta en video, *That night*, rubia, pelo casi por los hombros, raya al costado, besa al chico, lo mira a los ojos en la puerta de su casa, la trama es idiota, su vecinita de doce años la admira porque ella, de diecisiete, vestido rosa floreado,

sale con un chico, y eso es todo, lo besa en la playa, por la noche, él la desnuda, el corpiño es blanco, sin breteles, lleva medias con ligas que ella misma desabrocha, y eso es todo, eso es todo, aún queda tiempo, ni siquiera son las seis, ella pasa con el auto todos los lunes, miércoles y viernes a las ocho y media de la noche, y no sólo lo comprobó el viernes anterior sino el lunes, y el miércoles, y lo comprobará hoy, definitivamente, el día del crimen, aunque aún queda tiempo para ir hasta el semáforo, y detenerla, y asesinarla, y dejársela a su profesor, muerta, asfixiada, acuchillada, baleada, ultrajada, dejársela frente a la ventana del aula ciento diecinueve para que él sepa que no se puede confiar en nada, ni en la justicia, en nada ni en nadie, piensa Paul, porque si uno piensa en ella, por ejemplo, en Juliette Lewis, llega a la conclusión de que puede ser cualquiera, *on ne peut faire confiance en rien*<sup>3</sup>, cualquier chica de cualquier país, qué importa, para qué viajar hasta Estados Unidos si ella puede estar en cualquier parte, tiene pelo largo, y pelo corto, y rubio y castaño y negro y es gorda y flaca y sensual y estúpida, y por qué no puede ser Juliette, entonces, la chica del Renault 21, lunes miércoles y viernes a la misma hora, a la misma hora, ocho y media, aún hay tiempo, tiempo para abrir la caja fuerte, no hay ruidos en casa, hay un silencio extraño, el televisor ya apagado se volverá a encender, esta vez con un video, qué falta, qué falta, piensa Paul y revisa sus ocho películas compradas hasta darse cuenta de que sólo resta ver una, *Husbands and wives*, de Woody Allen, ella es Rain, estudiante, aspirante a escritora, seducida por el profesor, en principio tímida, pelo hasta los hombros, raya al costado, desde el inicio Paul debe contar, como cuenta, en voz alta, hasta el número ciento cuarenta y cinco para que aparezca ella, y entonces sí quiere mirar, porque antes, mientras contaba, ella no aparecía y él pudo dedicarse a preparar las cosas en el bolso, no sólo los libros y cuadernos para su curso, también las cosas para el crimen, escena en la clase, ciento veinte segundos, dan un paseo después, setenta y siete segundos más y están en un auto y, rápido, en casa de ella, noventa y ocho segundos, ella leyendo la novela que escribió él, pierde luego el manuscrito y lo recuperan, sesenta segundos más, cumpleaños de ella, cuarenta segundos y terminan la relación y la película, el bolso ya fue preparado, es bueno saber de memoria hasta cuánto hay que contar para que aparezca ella, piensa Paul, debería aprenderlo en todas las películas, así puedo aprovechar el tiempo para hacer otra cosa, balas, arma, silenciador, formol, cuchillo, lazo de seda, esas cosas, u otras cosas, alguna otra cosa, debería estar haciendo alguna otra cosa, piensa Paul sin saber que eso es parecido a lo que a esa misma hora piensa Roberto, que ha alquilado varias de las películas en las

---

<sup>3</sup> No se puede confiar en nada.

que trabaja una tal Juliette Lewis, porque al llamar a Francia su viejo amigo Bernard le contó que lo único que había dejado Paul en su cuarto eran aquellas películas, y Roberto se preguntó por qué no Juliette Binoche, que es francesa, y mejor actriz, y más linda, y al terminar de ver *Asesinos* por naturaleza piensa que toda esa violencia es innecesaria, que no vale la pena gastar tanta energía, y lo piensa a esa misma hora, después de haber aprovechado la oportunidad para llamar a Roxana y pedirle la videgrabadora, que ella le envió con su secretaria para no tener que verlo, para negarle la oportunidad de encontrarla, porque las mujeres son así, piensa Roberto aunque Paul no lo sabe, las mujeres te dicen un día si yo tuviera a un hombre así, como vos, no lo soltaría nunca, y lo cuidaría, y después, cuando el hombre ya empezó a quererlas, cuando el hombre las ama verdaderamente, ellas de un día para otro se van, y no lo cuidan a uno, y no les importa que uno sufra, y por eso Roberto piensa que la vida es lo bastante violenta como para agregarle más violencia, y que habría que tener cuidado no sólo con *Asesinos* por naturaleza sino también con las cosas horribles que suceden en *Al filo del abismo*, aunque ese Gary Oldman sí que trabaja bien, pero Paul no sabe nada de todo esto, no sabe que Roberto ha llamado a su padre, a Bernard, el lunes anterior, que después de ver las películas y de consultarlo con Murielle su padre decidió dar por terminado el tema, olvidarse de todo, pero que luego, con el paso de los días, fue cambiando de parecer hasta que tomó la decisión de dejarle un mensaje a su amigo Bermúdez a través de Cecilia, la secretaria que desde hace tantos años sigue con él, le dejó un mensaje cuidándose de que Murielle no se enterara, y que cuando, a las nueve de la noche del lunes siguiente, cinco de la tarde en Buenos Aires y cuatro días antes del crimen, escuchó la voz de Roberto, le contó todo con lujo de detalles, todos sus miedos, todas sus preocupaciones, así, directamente en francés, todas sus angustias, Bernard llorando en el teléfono y Roberto tratando de comprender y al fin entendiendo, y luego de lo de Roxana, aquello de pedirle la video, tener al fin algo que hacer, tener que mirar aquellas películas para descubrir alguno de los secretos de Paul, y no descubrir ninguno, no al menos hasta la mañana siguiente a ese viernes, cuando Cecilia lo despierte a las siete de la mañana para decirle que escuchó en el informativo de la radio que estaban hablando de un macabro hallazgo, una chica muerta que apareció atrás de la facultad de Derecho, justo frente a donde él, el día anterior, estaba dando su clase, la chica violada, y torturada, y apuñalada, y asfixiada, y baleada, macabro hallazgo, "Macabro hallazgo" según el diario *Crónica* de esa misma tarde de sábado, todo un título de tapa, que para el diario *La Razón* sería "El crimen de la facultad de derecho", diarios que él, Roberto, fue a comprar apenas salieron en la tarde, de la misma forma en que al día siguiente compró los nueve diarios que se

publican en la Capital para enterarse de cómo fue, aunque apenas tuviese los datos superficiales que suele aportar el periodismo, cómo fue el final de la vida de una pobre chica llamada Valeria Di Natale, pero todo esto aún no sucede porque recién son las nueve de la noche del viernes, el crimen ha sido cometido pero no descubierto y está por comenzar la cuarta clase del seminario.

## *Ocho*

Los ojos fríos de mi alumno. Paul Besançon puede haber venido de cualquier lado, de violar a una chica, por ejemplo. Pero como tiene esos ojos fríos, nadie podría darse cuenta de nada. No sé por qué llamé a Bernard, ahora estoy entrando en algo de lo que quizá no pueda salir. Ahora que lo veo otra vez me acuerdo de la borrachera del viernes pasado, de que el sábado me levanté tarde y con resaca, de que Cecilia me sirvió al fin sólo café y jugo de naranjas en el desayuno. Y del llamado de Paul a las cinco de la mañana. ¿Cómo se atreve a llamarme a esa hora? ¿Por qué no le dije nada? ¿Lo habré atendido bien? Quién sabe. Él debe saber. Ni me acuerdo de qué hablamos. De una violación, probablemente. Este chico anda en cosas raras. No me gusta este chico. ¿Hice bien en responder al llamado de Bernard? Qué me importa a mí de los problemas que tenía Paul en Francia, o por qué Bernard insistió tanto en mandarlo para acá. Qué me podría decir de su hijo. Qué. De violaciones y homicidios, de eso habla. Y no como jurista, sino con un deleite por lo menos impropio en alguien como él, en un estudiante de mis clases. Cada una de sus intervenciones muestra una avidez, una pasión por los temas, por los detalles, que resulta algo innoble, algo parecido a la codicia, como si los crímenes fuesen disfrutables... Pero todos los penalistas hablamos de esas cosas, todos pensamos en eso. Robos, violaciones y homicidios. Ahora les estoy hablando de los delitos contra las personas, justamente. Les estoy diciendo que el primero, el homicidio, es la base de todo. Que si no entendieron eso no entendieron nada. La vida. El derecho a la vida. La protección de la vida. Eso es lo más importante. Eso, y la justicia. No les hablo de Roxana. Para qué. Qué pasa si abro mi portafolios y saco una petaca de whisky y me tomo un buen trago, y ahí les digo que cuando todo sale mal, cuando uno fracasa, cuando Roxana te deja, ya no queda nada, no queda nada, nada, solamente la justicia. No hay vida que

importe, no hay nada que importe, solamente la justicia. Hace un rato, antes de que llegaran ellos, yo miraba por la ventana y apenas se veía la oscuridad del estacionamiento y, más atrás, los trenes que iban y venían todo el tiempo. Únicamente se veía eso, oscuridad y, más atrás, trenes. Habría que esconderse un tiempo largo en la oscuridad, hasta que no quedaran más pensamientos. Habría que subirse a un tren para ir a cualquier parte. A cualquier parte. A Junín, por ejemplo. Hace demasiado tiempo que no voy. Junín es una buena ciudad, ahí la gente no está tan mal. O quizá sí. Quién sabe. Homicidio. Agravantes de homicidio. Todos saben todo. Sí, son buenos alumnos, Paul en especial, aunque hoy está particularmente callado. No hace sus intervenciones. Qué raro. Tiene un bolso. ¿Qué llevará ahí? ¿Llevará una petaca? Yo nunca me animé a comprar una petaca. Eso es de alcohólicos. Si tuviera una petaca ¿cómo resistiría la tentación de traerla en el portafolios? Pero él no. Debe llevar ropa de gimnasia. Seguro que viene del gimnasio. Por eso tiene esas ojeras, esa cara de cansado. Por eso. Termina la clase. No habla, se va. Vienen otros a preguntarme cosas que no me interesan. Les digo que no, que hoy no, que hablamos el viernes que viene. Les digo que me dejen solo. Y acá estoy, solo, mirando por la ventana. Está la oscuridad del estacionamiento. Y más atrás están las vías. Ahora pasa un tren. Desde acá, desde el primer piso que desde afuera es el segundo, no se lo oye, pero la luz es inconfundible, la presencia es inconfundible. Y ahora hay sombras que se mueven, abajo. Hay un auto que enciende las luces, hay gente que se acerca. Demasiada gente. Si abro la ventana seguro que escucho. Todos rodean algo, no sé qué es. Sirena de ambulancia. O de policía. Varias sirenas. Llega primero la policía y después la ambulancia y hay muchas luces y no quiero salir de la ventana y por qué no tengo una petaca, por qué no puedo ir hasta mi escritorio y encontrar una petaca, agarrarla y tomarme un buen trago de Justerini & Brooks, destilado en Escocia bajo la supervisión del gobierno británico, aunque de eso me acuerdo por la botella, la petaca es anónima, y debe ser difícil pasar el líquido, aunque con ese pico de plástico que le ponen a la botella de 12 años quizá no. Debería comprarme una. Debería salir de la ventana. Otro auto de policía. Y otro. Guardo mis papeles en el escritorio, y como no puedo aferrarme a la petaca me aferro a la idea de una petaca de metal, con cubierta de gamuza marrón, llena de whisky. Necesito un trago. Tengo que salir ya mismo de la facultad y encontrar un bar donde haya J&B. Me aflojo la corbata. Nadie viene por acá después de clases. Es una suerte. Y nadie me espera en casa. Otra suerte. Salvo por Cecilia. Que espere. Me quiero ir, y qué hago otra vez en la ventana. Por qué cuatro autos de policía. Por qué tanta gente, tanto movimiento. Y periodistas. Qué pasa. Son lindas las luces azules de los patrulleros. El estacionamiento ya no está tan oscuro. Más gente. Y

más policías. Y más gente. Y suben un cuerpo a la ambulancia. Por qué la ambulancia arranca así, despacio. Por qué ni siquiera pone la sirena. El tipo debe estar muerto, suponiendo que sea un tipo. Nunca pasó una cosa así. Un crimen en plena Facultad de Derecho, ya no hay respeto por nada. Un crimen frente a las ventanas de las aulas, justo atrás de la facultad. Como si fuera a propósito. Un crimen. Pobre tipo, qué mala suerte. Seguro que nadie escuchó nada, que nadie vio nada. Nunca nadie ve nada. Es así. Vas por la calle, pasa alguien, te mata y se acabó. Por eso le expliqué a Roxana que no teníamos que abandonarnos así. Así, de un día para el otro. Así. Que después pasa cualquiera por la calle y te mata, y de qué sirve todo. De qué sirve sufrir. Aunque en una de esas la justicia funciona, y ahí se equilibra la balanza. La justicia nos iguala, y en una de esas el asesino cae preso y lo revientan en la cárcel. Que se joda. No se puede andar matando gente por ahí. Porque si no nada vale nada. Nada. Nadie. Sírvame otro, sí, también doble. ¿No estaba en la ventana, yo? ¿No estaba en la facultad? ¿Qué hago en el bar? ¿Cómo crucé hasta el Café de las Artes? Otro, doble, otro. El último y me voy a casa, ni siquiera voy a pasar por el estacionamiento de atrás. Todavía debe haber gente. Qué me importa. Me voy por adelante, tengo el auto ahí. Sector reservado. No habría que manejar borracho. Es contra la ley. La ley civil. La ley penal. Y la ley de tránsito, por lo menos. Qué gracioso. Pero peor es ese tipo, que lo mataron vaya uno a saber por qué. O no. En una de esas se murió solito, de un infarto, o se suicidó, quién sabe. Pero por qué entonces tantos policías. Dormir. Dormir y soñar. Soñar que nadie queda impune, que la justicia funciona, que no hay privilegios, que la venda de la estatua nos iguala, dormir y soñar con Paul, o mejor con Bernard, eso, con Bernard y Murielle, con una fiesta, con una fiesta hace quince años, cuando la vida era hermosa, cuando Roxana me quería, qué hago otra vez soñando con Roxana, por qué no podemos elegir los propios sueños, a quién habrán matado abajo de la ventana de mi aula, pobre estatua vendada muerta sobre el pasto del estacionamiento de la parte de atrás de la facultad mientras yo hablo de ella, como un estúpido hablo y hablo, quién habrá muerto sino la justicia mientras yo hablaba, buen día dice Cecilia no sabe lo que escuché en el informativo de la radio.

Todo el sábado y todo el domingo, diarios y diarios y diarios, espantoso crimen, la chica iba manejando un Renault 21 por Avenida del Libertador, como todos los lunes, miércoles y viernes, entraba a su trabajo a las 2 de la tarde, salía a las 8 de la noche, era secretaria en una empresa constructora de Martínez, tenía 22 años, huérfana, al parecer vivía sola, no se sabe quién la asesinó, por qué llevó su auto hasta la Facultad, hacia el estacionamiento de la parte de atrás de la Facultad, ella iba como siempre por Libertador para doblar en la Avenida

Pueyrredón, ¿por qué tomó para el otro lado? ¿viajaba sola?, lo lógico era doblar en Pueyrredón, ella se dirigía a su domicilio en el barrio de Congreso, pero no dobló, no en esa calle, o sí, dobló en Pueyrredón, luego debió tomar Guido y, a cincuenta metros, Azcuénaga bordeando el cementerio y el Buenos Aires Design, para volver a Pueyrredón pero en sentido contrario, pasar la rotonda de Libertador hasta Figueroa Alcorta, doblar en Julio V. González, gran jurista argentino, deberían poner en el cartel de la calle quién era o en qué fecha nació, 1899-955, y después dobló por Roberto J. Couture, otro gran jurista pero uruguayo, 1904-956, lugar donde se comete el crimen, es gracioso, Couture estableció los fundamentos del Derecho Procesal, esperemos que sirvan para encarcelar al culpable, y por la otra calle entran los alumnos, puerta llena de alumnos, alguien tuvo que haberla visto, yo debería preguntar, debería poner un cartel, mi número de teléfono, que se comunique conmigo quien haya visto a una chica de unos veintidós años en un Renault 21 celeste entre las... ¿a qué hora habrá muerto?, en todos los diarios la misma frase, aún no se ha podido determinar la hora del deceso, aunque fue antes de las 23:10, hora en que, según *La Nación*, fue encontrado el cuerpo, no se sabe cuánto tiempo antes murió. Fotos y fotos y fotos, casi siempre la misma toma, el cuerpo tapado con una manta, el cuerpo en la camilla a punto de ser introducido en la ambulancia, todo tan oscuro, todas las fotos tan oscuras, el cuerpo tan oculto que pudo no haber sido un cuerpo, que pudo haber sido cualquier otra cosa, ¿es que cuando uno se muere, o mejor, cuando muere en forma violenta, deja de ser una persona?, ¿qué pasa con los derechos de los muertos?, ¿qué pasa con la cara de la pobre chica? Según los diarios la desfiguraron, la violaron y le dispararon, varios disparos, ella, Valeria Di Natale, quedó tendida frente a la puerta abierta de su auto, no se vio a nadie con ella ni escapando del lugar. Pudo haber gritado. De tener la ventana abierta quizá yo hubiese escuchado algo. O no. Tuvo que haber habido otras ventanas abiertas, otros profesores que, como yo, miraban al vacío del estacionamiento, a la profundidad de las vías del tren, alguno pudo haber escuchado algo, debería convocar a una reunión de docentes para que me ayuden, no puedo dejar esto así, es un crimen que me hicieron en la cara, un cuerpo que me tiraron a los pies, el diario *Clarín* asegura que fuentes inobjectables revelaron que los investigadores manejan la hipótesis de un crimen por encargo, y que es posible que las motivaciones de ese crimen sean raciales o religiosas, al parecer relacionadas con alguna secta, ya que el perfil familiar de la chica es el adecuado para ese esquema. Interviene la comisaría 46°, se descarta la hipótesis de un robo.

Es decir que, si hay una secta, Paul Besançon no tiene nada que ver. Y entonces, ¿por qué todo mi sábado, y todo mi domingo, con diarios y diarios y

diarios? No debería preocuparme, es una secta, fanáticos estúpidos creyendo en el fin de mundo, suicidándose, haciéndose matar, esperando la llegada de platos voladores que los rescaten de las miserias de este mundo, locos, drogados, pendejos llevados por las narices por líderes perversos, jóvenes separados de sus familias, violados, robados, ultrajados, hay una secta, pero mi alumno llegó desde Francia hace poco más de un mes y aquí no conoce a nadie, excepto quizá a sus compañeros del colegio primario, no recuerdo qué colegio era, debería llamar a Bernard. ¿A qué colegio primario mandaría a su hijo el agregado cultural de la embajada francesa en Buenos Aires? Debería llamarlo. Aunque hay una secta y Paul no tiene nada que ver. Vivió en París. En París habrá sectas, como en todos lados. Pero Bernard me hubiera dicho, una cosa así no se le hubiese pasado.

– Dígame, Cecilia, ¿cuáles son las agravantes de un homicidio?

– ¿Por qué no deja de trabajar por un rato, doctor? Lo que tiene que hacer es comer la comida, que se le va a enfriar.

– Bueno, pero antes dígame las circunstancias agravantes, cualquiera debería saberlo ¿no?

– No, doctor, no, ni yo, que soy su asistente, debería saberlo. Hay bife de lomo con puré de papa, batata y zapallo, todo mezclado como a usted le gusta. Vamos, venga a comer que ya le serví y se le va a enfriar.

Muy bien. Papa, batata y zapallo. Agua mineral sin gas. Dos galletitas de agua. Nada de pan. Cecilia decidió que estoy gordo. Igual que Roxana. Pero Cecilia sigue conmigo. Aunque es lógico. En estas épocas, y en la Argentina, no se puede perder un trabajo así nomás. Primero avanzó con el alcohol, creo que sacó la idea de una revista o algo así. El alcohol fija las grasas, doctor ¿sabía? Sí, sabía, y qué. Que debería cuidarse. Sí, y qué. Que no me gusta verlo así. Ah, y qué. En serio, doctor, qué le parece si al menos disminuye un poco la... Bueno, sí, sí, lo que quieras. Y cuando vio que yo no le hacía ni el más mínimo caso, que por otra parte es lo que corresponde, decidió avanzar por el único terreno que ella domina: las compras, la comida, mi alimentación. Y entonces, nada de pan. Me estoy comiendo un bife de lomo con dos miserables galletitas de agua. Para esto llegué a los cincuenta y cuatro años. Qué idiota. Pero al menos mi asistente no hace todo mal, ahí veo una botella de J&B 15 años que seguro tiene el pico de corcho que debe tener un buen whisky. De cualquier forma, mejor no tomar. Mañana tengo que grabar los cuatro programas del mes, la gente de producción llamó tres veces en el fin de semana, hice que atendiera siempre Cecilia. Parece que los invitados confirmaron su participación y que todo está

en orden. Una vez más habrá que enseñarle al distinguido público, a la amable teleaudiencia, a los respetables ciudadanos, qué es esta cosa de la justicia, y cómo es que todo el mundo, hasta el más infeliz de los hombres, y aunque se esté hundiendo en el medio de la mierda, conserva sus derechos. Además del traje que tenga puesto no me debo olvidar de los otros tres, ni de las corbatas, ni de las camisas, y tengo que llegar temprano, ocho en punto de la mañana. Qué feo, lunes a las ocho de la mañana. Pasar por maquillaje, que si no las luces te rebotan en la cara y das mal, y yo no quiero dar mal, lo que quiero es explicarle a la gente que la justicia no será perfecta pero es lo único que tenemos. Por suerte la gente me entiende, soy bueno explicando, por suerte la gente me quiere. Temas de exposición: derecho a defensa en juicio, inimputabilidad, presunción de inocencia y debido proceso, e inviolabilidad de domicilio. Del asesinato de la chica, ni una palabra. El mío es un programa de formación ciudadana, no de actualidad. Ni una palabra. Y además, lo pasan a las once. A quién puede importarle un programa de derecho que pasan el sábado a la mañana. Compito con los dibujitos, con Bugs Bunny, qué gracioso. Por suerte tengo que ir a grabar un solo día por mes, y esperemos que esto de la chica muerta no siga creciendo, porque si no va a pasar lo que pasa siempre, que es que me terminan llamando de todos los canales para que opine y no puedo decir siempre que no. Justo lo que me faltaba, tener que ir a la tele a opinar sobre este asunto.

## *Nueve*

Cuatro disparos, cuatro disparos, esto es muy difícil para mí, piensa Paul, cuatro disparos, como los que recibió Sheri cuando Jack, su novio, la confundió con otra, pero después piensa que no la confundió, sino que Gary Oldman cayó en la trampa que le tendió Lena Olin, y que por eso la mató a pesar de que ella, rubia, pelo corto, camarera del bar Maloney's, hubiese bailado semidesnuda en una habitación de hotel sólo para complacerlo, para complacerlo a pesar de que él, Jack, es decir Gary Oldman, después de dejarla se quedó sentado en el banco del andén, mirando cómo ella, que lloraba detrás del vidrio del metro, se hundía en la noche del túnel, se perdía con su expresión interminablemente triste, tan triste como si supiera que él mismo, su amante, acabaría por matarla, o como si la muerte no fuese peor que aquella despedida, que aquellas palabras de Jack que daban por terminada la relación, como si los cuatro disparos no pudieran hacerle luego más daño que aquellas palabras, no le hicieron daño, piensa Paul, porque le apunté dos veces al pecho, y una al estómago, y una a la cabeza, pero sólo cuando ya estaba muerta, y por eso no pudieron dolerle, como no pudieron dolerle las serpientes del cuchillo en su piel, ni, antes, el apretarse del lazo de seda en su cuello, como una sorpresa del destino, apenas ella, sin nombre, debió bajar del auto detrás de la facultad, donde al día siguiente, sábado, el sábado anterior, por la mañana, o quizá el mismo viernes, Paul no lo sabe porque al terminar la clase caminó rápido desde la Facultad hasta su casa, donde durmió hasta el mediodía del sábado, la encontrarían, la encontraría cualquier ciudadano, cualquier estudiante de Derecho, cualquier policía vocacional que al pasar por allí y verla, hermosa, dormida en el pasto y hermosa, seguramente llamó a la ambulancia y luego se habrá convocado a los peritos y a todo un ejército de inútiles servidores de la justicia, de la justicia que una vez más, y como siempre, no será tal, porque no encontrarán huellas, ni

testigos, ni nada que no tenga que ver con el azar, piensa Paul, porque habrán encontrado las cuatro balas en el cuerpo, y las vainas de las balas en el pasto, huellas de un arma que no podrá ser rastreada, y el lazo de seda anudado al cuello, a un costado los guantes de goma, al otro la jeringa con los restos de formol, y el formol en el cuerpo, y la nota de Muerte a las mujeres, y la faja de banco, y el Renault 21 celeste detenido a un costado, y los cortes provocados por un cuchillo de cocina común y corriente, que quedó como última imagen enterrado en la entrepierna de la chica, el cuchillo comprado por Anita junto con tantas otras cosas en el supermercado Disco, los cortes en el cuerpo muerto, ya no tibio, de la mujer sin nombre pero tan parecida a ella que le dieron ganas de llorar, que me dieron ganas de llorar, piensa Paul y llora como antes, como cuando la estaba asesinando, mientras, a una orden de su control remoto, la imagen se detiene en el cuarto de hotel, donde ella, si Paul lo desea, bailará una vez más para Gary Oldman, para Jack, o no, no bailará más, no podrá bailar más porque está muerta, y a la justicia eso no le dice nada, no le descubre la estúpida venda, piensa Paul, no bailará más, no la veré más, no pensaré más en ella, piensa y jura que sí, que podrá cumplirlo, no pensar más en ella, basta ya de Juliette Lewis, que después de todo es una actriz americana más, ni siquiera una primera figura, piensa Paul, una actriz como cualquier otra, la novia del hermano de Kevin en *The wonder years*, ni siquiera tiene calendarios propios, como Sharon Stone, como Julia Roberts, como Meg Ryan, como Michelle Pfeiffer, como Kim Basinger, no tengo por qué pensar en ella, puedo pensar en cualquier otra mujer, y puedo pensar en hombres, y puedo pensar en orgías con hombres y con mujeres, puedo pensar en lo que quiera, puedo pensar en una piscina llena de agua azul, puedo pensar en viajar e incluso viajar adonde quiera, puedo pensar en matar al gran profesor Roberto Bermúdez, o en poner una bomba bajo mi asiento, en el aula, y así estallaríamos todos, Bermúdez también, y mis padres no tendrían que preocuparse más por mí, por evitarme, por enviarme tan lejos, pero lo mejor es que no tendría que preocuparme de mí mismo, no tendría que pensar en qué podría pensar, porque eso es lo más difícil de todo, decidir en qué pensar, en qué ocupar el tiempo, qué hacer con el tiempo, cómo no aburrirse cuando nadie te quiere o incluso cuando alguien sí te quiere, piensa Paul, pero rápido abandona esa línea de pensamiento porque no desea recordar a una novia que tuvo a los dieciséis años llamada Celine, la conoció en vacaciones, en uno de esos *stages sportifs* dedicados a la equitación, *Le Village Equestre de Conches*, llamado simplemente *Conches* por el pueblo de Normandía donde queda, a poco más de una hora de auto del centro de París, si es que no hay atascos, y allí estaba Celine, que lo dejó al poco tiempo y sin motivos, y como no quiere pensar en eso ni en nada apaga la video y va a

prepararse un baño de inmersión, espuma y sales Fa con aroma a lavanda, jabón también de Fa, shampoo anticaspa Actif, agua muy caliente, el cuerpo desnudo en la bañera y sin embargo tampoco así, adormecido por el vapor del agua tan caliente, puede dejar de pensar en ella, en Juliette, en la chica muerta, una y otra vez la imagen de la chica muerta, y Paul se pregunta entonces si es la culpa lo que lo atormenta, ese intenso sentimiento católico y moral del que siempre descreyó, del que siempre se burló, por qué sentir culpa si puede pasar cualquier cosa, si todo no es más que una cuestión de azar, yo lo sé, en eso creo, simplemente no tengo que pensar en eso, se dice Paul y se levanta y se seca con suaves toallones azules y se enfunda en una bata de seda marrón con dibujos búlgaros amarillos y, luego de afeitarse, de elegir el perfume Égoïste, de Chanel, de entre los muchos que se exponen en una repisa, junto al espejo, de ponerse desodorante Vichy, de lavarse los dientes con Sanogyl, y de pasarse por el pelo un poco de gel Studio Line, va a su cuarto a elegir una de sus tantas camisas blancas de YSL, uno de sus tantos pantalones de jean azul y alguno de sus muchos sweaters Lacoste, por mi edad la ropa debería ser de Levi's, o Polo de Ralph Laurent, pero no, YSL está bien, Lacoste está bien, piensa Paul, está bien algo conservador, ropa adecuada para todo momento, para salir a la calle en busca de algo especial, algo que reconforte el cuerpo y el espíritu, eso, algo que reconforte, una buena comida, es lunes, tres días después del día del crimen, son las ocho de la noche y Paul ha decidido que no hará estallar una bomba en el aula de la facultad, que no asesinará a Bermúdez de un disparo en la cabeza aunque mucho le gustaría, que no irá a las playas de Punta del Este ni de Brasil a buscar su piscina de agua clara, ha decidido dejar de pensar en Juliette, en la última noche ni siquiera ha soñado con ella, aunque sí permanecieron, junto a él, en el sueño, su padre y Bermúdez, los tres asomados al *Pont de la Concorde* para tratar de encontrar el cuerpo de ella flotando en el Sena, pobre, no pudo soportar la tristeza, pero mejor no pensar en Juliette y concentrarse en algo que reconforte, en una buena comida, y por eso en Shorthorn Grill, de Ortiz al 1800, a la vuelta de su casa, pide como entrada un plato de mozzarella con tomate y albahaca y, luego, corderito del sur asado a las brasas, no comerá postre y beberá agua mineral, qué lástima que no tienen Perrier, *eau minérale naturelle renforcée au gaz de la source* y aún más, *declarée d'intérêt public*, qué gracioso, piensa Paul, pero ya es martes al mediodía, está sentado en Lola, en la misma cuadra que Shorthorn Grill pero en el local de la esquina, ha pedido una degustación de finos patés, algunos trufados y otros perfumados con hierbas, y luego terrina de pato Bocusse, con frutas secas y cebollas confitadas en vinagre de frambuesas, qué bueno pensar en esto, piensa Paul y se dice que, si engorda, luego tendrá que ocuparse de recomponer su cuerpo delgado y atlético, aún

delgado, aún atlético, pero si mi única preocupación va a ser la comida ya no tendré un cuerpo así, y me deberé encargar de ir a un gimnasio, de hacer yoga, de salir a correr, de seguir un régimen estricto de comidas, será bueno también ocuparse en algo, ocuparse en eso, piensa Paul a las nueve de la noche del mismo martes, está sentado otra vez en Lola, ese restaurante le gusta más que los otros, no por la comida ni por la atención, que en este y en todos lados es al menos satisfactoria, sino por los vidrios espejados, que le permiten mirar hacia la calle sin ser visto, mirar sin ser visto, matar sin ser descubierto, es hermoso estar en esta posición, piensa, pero enseguida se concentra en el menú que tiene ante sus ojos, ¿elegirá las crêpes de espinacas rellenas de blanco de ave, champignones, jamón en salsa de tomates y gratin de dos quesos, o las crêpes rellenas de centollas, finas hierbas, salsa ligera de limón y pimienta verde?, las de espinacas, claro, y luego comeré postre, dice Paul, una mousse de chocolate amargo con nueces y crema de leche batida estaría bien, cómo no, señor, dice el mozo, cómo no, señor, dice el mozo de Clark's, Ortiz al 1700, miércoles al mediodía, Paul ha comido palta con crema de chili y langostinos, y mientras espera que le preparen el plato principal, lomo flambeado con Armagnac y pimientas, ha pedido que le traigan otra botella de agua mineral, que le traigan una que no esté tan fría, en estas cosas habría que pensar, piensa Paul una vez más, en cosas reconfortantes, qué tal ahora un bavarois de naranjas con coulis de frambuesas, qué rápido pasa la semana, ya es miércoles por la noche, hace ya dos días que no veo televisión, que no enciendo la computadora para entrar a Internet, que no miro revistas ni saco mis películas de la caja fuerte, qué bueno pensar en otra cosa, se dice Paul y elige, en Harper's, carpaccio de salmón rosado y lenguado, luego trucha con almendras y de postre torta de queso, no está mal todo esto, espero que dure hasta que el asunto quede en el olvido, piensa Paul, espero no aburrirme pronto, encontrar otras diversiones, qué difícil es hallar cosas que hagan soportable el paso del tiempo, cosas como esta, jueves al mediodía, restaurante Gato Dumas, champignones rellenos de mousse de codorniz y luego faisán con panceta, sidra y manzanas, no está mal, de postre peras en miel de vino blanco y merengue gratinado, todo muy rico, y el jueves por la noche pizza en Los Inmortales, pizza de alcauciles con salsa blanca, o de mozzarella con panceta, o de berenjenas con roquefort, da lo mismo, da lo mismo porque ya es viernes y por la noche tendrá una nueva clase con Bermúdez, al fin algo que hacer, algo real de qué preocuparme, aunque es el mediodía del viernes y habrá que elegir, hay muchas cosas en qué pensar, cualquier lugar es bueno, lo importante es no alejarse demasiado, quedarse en esas pocas cuadras que contienen todas las cosas que marcarán para él estos dos meses, la Facultad, la Biblioteca Nacional, el Museo de Bellas Artes, su casa, el

horrible puente, los cafés, los restaurantes, aunque es mediodía del viernes, hora de pensar en una mousse de espárragos con verdes de la huerta, en carpaccio de salmónes y lenguados marinados en hierbas, limones verdes y suave toque de aceite de oliva, en salmón ahumado con queso de crema especiado a la pimienta y sus alcaparras, en una ensalada de mozzarella tierna, casi sin sal, con rodajas de tomate, albahaca fresca, pimienta negra y también aceite de oliva, o en una ensalada de endivias y queso azul, con mostaza y ciboulette, o en champignones rellenos de mousse de codorniz, y en supremas de blanco de ave en crema de estragón con soufflé de choclos y racimo de vegetales, o en merluza negra vaporizada con hierbas, toque de oliva y aceitunas negras, o en tagliatelle de zucchinis y berenjenas con pequeño timbal de arroz, o en lomos blancos de salmón en salsa de limones verdes sobre un fondo de crema de espinacas y arroz con champignones, en ostras gratinadas con espinacas, en spaghetti saltados con azafrán, manteca y parmigiano, en pavita braseada en licores y jugo de frutas, en tournedos con crema de puerros, en fetuchini con crema, ciboulette y champagne, en una brochette de langostinos y panceta, con arroz y azafrán, en trucha grillada con limón, manteca, champignones y papas salteadas, en lomo cocinado al vino tinto, con papas redondas, en vieiras en salsa de crema y puerros, en congrio relleno a la Navarra, en lenguado a la manteca negra y, de postre, en crêpes flambeados con relleno de frambuesas y crema batida, y como tanta variedad no le ha caído del todo bien, camina ochenta y tres pasos desde la esquina de Lola hasta el Café Victoria para tomar un poco de aire y luego entrar para pedirse un té, algo que le ayude a digerir, un té Twinings Earl Grey, pide Paul y es inevitable que piense en Early Grayce, en Brad Pitt, el asesino de *Kalifornia*, están en una estación de servicio, ella, Juliette, disfruta del viento de la próxima tormenta, Brad Pitt está descontrolado, ella improvisa a capella una canción horrible, y sube la música del auto, y llora, y se mueve como una autista, se tapa los oídos y luego le lastima la cara a él, que le pregunta por qué lloras, si soy yo el que está lastimado, ella dice porque decidí que no iré contigo al cartel que dice Hollywood, él pregunta por qué no y ella dice eres malo, Early, él dice no lo soy y ella dice lastimaste a esa gente, Early, y también dice no quiero hacer esto contigo, y dice yo te amaba, Early, no hables, eres muy malo, y Paul se pregunta si ella lo amaba, si él habrá sido muy malo, qué es ser muy malo, de qué sirve ser bueno, si de todas formas la escena siguiente será un primer plano de ella, entre los cactus del desierto, ella, en el pasto, detrás de la Facultad, muerta como dormida, como un ángel, las manos en el pecho, los ojos abiertos, la sangre en el cuello, igual una a la otra, es viernes por la noche y Paul está a punto de entrar al aula ciento diecinueve sin saber que, aunque pudiera dejar

de pensar en el crimen que ha cometido hace una semana, su profesor no podría permitirselo.

## *Diez*

Hijo de puta. Fue él. Hijo de puta. No hizo falta mucho más que lo que me mostró la tía de la muerta, gracias a Hernández que me conectó. Te veo ahí sentado, en ese banco del fondo, como si no hubiese pasado nada. Debería matarte directamente, hijo de puta. Yo sé que fuiste vos. Hernández me ayudó, justamente él, y la tía me mostró la foto. Fuiste vos. Y lo hiciste para mí. Si no, no tenía sentido que me dejaras el cuerpo de la piba abajo de la ventana. Toda la semana con eso de la secta, casi se salva, casi te salvás, hijo de puta, casi me distraigo. No puedo distraerme, no puedo distraerme más. Fue él. Hijo de puta. El miércoles, cuando lo de la secta empezaba a debilitarse en las noticias de los diarios, fui a la comisaría y no me dijeron mucho. Enseguida me atendió el comisario, un tal Passalacqua, Mario Passalacqua, tipo bastante agradable, los que llegan a estar a cargo de una comisaría tienen que saber hablar, por lo menos, tienen que tener buen trato. Este hablaba bastante bien, y por suerte no era fantasioso. Nada de hipótesis, realismo puro, me dijo justo lo que necesitaba saber. Ningún dato, pero por lo menos apareció el nombre de Hernández. En realidad, me dijo que no sabían nada, que el crimen era, para ellos, un misterio. Que varios agentes de homicidios estaban revolviendo todo porque el gobierno se mostraba muy interesado en que se resolviera el asunto, cuestiones políticas, el caso tomó estado público, mucho informativo especial en la tele, mucho suplemento en los diarios, vea doctor, a mí me parece que aunque pongamos todo lo que tenemos no vamos a descubrir nada, fue un profesional, eso es seguro, ni una sola huella, ni un indicio, nada, no hay testigos, tengo a dos hombres dando vueltas por la Facultad tratando de sacar algo de información entre los alumnos, pero nada, nada de nada, doctor, con esto no vamos a llegar a ningún lado, porque es así, en esta profesión es así, hay crímenes que no se resuelven nunca, incluso crímenes como este, no sabe qué violencia, doctor, la

chica estaba destrozada, un animal, fue un animal, hace veinte años que estoy en esto y nunca vi algo así, la cara toda marcada, nunca vi a alguien así desfigurado, pobre chica, y hay cosas que no salieron en los diarios... tenía un cuchillo clavado ahí, en el medio de la... entrepierna ¿sabe?, un cuchillo común, de cocina, le tenían que tener mucho odio, tuvo que haber sido un novio engañado, celoso, un enfermo mental, algo así, no puede ser que a una pobre chica le hagan algo como eso y que se lo hagan justo en mi jurisdicción, no puede ser que yo no pueda hacer nada, ¿entiende, doctor? Me siento muy mal, puedo perder el trabajo, si encuentro al tipo me voy a encargar yo mismo de él. A ver, Passalacqua, ¿usted quiere decir que la chica tenía novio? No, doctor, eso es lo raro, ya tenemos las primeras averiguaciones. Ningún novio, ningún problema, no tiene antecedentes, nada de droga en el cuerpo, nada de nada, una chica común y silvestre, huérfana, eso sí, los padres murieron en un accidente, quedaron ella y una hermana, y está la tía, hermana de la madre, pero por ese lado me parece que tampoco tenemos gran cosa. Lo que no sé es qué pasa con la plata. ¿Qué plata? Es que no sé, doctor, había un fajo de banco, alguien dijo que la chica podía transportar plata de la droga, o que pudo haber sido un crimen por encargo, o que al asesino le pagaron, pero yo no sé. Lo que yo le digo es que no hay secta, no hay novio, ni siquiera le robaron la cartera, no hay motivo, y eso es lo que me confunde, doctor, no hay motivo, para qué alguien querría matar a una chica de esa forma, sin ningún sentido... ¿Había alguna otra cosa además del fajo... de qué banco? Del Citibank, y sí, había una hoja con una frase escrita en computadora, "Muerte a todas las mujeres como ella", por eso fue que surgió la versión de la secta, aunque el periodismo no sabe bien lo que pasa y al final exageran, como siempre. Igual, es lógico que el gobierno esté tan preocupado, mire si empiezan a matar chicas todas las semanas... No, yo no creo, Passalacqua, no se preocupe... Le hago otra pregunta, ¿tiene idea de a qué hora la mataron, exactamente? No. Y nadie lo va a poder saber. De esto me enteré por el forense, pero tampoco tiene que llegar a la prensa porque se va a saber que la policía no tiene nada, que no tenemos nada ¿entiende?, y eso no conviene. Le inyectaron formol, ¿no? Sí, ¿cómo lo sabe, doctor?, el cadáver está... cómo le diría... "conservado". La última vez que la vieron fue a las 8, cuando salió del trabajo, y apareció muerta a las 23:10, como ya se sabe. Entre esas horas, pudo haber sido en cualquier momento. Lo que sí le aseguro, porque también me lo dijo el forense, es que murió por asfixia, la asfixiaron con una tira de tela, de seda, y le dispararon después, cuatro tiros con una Beretta 9 milímetros, con silenciador y balas de punta hueca, tenemos las vainas servidas pero el arma no apareció, y por eso le digo que fue un profesional, si no por qué va a usar un arma así, y hasta ahora no hay ni un solo

testigo. Apareció la billetera de ella, ni la tocaron, tenía algo de plata y tarjeta de crédito. Dígame algo más, comisario, dígame qué está haciendo Venturini, el juez de turno. Ah, ¿no se enteró? Hoy mismo la causa cambió de juzgado, la tomó Hernández. ¿Ramiro Hernández? Sí, del juzgado 8, parece que Venturini se excusó por problemas de salud, pero nada serio. Gracias, muchas gracias, Passalacqua, hasta luego, que tenga suerte. Hasta luego, doctor, pero... ¿le puedo hacer una pregunta? Puede. Me quedé pensando... no sé por qué un tipo famoso como usted se interesa en un caso como este, tan público, tan difícil. Yo tenía entendido que usted ya no estaba en los juzgados, que ya no era ni fiscal ni juez ni investigador ¿me equivoco? Por eso le pregunto, si usted ya no está en todo eso, ¿qué hace metido en esto? Mire, Passalacqua, es largo de explicar, tengo motivos personales. Pero no se preocupe, un día de estos le cuento y en una de esas lo puedo usar en mi investigación.

Hermana. En los diarios no salió lo de la hermana. Quizá sabe algo. Debería ver a la hermana, o a la tía. ¿Hermana mayor o hermana menor? Quién sabe. Hernández debe saber, el viejo Hernández, juez de turno, compañero de promoción, debería romperle la cara. Salió con mi ex esposa apenas un año después de que nos separáramos. No sé qué le habrá visto, nunca fue un tipo interesante, y además ella sabía que yo nunca confié del todo en él, un tipo tan insustancial, tan poco profundo. Hubiera preferido que en la causa siguiera ese Venturini, que ni lo conozco, cómo se me viene a enfermar ahora. Ahora. Ahora lo que tengo que hacer es llamar a Hernández. Podría decirle mire, señor juez, es usted un desgraciado, no tenía por qué salir con mi esposa, y mucho menos mostrarse así en las revistas. Yo estaba en casa, hace dos años de esto y yo estaba en casa y me puse a hojear una revista que Cecilia, Cecilia es mi asistente, había dejado sobre la mesa de la cocina, una revista de actualidad, de frivolidades, de fotos de famosos, y en una de las fotos estaban ustedes dos, usted, señor juez Ramiro Hernández, y Roxana, con el pelo más corto, con otra ropa pero Roxana. El epígrafe decía "La nueva pareja del ámbito judicial", y hablaba del "supernuez" Hernández y la elegante fiscal de cámara Roxana Olazábal, bailando en la inauguración del boliche "Azules", en Olivos, y al final el periodista se preguntaba qué opinaría el ex juez Bermúdez, ex marido de Olazábal, o sea yo, ex todo, y yo opinaba que usted, aunque siempre me pareció un tipo despreciable, no tenía nada que ver, que la que debió haberse quedado en su sitio era Roxana, que antes no hubiera soportado que hablaran de ella como mujer "elegante" sino como la fiscal con más posibilidades de convertirse en jueza de primera instancia, y después de que usted cayera, "supernuez", de que pagara el precio de tanta publicidad y tantos casos espectaculares, de que cayera como caen todos los que quieren subir y suben demasiado pronto, ¿qué

iba a ser de ella? ¿quién le iba a entregar un juzgado a la fiscal “elegante”? Aunque ella es una mujer grande y ya no es fiscal sino una simple abogada, y difícilmente llegue nunca a juez, debe saber lo que hace, uno debe ser responsable por sus propios actos, como se dice, y yo me voy a hacer responsable de mantener mi lugar, estoy tratando de averiguar qué pasa con el crimen de la Facultad de Derecho, y cualquier problema personal que pudiera tener con Hernández, y los que tengo con Roxana, y los que tendría con ambos en caso de que siguieran juntos, aunque no creo porque me hubiese enterado, el ambiente judicial es una familia muy chica, todo eso deberá quedar al margen. Voy a pensar que nunca vi esa revista, que Ramiro es sólo un viejo compañero de facultad, que nunca tuvimos ningún conflicto, voy a convencerme de que no me revuelve el estómago que se quiera hacer el “supernuez”, como lo siguen llamando en los diarios, ni que se haya acostado con mi esposa. Lo voy a llamar mañana mismo, Ramiro me va a ayudar.

Aquí vamos, Talcahuano 550, Palacio de Justicia y la hermosa estatua de Rogelio Yrurtia. Es la una menos cuarto, Hernández me espera a la una. ¿Me alcanzarán los quince minutos para subir hasta el séptimo piso? Hay mucha gente, y encima dos ascensores no andan. Como siempre. La justicia funciona igual que los ascensores de los juzgados. De todas formas, quince minutos es bastante. Llego a la oficina, una asistente me dice que el juez está ocupado, que espere, que pronto me va a atender. Qué raro que no dijo “el superjuez está ocupado”. Qué gracioso. Sillón de cuero verde con tachas doradas algo manchadas de negro. Un whisky no estaría mal. Ramiro no debe tener, al menos no en el juzgado. Entro. Cómo te va, hermano querido. Bien, bien, Ramiro, lo que me trae por acá es un caso tuyo, sí, el de la chica, necesito todo lo que tengas y ni siquiera te puedo decir por qué. Sí, un presentimiento. Eso. No te puedo decir más. Perdoname, confiá en mí, nos conocemos de toda la vida. Bueno, café, gracias. Sí, como cuatro años que no nos vemos. Las clases bien. La Universidad me dio lo que yo quería, un seminario de posgrado, ocho semanas, sólo para graduados con promedio sobresaliente. No, gratuito, y además los honorarios son para beneficencia... ya gano bastante con la televisión y los libros ¿no te parece? Sí, gracias, yo también creo que ese es el más logrado... *El poder del juez*, lo que no me gusta es el título, pero bueno, la editorial insistió mucho, creían que promocionaban una película de Schwarzenegger, qué sé yo. Y en cambio el tuyo, *La teoría de las penalidades*, sí que es bueno, sí, claro que lo leí. Sí, tendríamos que juntarnos para comer un día de estos, sí, Cecilia sigue preparando sus canelones con la salsa mixta, le voy a avisar ¿todo bien?, sí, ¿me

vas a decir entonces algo de lo de la chica? No tienen mucho. A ver... esperá, esperá que anoto. Sí, la dirección donde ella vivía con la hermana. Ah, es menor. Quince años. Ella estaba a cargo. Dame el nombre de la hermana. Laura. Laura Di Natale. ¿Con quién vive ahora? Amalia Villafuerte, la tía, hermana de la madre. Bien. Sí, anoto. Bien, gracias. No, no, yo no sé nada, nada que te sirva, Ramiro. Lo que pasa es que el crimen ocurrió frente a mi aula y tengo un presentimiento, pero no quiero hablar de eso, no, no es por vos, si vos sabés que con vos no tengo problemas, es porque no estoy seguro, pero con lo que me diste, en una de esas... gracias. Sí, te voy a mantener al tanto. Y además, si las cosas salen bien vas a tener todo el crédito, te lo prometo.

Qué asco. Me doy asco. Debería entrar a vomitar en el primer bar que encuentre. Lo vi en sus ojos. La sigue viendo. Deben ser amantes. Aunque quién podría ser amante de un tipo así, qué sensualidad puede tener, con el pelo engominado y con ese moñito y esos tiradores, y los puños de la camisa con esos horribles gemelos que ni siquiera deben ser de oro, es eso, un personaje, no es una persona, es un personaje que se interpreta a sí mismo para los medios, no entiendo cómo Roxana, que después de todo fue mi esposa durante tanto tiempo, se animó a salir con un tipo así. Pero bueno, la charla por suerte no duró mucho, pudo haber sido peor. Se paga el precio y se sigue adelante, todo sea por el bien de la justicia. Nada de vomitar, ahora me voy a lo de la tía... Amalia, Amalia Villafuerte. Espero que me ayude. Qué feo es salir del Centro a esta hora. Córdoba embotellada. Qué feo. El tiempo no pasa más. Debería llamar antes. Se van a sorprender. No van a esperar verme en su casa. Me van a decir que por qué no estoy en la televisión. Qué gracioso. Desde que estoy en la tele la gente, en la calle, me mira distinto, como preguntándose si yo soy yo, como si ser yo significara algo. Algunos hasta me piden autógrafos, no se puede creer. Y eso que sólo me ven una vez por semana, y a una hora ridícula. Yo pensé que la cosa era distinta, menos expuesta. Y bueno, que se sorprendan. El tiempo no pasa más. Qué feo. Tengo que hacer Córdoba hasta el final y después Álvarez Thomas, la casa de la tía queda por Chacarita, qué feo barrio, lo único que tiene es el cementerio, feo barrio, qué hago acá, metiéndome en lo que no me importa, visitando barrios horribles, gente extraña, pobre tía, espero que se lleve bien con la de quince años, ya que se tiene que hacer cargo, pobre familia, primero se mueren los padres en un accidente, qué accidente habrá sido, lástima que no pregunté, la chica de veintidós, Valeria, se hace cargo de Laura, y ahora que la matan la otra tiene que ir con la tía. ¿Vivirá sola la tía? Calle Donado, ya casi llego, altura 4200, Donado y Besares, faltan dos cuadras, es una casa, frente con piedritas en color morado, bien de barrio, espero que la entrevista dure poco, sí, buenas tardes, señor, soy el doctor Roberto Bermúdez,

no sé si me conoce, estoy trabajando en lo de la muerte de la sobrina de la señora... a ver, espere un momento, sí, Amalia Villafuerte, ah, sí, es su esposa, ¿me dejaría pasar? Ah, ella vuelve en dos horas, usted no sabe nada. Y la chica... Laura ¿no? tampoco está, usted no sabe. ¿Y a qué hora? Bien, no se sabe, trabajando. Sí, claro, usted dormía. Entiendo, sí, en estas épocas todo el mundo está sin trabajo. Está bien, no se preocupe, paso después de las cinco. Avísele a su esposa. Gracias.

Qué tipo desagradable. La camiseta sucia, la barba desprolija, qué asco. Cómo no va a perder el trabajo. Y ahora tengo que volver. No me conviene ir hasta casa, aunque no estoy tan lejos. No, si vuelvo a casa no salgo más y mañana es viernes. ¿Habrá sido Paul? Tiene que haber sido él... no sé, toda esta cosa de las agravantes... pero no sé, lo de las agravantes lo manejan todos, cualquier tipo que tome un código penal puede entenderlo, ni siquiera hay que ser abogado. ¿Y qué se demuestra con eso? ¿Que se puede hacer un crimen brutal? ¿Y con eso qué? Paul Besançon hablaba de algo tan terrible que no se le pudiera aplicar la accesoria del artículo 52. Es decir, algo como esto. Pero hablar no es delito. No hay huellas, no hay testigos, no hay arma, no hay ninguna prueba. Debería irme a casa y olvidarme del asunto. Pudo haber sido casualidad. ¿Cuántos alumnos hay en la Facultad de Derecho? 22.913, según el último censo. ¿Y cuántos posibles asesinos en la ciudad de Buenos Aires? Más de tres millones, es decir todos, sin contar el conurbano, unos once millones más. Y entonces qué hago yo persiguiendo a este pobre pibe que en una de esas no tiene nada que ver. Me estoy mareando de dar tantas vueltas por este barrio, el tiempo no pasa, qué feo es este barrio, debería parar en un bar cualquiera y pedirme un whisky, ¿qué hora es? Las cuatro y media. Un whisky rápido en cualquier lado. Este bar. Bien. ¿Únicamente? No, discúlpeme, Criadores no. ¿Qué otra cosa? A ver... mejor déjelo, tráigame un café bien cargado, doble y bien cargado, sí, gracias. Mierda. Criadores, mierda. Por lo menos no estoy tan mal. Al menos resistí. Qué feo, whisky nacional, qué asco, alcohol puro. Cafecito caliente. De tiempo estoy bien, pero igual mejor espero un poco, ya me dijo el tipo, qué grosero, ni se presentó, bueno, el marido de la Villafuerte, ya me dijo, ella trabaja planchando ropa, no se sabe bien a qué hora vuelve, depende de la ropa que haya, dos horas mínimo, a las cinco, y de la chica sabía menos, habrá ido a estudiar, recién hace unos días que vive con ellos, él no sabe ni le importa, se ve que no le cae bien, se ve que no esperaba tener que cuidar de pronto a una chica de quince años. Esperemos que la piba al menos se lleve bien con la tía Amalia, sino qué vida fea que le toca tener, pobre, porque vivir con una hermana de veintidós seguro que no estaba mal. ¿A qué se habrán dedicado los padres? Ya me voy a enterar. Pero la chica tenía un Renault 21.

¿Por qué alguien que trabaja como secretaria sólo seis horas, tres veces por semana, y que además es seguro que tiene que mantener a la hermana menor, tiene un Renault 21 cero kilómetro? Le voy a preguntar a la tía... o a ella, si está. Bien, ya es hora, toco timbre. Sí, ¿señora Villafuerte?, soy el doctor Roberto Bermúdez. Sí, ya sé que habló con la policía, pero bueno, quizá me pueda ayudar. ¿Le parece que me hace tan distinto? Ah, en la tele parezco más gordo. Bueno, me alegro. ¿Qué? Bien, usted quería que me postulara. Sí, claro, yo no iba a robar, pero ¿sabe? Le confieso, la política es un nido de ratas. Así como le digo. Es mejor mantenerse alejado. Sí, lo único que quieren todos es hacer plata rápido, sí, ¿ve? yo coincido con usted. Ah... la chica no está. Bien, cuénteme algo de su sobrina, de Valeria. Claro, un ángel, un pan de Dios. ¿Cuánto tiempo sin novio? Dos años. Sí, es mucho. ¿Y alguien que tuviera problemas con ella? No. Nadie. ¿Qué estudió? Sólo eso, secretariado. Bien. Tres idiomas. Ajá. ¿Y el auto? El padre. Asegurado. ¿Cómo fue lo del accidente? Espere que anoto. Auto. Ruta 2. Bien. ¿Y por qué estaba asegurado el padre? Fábrica. Trabajaba en una fábrica y los dueños aseguraron a todo el personal. ¿Cómo se lleva usted con la chica? Claro, sí, una edad difícil. Entiendo. ¿Y el novio anterior de Valeria, el último, sí, el de los veinte años? ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? No me diga. Qué suerte, acá a cuatro cuadras, calle Estomba, cruzando la vía, claro, bien, sí, conozco, gracias. Entonces cuándo la encuentro seguro. El sábado. Claro. A la mañana. Al mediodía mejor, claro, las chicas a esta edad... entiendo, claro. Bien, el sábado. No, gracias igual por la invitación, un día de éstos, no, tengo que ir a casa, sí, me esperan, pero gracias igual. Fue usted muy amable conmigo, espero que no le moleste que venga el sábado para hablar con Laura... y una última cosa, Amalia ¿no tendría una foto de Valeria para prestarme? Gracias, no sabe cuánto le agradezco. Hasta luego.

No. No puede ser. No puede ser así. Es igual. Igual. Es como en *Asesinos por naturaleza*. Igualita. No puede ser. Tengo que ver otra vez la película. Pero es igual, pelo rubio largo, atado con colitas... y la misma cara, la misma expresión. De dónde será esta foto, atrás no dice nada. Está ella sentada en un tronco, se ven montañas de fondo, me hace acordar a Córdoba, cuánto hace que no voy a Córdoba, aunque sin Roxana no tendría gracia, nada tiene gracia sin ella, necesito un whisky, ningún Criadores asqueroso, el legítimo y querido J&B Jet de doce simpáticos años de añejamiento, quizá Cecilia lo haya comprado en otra parte y aparece una botella mejor, una de quince años y con corcho, así no tengo que contar los segundos para saber cuánto me pongo en el vaso y puedo tomar lo que quiera, hasta del pico puedo tomar si quiero, aunque nadie

tomaría del pico un whisky tan noble, nadie no, el marido de la Villafuerte, ese sí, qué tipo desagradable, se quedó todo el tiempo ahí, mirando la tele, ni siquiera había fútbol, que hubiera pegado más con él, pero no, miraba un programa de sorteos, qué tipo, le matan a la sobrina y ni se preocupa por saber qué pasa. El marido de la Villafuerte toma vino tetrabrik. Y con soda. Je. Toma whiscola. Je je. Qué gracioso. Y Hernández toma Criadores. Peor, llena una botella de Johnnie Walker Swing con Criadores. Muy gracioso. Je. Me cago en Cecilia, otra vez la botella de pico de plástico. Ahora lo único que falta es que entre a mi estudio sin siquiera llamar a la puerta y me haga problemas porque estoy tomando antes de la cena. No quiero cena. Quiero más whisky. Una sola piedra. Voy a contar hasta quince, mejor. Eso, quince gloriosos segundos de whisky hecho por un italiano, ese tal Justerini, asociado con el inglés Brooks. Qué cuernos sabrán los italianos del whisky, digo yo. Si la veo entrar le digo cómo le va, Cecilia, tanto tiempo.

– Cómo le va, Cecilia, tanto tiempo...

– Y yo que pensé que estaba mejor, doctor...

– Estoy mejor, querida, tengo algo que hacer...

– Lo que tiene que hacer es dejar de tomar ¿no le parece? Ni siquiera cenó...

– No importa. Tengo muchas cosas que hacer. Mire esta foto...

– Sí, una chica de unos veinte años...

– ¿Sabe quién es?

– No, doctor, ¿cómo voy a saber?

– Claro, tiene razón. Es la muerta.

– ¿Qué muerta?

– La muerta, en la facultad.

– Ah. ¿Y entonces?

– Entonces nada. Tengo acá la foto de la muerta, que es igualita a Juliette Lewis.

– ¿A quién?

– A Juliette Lewis... no importa, son las películas esas de video que alquilé el otro día... Y a propósito, no las veo ahí, estaban al lado de la tele... ¿Las devolvió?

– Sí. Llamaron ayer del videoclub. Tenía que haberlas devuelto el lunes, tuve que pagar recargo por cada una...

– Bien. Mañana se me va al video club y me las alquila de vuelta. Todas, la de Cabo de miedo, Asesinos por naturaleza, esa de Gilbert Grape y *Kalifornia*, y si encuentra alguna más con esa actriz me la alquila también ¿entendió?

– Sí, doctor, pero deje de servirse, que...

— ¡Váyase de acá!

— Pero...

— ¡Pero nada, carajo! Váyase le digo. Este es mi estudio, es mi casa y hago lo que quiero. No voy a cenar. Cene usted. Yo me quedo con la foto y usted se va, ¿entendió?

Qué feo despertarme en el estudio. Justo hoy, que es viernes y tengo que dar la clase. Qué idiota. Justo vengo a tomar el día anterior a dar la clase, el único día de la semana en que trabajo. Quinta clase, hoy voy a ver a Besançon, y es seguro que va a venir porque ni siquiera faltó la semana pasada, después de matar a esa pobre chica. Fue él. Hijo de puta. En el bolso no tenía ropa de gimnasia. Tenía ropa manchada de sangre. Esperemos que la justicia funcione. Si en la vida no funciona la pareja, ni el amor, y si no pude tener hijos y si ayer me tomé una botella entera de J&B, por lo menos la justicia debería funcionar. Si no, no nos queda nada. Y ahora vamos a ver si Cecilia me prepara mi jugo... qué raro, son las once de la mañana y no está. ¿Habrá ido a hacer las compras? ¿tan tarde? ¿se habrá ido? Ayer la traté mal, pobre... ¿se habrá ido? ¿Cómo consigo otra asistente como ella? Soy un idiota, no tendría que haberla tratado mal. Por suerte hay naranjas chiquitas de las que me gustan. Y café. Café negro, bien cargado. Hambre no tengo. Cómo podría. El whisky me está destrozando el estómago. Pero bueno, ya se sabe que si descontamos la justicia y el whisky no queda nada. Ahí viene Cecilia, por suerte no renunció. ¿De dónde? ¿De comprarme un regalo? No me diga. Mire usted. Mi cumpleaños. Hoy, sí, fíjese, viernes veinticinco de abril. Cincuenta y cinco. Mire usted, ni lo había pensado. Muchas gracias, Cecilia, no se hubiese tomado la molestia... Sí, ni tengo necesidad de abrirlo, muchas gracias, sí, ya sé lo que es, justamente el otro día estaba pensando en eso... a ver, perfecto, revestida con gamuza marrón. Le vamos a poner J&B ¿le parece bien? No, perdóneme usted a mí por lo de ayer, fui un grosero.

Por qué no puedo ver a Roxana en su oficina ni aunque caiga de sorpresa. Siempre está la secretaria. Siempre. Y ella no está nunca. ¿Qué hace todo el día? Un abogado tiene que estar en su estudio, eso se lo tuve que haber explicado en clase... claro que en esa época, cuando era mi alumna, no había teléfonos celulares. Ahora te encuentran en cualquier parte todo el tiempo. Qué espanto, como la policía del futuro en los libros de ciencia ficción. Qué espanto. Pero bueno, mi destino será no verla, no verla nunca más, qué me importa, es mi cumpleaños, tengo que pensar en otra cosa, tengo que comprarme algo, una videgrabadora, sí, esa, esa está bien, seis cabezas, avance cuadro por cuadro,

muy bien, no, tarjeta no, la pago al contado, muchas gracias. Bien, bien. Las películas alquiladas por Cecilia, la video nueva recién instalada, la foto que coincide con Juliette Lewis en Asesinos por naturaleza. Dos gotas de agua, como se dice. No hay dudas. Igual, en las otras películas la chica cambia mucho. En el fondo, cualquiera podría ser la candidata. Por qué ella. Quién sabe. Hay cosas que no tienen explicación, uno se obsesiona con algo porque sí, y luego no puede salir, y se queda atrapado como en un laberinto de espejos, uno es igual a su reflejo y el reflejo al reflejo del reflejo, se tantea como un ciego hasta tropezar y romperse la cabeza contra un vidrio o un espejo, o hasta salir. Salir, salir, salir y respirar el aire de la calle, bajar las ventanillas de mi Renault 21 y dejar entrar el aire, como si hubiese estado asfixiado, todo este tiempo asfixiado sin nada que hacer, como sumergido en una piscina y ahora al fin pudiendo salir a flote, flotar, mirar el cielo, abrir los ojos, flotar, el aire entrando en los pulmones, en el portafolios mi petaca nueva con J&B, voy llegando a la facultad, quinta clase, el aire, algo que hacer, dejo el auto, subo a mi aula, ya llegará Paul Besançon y se sentará ahí, en el fondo, ya llegará el hijo de puta y con sólo verme se va a dar cuenta de que sé todo, de que sé todo y de que lo voy a atrapar.

## Once

Ya lo sabe pero no tiene pruebas, piensa Paul a las nueve en punto de la noche, cuando cruza la puerta del aula ciento diecinueve para entrar en la clase de Bermúdez, la sexta clase, ya lo sabe y me parece bien que así sea, piensa, ahora el juego comienza a ponerse interesante, si antes no me pude olvidar de la muerta, ahora me voy a tener que acordar todo el tiempo, mejor, me hago responsable de mis actos, él lo sabe sólo porque yo se lo dije con las preguntas en clase y después de clase, cuánta ayuda más quiere, qué quiere, que le dé una confesión, una filmación, que lo escriba en mi monografía, y ahora que lo sabe qué, no pasa nada, ya salió en los diarios, todo un fracaso para el gobierno, nadie puede resolver nada, temen el avance de los crímenes, aunque por suerte ya terminaron con eso de la secta, lo único que me faltaba era ser, yo solo, una secta satánica, qué idiotas, así la justicia no va a funcionar nunca, es lo que yo digo, es mi tesis, *la justice est aveugle*<sup>4</sup>, es la tesis que elaboré sobre una base sólida, sobre un homicidio con todas las agravantes posibles, lástima el concurso de personas, que no se pudo, o el peligro para otros, que tampoco, pero bueno, esa chica, esa chica que no era nadie, piensa Paul, ¿qué vida hubiera tenido? es muy probable que, como tantas otras, su vida no hubiese servido para nada, ella se habría casado con cualquier hombre, hubiera tenido hijos, en fin, nada que no hagan otros tantos millones de mujeres en todas partes del mundo, una más, una mujer más, que pudo haber chocado con su auto dos cuadras después, por Pueyrredón, dos cuadras después de que él se subiera, pudo haber tenido una muerte más terrible, más dolorosa, piensa Paul, mucho más doloroso un choque fortuito de autos que un suave lazo de seda azul anudado al cuello, porque todo lo demás, todo lo de los cortes y la sangre y la violación, sólo el cuchillo, no yo, no mi cuerpo, sólo el cuchillo, piensa Paul,

---

<sup>4</sup> La justicia es ciega.

todo fue hecho después de que estuviera muerta, no hubo dolor, no hubo nada, sólo la asfixia, como entrar en un sueño, casi nada, y al menos sirvió para la tesis, la justicia es imposible, no existe, el azar domina todo y nada importa, todo da lo mismo, ella murió porque sí, y si antes no podía dejar de pensar en eso ahora lo voy a pensar todo el tiempo, lo voy a pensar a propósito para que Roberto Bermúdez sepa que ya sé que me está siguiendo, que ya sé que me quiere atrapar. No me importa. No me importa, piensa Paul pero cuando lo piensa se da cuenta de que hay algo distinto en su forma de pensarlo, como si en el fondo sí le importara, como si en verdad tuviera miedo. ¿Miedo de Bermúdez? ¿Por qué habría de tener miedo? Yo no le tengo miedo a ese tipo arrogante, presuntuoso, gordo, con nariz de borracho, no se le puede tener miedo a un tipo así, piensa Paul, pero escucha la voz de Roberto que vuelve una y otra vez, aunque el tema no lo requiera, a dar ejemplos y más ejemplos de homicidios, y ve cómo Bermúdez lo mira y sabe que al final de la clase él, Paul, va a querer irse pronto a la seguridad de su casa para que Bermúdez no le hable, que no lo interrogue, que no lo moleste, que no se meta en su vida, son sus cosas, la muerte era para él, es cierto, pero si no le gustó el regalo que se aguante, no es mi problema, piensa Paul, el problema es de él, que me tiene que mirar como me mira ahora, con esa insistencia insoportable, el problema es de él, que no tiene pruebas, que se aguante, qué me importa, que mire todo lo que quiera, que yo, Paul Besançon, piensa Paul, soy un ciudadano francés que no ha hecho nada malo o al menos nada que se pueda probar, y por lo tanto todo lo que diga Bermúdez, por más famoso y prestigioso que sea como abogado, todas las especulaciones que se le ocurra ensayar, carecerán de fundamento, y el único problema es, entonces, que está claro que lo sabe, lo que ya estaba previsto, problema que se soluciona haciendo mi propia vida, piensa Paul, ignorándolo, pensando en mí y en Juliette, unidos por la muerte de una tercera mujer sin importancia, de cualquier forma sólo quedan dos clases y luego de eso, de las próximas dos clases, volveré a París y me iré a vivir solo, me mudaré a otro barrio, quizá por el *XVIIIe arrondissement*, cerca de donde viví siempre con mis padres, o quizá al *VIIIe*, porque es lo mismo estar a uno o a otro lado del *Arc de Triomphe*, el triunfo, sólo debo soportar cuatro horas, dos horas el próximo viernes y otras dos el último, y volveré a París con un bonito certificado de la Universidad de Buenos Aires firmado por el tan prestigioso Roberto F. Bermúdez, que al firmarlo sabiendo lo que he hecho me estará dando la razón, lo firmará a su pesar, mi monografía será perfecta, de cómo la justicia es inservible para contener la furia en los ciudadanos, que alguna vez, y por cualquier motivo, podría desatarse, todos los ciudadanos de pronto conscientes de la inutilidad de la justicia y aprovechándose de ello para hacer

que el tiempo pase más rápido, que todo sea más entretenido, que unos maten a los otros y los otros a los unos y todos se maten entre sí, que la vida tenga al fin algo de emoción, algo de emoción, qué aburrido es el Derecho, reglas y normas y normas y reglas, qué se puede hacer y qué no se puede, la legalidad de las formas, el respeto a los derechos, qué aburrido, ni comparación con la anarquía, con el azar, con lo imprevisible de las acciones humanas, aunque estuvo bien estudiar derecho, piensa Paul, estuvo bien, una carrera fácil, si uno es inteligente se puede terminar en tres años, Assas no quedaba tan lejos de su casa, el metro lo dejaba cerca, sólo ir hasta el *Vle arrondissement* y tomar la *Rue D'Assas*, leer todos los días el mismo cartel en la esquina, 1733-1760 *Capitaine au régiment d'Auvergne*, por lo menos en París a uno le indican quién es quién en cada calle, no como aquí, piensa Paul, que nadie debe saber quién será ese Julio V. González de la entrada, o ese Roberto J. Couture de la otra calle, y lo mejor de todo era que el edificio de Assas, moderno, no tenía escaleras, sólo había diecisiete pasos desde la reja de la calle hasta la puerta, bajo el cartel *Université Panthéon-Assas Paris II Droit - Economie - Sciences sociales*, entrar y no contar escalones, el ascensor lo deja a uno en el sexto piso, en la biblioteca, nada de escaleras, qué distinto era todo a la fea Universidad de Buenos Aires, tan oscura, tan sucia, nunca funcionan las máquinas expendedoras de gaseosas, nunca funciona nada, y qué distinto también a la otra facultad, a la que por suerte no asistió, ubicada frente al *Panthéon*, qué horrible, los alumnos vigilados desde enfrente por los cuerpos de Víctor Hugo y de Emile Zola, juzgada su eventual falta de inquietudes por el movimiento incesante del péndulo de Foucault, desde la reja de la entrada al *Panthéon* hubiera debido dar siete pasos, bajar un escalón, dar cuarenta y dos pasos hasta cruzar la *Place de Panthéon*, y otros diez pasos hasta la puerta más cercana para entrar a un patio descubierto, era mejor Assas, indudablemente, sólo diecisiete pasos desde la reja a la entrada y por eso Paul no tuvo problemas en los casi tres años que le demandó obtener su medalla de oro para poder cumplir con su objetivo, atacar a la justicia desde adentro, conociéndola, sin preocuparse en contar escalones como lo está haciendo ahora, mientras baja para irse, dos minutos después de las diez de la noche, los cuenta y avanza a paso rápido para no tener que ver a Bermúdez, para no tener que hablar con él ni darle explicaciones, que dé él el primer paso si quiere, piensa Paul, yo ya hice lo mío, no tengo que hacer nada, no tengo que dar explicaciones ni nada, que venga él, que me llame por teléfono, que me acuse, que me persiga, que haga lo que quiera, yo estoy en casa, cómodo, protegido, en el equipo de audio la banda de sonido de *Cape fear*, tema tres, "Love?", compuesto por Bernard Herrmann y programado para pasar cinco veces seguidas, y luego otras cinco, y luego otras, todo el tiempo, todo el tiempo

mientras se enciende la computadora, como fondo de pantalla una foto de Juliette, ella apareciendo por una ventana, cabello por los hombros, vestido floreado, su firma en azul, pero no es su verdadera firma, no es de su puño y letra, aunque no sería difícil conseguirla, en el sitio de la *Web* de donde la bajó se aclaraba que un verdadero autógrafo de la estrella costaba sólo sesenta y cinco dólares, nada, casi nada, el único problema es que hay que dejar anotado el número de tarjeta de crédito, y el nombre y demás datos, y Paul sabe que eso, que precisamente eso es lo que diferencia a las personas inteligentes de las personas estúpidas, no va a dejar ningún nombre ni teléfono ni número de tarjeta de crédito en ningún lugar relacionado con Juliette Lewis, nada de pruebas, no habrá nada entre él y Juliette, resistirá también la tentación de enviarle un e-mail desde la intimidad de su departamento, es una pena, no se pueden enviar mensajes de forma anónima, una pena, podría escribirle todo lo que siente por ella, podría detallarle lo que ha hecho para acercarse a su alma, o comentarle detalles de sus películas, o de su vida, de sus reportajes, de sus apariciones públicas, detalles que quizá ni ella misma recuerde, cómo estaba vestida en cada una de las películas, y en las series, y en las entrevistas, qué dijo en cada una de esas ocasiones, yo sé todo sobre ti, Juliette, yo te amo, piensa Paul pero no lo escribe justamente porque sabe que tanto los e-mails como los sitios de chateo dejan huellas fáciles de rastrear, cualquier idiota en cualquier ciudad del mundo podría saber en qué está pensando él en este momento, y eso no se puede permitir, es obsceno, piensa Paul, desnudarle mis sentimientos a cualquiera, jamás voy a chatear, jamás voy a hablar ni voy a escribir de eso con nadie, piensa y abre Internet y va directamente a "favoritos" en su *Microsoft Internet Explorer*, hay un solo favorito, Juliette Lewis, de modo que entra para buscar la página de Juliette y encontrar allí, en inglés, la información biográfica, y los artículos y reportajes publicados en diarios y revistas, y la filmografía, y sus mejores fotos, y los fragmentos más destacados de sus películas, va y vuelve navegando en el archivo de Juliette, nacida el 21 de junio de 1973 en Los Angeles, California, lee Paul, en Buenos Aires es viernes 9 de mayo, y el 25 de abril, dos semanas atrás, fue el día del crimen, ¿fue ése el día del crimen?, no lo sé, piensa, no lo recuerdo, de todas formas debí haber esperado hasta junio, faltaba menos de dos meses para su cumpleaños, *Sun in Cáncer, Moon in Pisces, Juliette Lewis was born and raised in Southern California*, lee Paul y lo traduce al francés y luego traduce que ella tuvo su primer trabajo a los doce años en miniserias de televisión, y que a los catorce fue emancipada por los padres para que no se le impusiera el límite de tiempo que existe en el trabajo de los menores, y que se fue de su casa a los quince, y que fue arrestada a los dieciséis, a las cinco de la mañana, por haber entrado a un lugar prohibido para su edad,

y que en 1991 fue nominada para un Globo de Oro como actriz de reparto por *Cape fear*, y Paul traduce una frase de ella, citada textualmente, ella dice que la suya es la habilidad de parecer fea, no atractiva, creo que puedo ser linda si me arreglo, y puedo ser fea, y un montón de actrices lindas no pueden ser feas, lee Paul que dice Juliette y si ella, la única mujer hermosa de la tierra, se cree fea, no importa lo que le haya pasado a ninguna otra, piensa Paul, que luego de haber apagado la computadora se ha puesto a hojear la revista norteamericana *Film Threat*, en la que el periodista David E. Williams le hace un reportaje, y luego la fantástica entrevista que una tal Jenny Cooney le hizo en la versión inglesa de la Revista *Première*, y mira varias *Cosmopolitan*, y *People Weekly*, y *Entertainment Weekly*, y *Movie Magazine*, y una *Time* de agosto del '94, y abre el número de febrero del '97 de la revista *Details* para mirar la foto de Juliette junto al director Quentin Tarantino, la nota empieza en la página 112, y la foto está en la 113 pero ella también está en la tapa, y en la página 114, recostada en un sofá mullido, con un vestido ajustado, las uñas pintadas de negro y un mechón de pelo cayéndole sobre la frente, los labios como en un beso, el reportaje tiene en total cuatro páginas, pero él, que ya lo ha leído demasiadas veces, recorta las fotos donde está ella, y tiene suerte, porque la Juliette de la página 114 coincide con el Tarantino de la 113, es decir que dividiendo la foto de la 113, en la que ellos aparecen juntos, se puede obtener dos fotos de Juliette, porque no importa que ese Tarantino quede del lado de atrás, y no importa cortar una revista que la llama “la princesa de chupar pulgares”, tan irrespetuosa, piensa Paul, que habría que tirarla, que habría que romperla, qué hago con todo esto, piensa Paul, qué hago con estos papeles que saqué de la caja fuerte donde ya no hay ni formol ni lazo de seda pero sí permanece el arma, donde sólo hay decenas y decenas de fotos y de artículos bajados de Internet, ella en todos los momentos de su vida, qué hacer con esta biografía que está en el diario *Clarín*, por qué cuando estuvo a punto de comprar, como habitualmente lo hace, *La Nación*, decidió, en un impulso que pasó inadvertido para el quiosquero de la esquina de Quintana y Ortiz, comprar *Clarín*, aunque ninguno de los dos periódicos decía ya nada del crimen, al menos no en tapa, como si el recuerdo se fuese diluyendo, y la violencia fuera menos violenta, no es lo mismo un golpe que el recuerdo de un golpe, ha pensado Paul mientras pagaba y regresaba a su casa, y ahora, con el diario desplegado junto a las revistas, comprende el por qué de su impulso, hay en el diario una biografía de Juliette, a los quince años ya boicoteaba sus estudios para seguir la carrera de actriz y todo eso, buscaba la emancipación legal, esas cosas, y por que alguien, a ver quién es, Mariano Panetti, por qué a Mariano Panetti del diario *Clarín* se le ocurre sacar una biografía de ella, piensa Paul, que fue detenida por la policía

en una discoteca y todo eso, por qué aparece esto justo en esta semana, aquí, en Buenos Aires, en español, no en inglés, no en francés, en el diario *Clarín* de Buenos Aires, por qué sale una biografía completa de ella, que comenzó trabajando en series y telefilmes de segundo orden y todo eso, hasta que fue la hija de Chevy Chase en *National Lampoon's christmas vacation* y luego, en el drama *Crooked hearts*, compartió cartel con Peter Coyote y Jennifer Jason Leigh, que es una mujer bastante parecida a ella pero no es ella, o más tarde, con Jessica Lange y Nick Nolte, siendo Danielle en *Cape fear*, y más tarde Adele en *Kalifornia*, para qué me recuerdan todo esto si ya lo sé, qué quiere este Mariano Panetti, piensa Paul, y por qué el artículo sale tan cerca de la sección policiales, ella es una joven sensible en *Husbands and wives*, es rubia en *Romeo is bleeding*, es Becky en *What's eating Gilbert Grape?* y Mallory Knox en *Natural born killers*, donde ganó un papel diciéndole a Oliver Stone que si él creía honestamente que otra actriz realmente podía matarlo, físicamente, con sus manos desnudas, que entonces fuera a buscarla, pero todo eso ya estaba en distintos lugares de Internet, en distintas revistas y recortes, en todo lo que atesora su caja fuerte, y lo que Paul no entiende, entonces, es por qué la nota sale en la tapa del suplemento de espectáculos, a quién le importa ella, que nunca le importó a nadie, por qué introducen el suplemento en el centro del diario, por qué su tapa queda enfrentada a una de las páginas policiales, no a cualquiera, a la página en donde se anuncian los vanos esfuerzos de las autoridades para dar con el cruel asesino de la pobre muchacha Valeria Di Natale, el espacio dedicado al tema es cada vez menor, piensa Paul, pronto terminará por desaparecer y yo seré verdaderamente libre, piensa, aunque no si en un diario de tanta circulación como éste asocian los temas tan obviamente, debería ir a buscar a ese estúpido de Panetti y estrangularlo, piensa Paul, pero luego se pregunta qué culpa podría tener el pobre periodista, quizá tan enamorado de Juliette Lewis como él mismo, debe ser casualidad, la chica y Juliette enfrentadas, él y Bermúdez enfrentados, como en el sueño, en el puente, el *Pont de l'alma*, siempre sobre el Sena, su padre ya no está y ellos no miran hacia el río, se miran entre sí, sostienen ambos la mirada como jamás ha sucedido en la vida real, y por eso es un sueño, piensa Paul y lee la nota central del suplemento de espectáculos para descubrir que sí hay un motivo para que la hayan publicado, el jueves siguiente estrenarán la película *From dusk till down*, de Robert Rodríguez, al fin una nueva protagonizada por ella, no sólo una, lee Paul, sino dos, este jueves *From dusk till down*, una especie de parodia de las películas de fantasmas o de monstruos, con Tarantino, y el próximo *Strange days*, de Kathryn Bigelow, un thriller futurista con Ralph Fiennes, es decir que, para Paul, en los próximos dos jueves habrá algo que hacer, está decidido, si no puedo librarme de mis pensamientos deberé

multiplicarlos, piensa Paul, eso, multiplicarlos, que sepa Bermúdez que no le tengo miedo.

## *Doce*

Sábado, una de la tarde, Donado al 4200, toco el timbre en la casa de Amalia Villafuerte pero quien abre la puerta no es Amalia Villafuerte sino Juliette Lewis, quince años, Cabo de miedo, la vi hace unos días, qué hace acá, dice buenas tardes, usted es el doctor Bermúdez ¿no?, yo soy Laura, pase, quiero que me diga todo lo que sabe sobre lo de mi hermana, y yo pienso que es lógico, que si son hermanas y la de veintidós es la de Asesinos por naturaleza, por qué la otra no habría de ser la de Cabo de miedo, tiene el mismo flequillo, el mismo pelo castaño, lacio, por debajo de los hombros, hasta tiene una camisa blanca abrochada hasta el cuello como en el monólogo inicial de la película, por suerte la vi hace poco, por qué me estaré acordando de todo esto, no soy yo el que se obsesiona con estas cosas, a mí no me deberían importar, le importan a él, a Paul, yo no tengo mucho que contar, no tengo casi nada para contarte, Laura, estoy investigando el caso porque pasó frente a donde daba clases, no, ningún sospechoso, no, la policía no tiene nada, no, ni idea de quién pudo haber sido ni por qué, ¿tu hermana salía con alguien?

—Mire, Doctor, le quiero decir una cosa. Lo que dijeron en los diarios es casi todo mentira. Valeria ni era una puta, ni estaba en el narcotráfico, ni transportaba plata de nadie y no tenía nada que ver con ninguna secta, de eso estoy segura. Yo no hablé hasta ahora en los diarios ni en la tele porque me parece que así no se llega a nada. Los periodistas, los de la tele sobre todo, lo que quieren es hacer plata con tu imagen, quieren hacerse un billete y no les importa nada, y por eso no hablé con nadie y listo.

—¿Y por qué conmigo sí?

—Cuando mi tía me avisó que usted había venido y que estaba siguiendo el caso por su cuenta me dije ¿qué tiene que hacer un tipo como ése metido en una cosa como ésta? ¿Qué necesita? ¿Fama? ¿Plata? Si ya tiene todo. ¿No es así?

Y bueno, mi teoría es que si no necesita nada debe tener algo... y aquí estamos.  
¿Quiere un café?

– Café, sí, gracias. Háblame más de tu familia.

– No. Primero le traigo el café y usted me cuenta lo que sabe.

– Es que todavía no pude averiguar mucho, y no estoy muy seguro de nada...

– Pero sospecha de alguien...

– Está bien, dos de azúcar está perfecto. No. Sí. Más o menos...

– Bueno, vamos a hacer una cosa. Usted me dice el nombre y buscamos la forma de matarlo. ¿Qué le parece?

– ¿Matarlo?

– Sí, matarlo, ¿le parece?

– Me parece que no entendés. Primero, no estoy seguro de nada. Segundo, aunque supiera quién fue, tendría que conseguir las pruebas. Y tercero, no se puede matar a la gente así nomás, sin pruebas, sin...

– Ah ¿no? ¿Y él puede? Dígame, doctor, ¿él puede?

– ... ahora te parece que sí... pero la mano de la justicia es lo suficientemente larga, y al final todo se sabe y todo se resuelve...

– Eso no es verdad, y usted lo sabe. Esas son las cosas que usted dice en la tele cuando lo invitan, como la otra noche. Usted siempre dice lo mismo pero no es verdad...

– Yo creo en eso, creo en la justicia...

– ¿Qué justicia? ¿De qué justicia me habla? Yo vivía con mi hermana. Mis padres murieron hace un año, en un accidente, y yo quedé a cargo de ella. Vivíamos juntas, antes no nos llevábamos bien pero el accidente nos unió. Y nadie tiene derecho a quitármela ¿no cree?, piense en eso antes de hablarme de justicia.

– Pienso en eso, justamente. Pienso que a todas las malas acciones les corresponde un castigo, y que la justicia es el mejor medio que tenemos de resolver las diferencias. Por eso estoy acá. Necesito más datos, datos de tu hermana, de tu familia...

– Como quiera. Mi papá trabajaba en una fábrica, era el encargado de abrir las puertas. Estaba todo el día en una cabinita, con tres televisores que mostraban la calle, la primera puerta y la segunda puerta de la entrada. Hacían escobas, escobillones, cosas de limpieza. Él se levantaba a las cinco de la mañana, entraba a las seis y salía a las cinco de la tarde. Mamá trabajó durante un tiempo, de joven, pero después, cuando nacimos nosotras, se ocupó sólo de

la casa. Trabajó en una tienda de ropa que pusieron con mi tía, pero tuvieron que cerrar en una época de inflación. Cuando murieron, el año pasado, en enero, mamá tenía cuarenta y cuatro y papá cuarenta y seis, creo, sí, cuarenta y cuatro y cuarenta y seis. En los últimos años no se llevaron bien, se habrán aburrido el uno del otro, yo no sé. La verdad es que estaban por separarse, pero antes decidieron hacer un viaje a Mar del Plata, como una segunda luna de miel, a ver si se reconciliaban. Chocaron en el viaje de ida, murieron en el acto. Como el tipo del otro auto también murió, nunca se pudo saber bien cómo fue el accidente. A mí me parece que mi papá sabía que no se iban a poder arreglar y lo hizo a propósito... ¿usted qué cree?

—No sé, no puedo saber. Pero lo contás así, con esa frialdad... como si no te hubiera afectado.

—No, al contrario. Me afectó mucho, pero ya estaba empezando a superarlo. Y eso era gracias a Vale. Después de que la mataron... yo no tengo mucho que perder ¿no le parece?

—No. No me parece. Tenés quince años, recién. Toda la vida por delante, como se dice...

—Ya cumplí dieciséis, y lo único que me importa es encontrar a ese tipo... porque es un tipo ¿no?

—Sí. Creo que sí.

—Y estaba solo.

—Sí.

—¿Y por qué la mató? ¿Por qué a ella?

—No lo sé. Háblame de tu hermana.

—No sé por dónde empezar... Valeria no salía con nadie. Hace dos años estuvo con un chico, Pablo, un chico del barrio... pero ella quería otra cosa, algo con más... nivel, qué sé yo, algo distinto, y por eso se pagaba el auto en cuotas, por ejemplo, dio el adelanto con lo del seguro de la fábrica de mi viejo...

—Pero no entró en la facultad, que sería la forma de...

—No. No entró porque no quiso. Después del curso de secretaria se metió a aprender idiomas. Según ella, sabiendo varios idiomas iba a poder encontrar al hombre que necesitaba.

—¿Alguien de la inmobiliaria?

—No... no creo... no se sabe. Quizá alguno de los socios, que son italianos, donde ella trabajaba era la filial de una corporación grande... pero por ese lado no me parece que vaya a llegar a nada...

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabe?

—Sí. Ahora háblame de vos...

—De mí no hay mucho que decir. No me gustan mis tíos pero me los tengo que bancar, al menos un par de años más, hasta los dieciocho... Yo no trabajo, por lo menos no todavía, aunque debería conseguirme algo. Extraño mucho a mi hermana. Estoy en tercer año, voy al Liceo Nueve, que está a dos cuadras del puente de Virrey del Pino, ¿lo conoce?, en el colegio me va bien... ¿qué quiere saber?

—Lo que tengas para decirme.

—Mire, doctor, se lo digo ahora que mis tíos no están. Yo tengo un arma que era de mi padre y la voy a usar para matar al que mató a mi hermana. Ya le dije, no tengo nada que perder.

¿Y si tiene razón? ¿Y si Laura tiene razón? ¿No habría que matar al hijo de puta? ¿Qué derecho tiene? ¿Qué derecho tenía de hacer lo que hizo? No debería matarlo ella. Debería matarlo yo. Debería matarlo en lugar de hacer lo que hago siempre, que es hablar. Hablo todo el tiempo. Hablo y no hago nada. En la facultad, en mi programa de televisión, en otros programas. Todo el tiempo. Soy un idiota. Y encima estoy lleno de compromisos. Porque no se puede decir que no así porque sí. Si te llaman de la producción de un programa de la noche para opinar como experto penalista, vos tenés que ir y opinar, y si se trata del caso de la chica de la Facultad, a aguantarse, porque si les decís que no y después necesitás algo de ellos, perdiste. Hasta la chica me lo dijo, “usted siempre dice lo mismo”. Y tiene razón.

—Buenas tardes, doctor, tiene un mensaje de Besançon.

—Gracias, Cecilia ¿De Paul Besançon?

—No sé, no dijo su nombre. Dejó dicho que usted se comunicara con el doctor Besançon, sólo eso.

—¿La voz era de joven o de viejo?

—De alguien mayor, eso es seguro.

—Es Bernard. Gracias. Ah, otra cosa, ¿ya trajeron los lentes nuevos que me mandé a hacer?

—Sí, doctor, los trajeron esta mañana. Ya se los alcanzo.

No tengo que llamarlo. No voy a llamarlo. Si voy a hacer lo que tengo que hacer no puedo volver a hablar con Bernard. Aunque debería darle una oportunidad. ¿Qué elegiría? ¿La justicia, o la vida de su hijo? ¿Y yo? ¿Qué elegiría yo? No lo sé. No lo puedo saber porque no tengo hijos. Es gracioso.

Llamo a Bernard, a París, me atiende él mismo y ahí nomás, sin anestesia ni nada, le largo todo, mirá, macho, tu hijo se cargó a una mina porque era parecida a Juliette Lewis, que es la actriz de las películas que te dejó para que miraras, y como el pendejo se cree muy inteligente me dejó el cadáver atrás de la facultad, enfrente de la ventana de mi aula. ¿Qué te parece que tengo que hacer? Y él no me diría “metelo en la cárcel aunque sea mi hijo”. No. No me diría “hacé cualquier cosa para que pague”. No. Me diría “qué podemos hacer con todo esto”, que no es lo mismo, qué podemos hacer, o ayudame, o cómo se puede solucionar, como si estas cosas tuvieran algún tipo de arreglo. Y no tienen. No se pueden arreglar, no al menos mientras yo esté en el medio. Es miércoles, pasado mañana lo voy a ver, va a ir a su sexta clase y lo voy a mirar fijo para descubrir, otra vez, la culpa en su rostro, pero antes de eso voy a trabajar, eso, voy a trabajar, voy a armar una ficha completa de este chico, a ver si reuniendo los datos que averigüé desde el lunes hasta hoy puedo tener algo que me sirva. De paso, uso un poco los lentes nuevos, así me acostumbro. Pero qué voy a encontrar haciendo una ficha, datos innecesarios, que Paul Besançon nació en Buenos Aires el 15 de febrero de 1974, hace veintitrés años y tres meses. Eso no me sirve. No me sirve saber que Bernard fue agregado cultural de la embajada francesa en Argentina, y que es un lindo cargo, como un premio, no algo político sino más bien para diplomáticos de carrera. Para qué saber que llegó desde Francia en 1971, con su esposa, Murielle Linoise, saber que de ella no tengo casi nada aunque sí me acuerde de lo linda que era, o por ejemplo que tuvieron a Paul, único hijo, y que fue a la escuela Jean Mermoz, en el barrio de Núñez, escuela bilingüe, exclusiva, fue con otros hijos de diplomáticos de muchos países y debió soportar la exigencia en las clases, pero era la única a la que podía asistir dada su condición social, de ninguna forma hubiera ido al liceo francés de Martínez, colmado de gente que fracasó en el otro. De qué me sirven todas las llamadas que hice en estos días, contactar, luego de varios intentos, a Madame Rajlin, ex directora del Liceo Franco-Argentino Jean Mermoz pero entonces su maestra de francés, que lo recordaba como un chico tímido, demasiado callado, que parecía estar siempre como pensando en otra cosa, que no intervenía ni siquiera en los choques que provocaban las diferencias que siempre hay entre los alumnos, por un lado franceses, con su música y su cultura, y por otro argentinos, que eran, ya en la primaria, dos bandos diferenciados, y ella recuerda a Besançon porque no resultaba común que alguien quedara al margen de eso, pero lo que más sorprendía eran sus exámenes, y qué si debo esperar una monografía excelente dentro de dos clases, tampoco me sirve de nada saber eso, gracias igual, muchas gracias Madame Rajlin. Tantos llamados inútiles, hablar con varios amigos hoy

legisladores para que me conectaran con alguien del Citibank y al fin conseguirlo y chequear la cuenta de Paul, grandes giros desde Francia, interminables cuentas en bares, en restaurantes, y algunas por libros, y por videos, y pequeñas extracciones en efectivo, todas pequeñas no, aquí hay una de cinco mil dólares, hecha por caja en la sucursal 022 de Corrientes y Callao, ocho días antes del crimen. ¿Qué pudo haber comprado? ¿Qué otra cosa pudo haber comprado con tanto dinero, además de un arma “limpia”? Al cumplir Paul ocho años, el padre decide volver a Francia y aquí tampoco tengo nada, Bernard está completamente a salvo, ningún fraude, ningún problema. Simplemente decide volver, se habrá aburrido. En Francia tienen una residencia, toda una mansión, seguramente, y varias propiedades más. Bernard se retira muy joven, a los cuarenta y cinco. Otros llamados inservibles de la semana incluyen al actual embajador, para conseguir el número del anterior, que reside en Lyon y conoce todo sobre Bernard, que además de haber sido su agregado cultural fue su amigo. El antiguo embajador, François Grenoble, resuelve algunos años oscuros, al menos para mí, en la vida de Paul: secundario en el colegio *Saint Jean de Passy*, luego *Baccalauréat* en *terminale C*, científico, el más difícil, y otras cosas que además de inútiles son historia conocida, porque Paul tuvo que presentar sus papeles en la Universidad para inscribirse en mi curso. Universidad de *Paris-Assas*, medalla de oro, promedio nueve con ochenta y ocho. Y ningún problema nunca. Nada en su legajo de la facultad, nada en la policía francesa, nada en Interpol, y luego de haber llamado a todas partes, de haber usado mis influencias y conexiones, no tengo nada. Está claro que por este camino no voy a llegar a ninguna parte. Es mejor guardar el fichero y reconocer que no tengo gran cosa. Es más que una sospecha, es una certeza, y es como si no tuviera nada. No hay pruebas, y no me puedo salir de lo que dice la ley. ¿No puedo? ¿Y quién dice que no puedo?

Nada de ficheros, ahora lo importante es estar donde estoy yo ahora, en la puerta del Centro Cultural Recoleta, miércoles, tres de la tarde, Paul sale de uno de los restaurantes de enfrente, sus únicas actividades parecen ser ir a comer, a veces comprar el diario, tomar algún café, nada serio. Siempre está solo. Desayuna todos los días en el Café de la Paix, y desayuna siempre lo mismo. Come en lugares distintos pero siempre paga con su tarjeta de crédito, VISA número 4565 6787 5640 4895. A su casa de Av. Alvear 1977 va, tres veces por semana, una empleada doméstica, Ana Villalva, que también trabaja en otros pisos del mismo edificio. En lo de Paul, tercer piso, está los lunes, miércoles y viernes de 8 a 15, no se sabe por qué tanto tiempo, no debe haber mucho que

limpiar, él vive solo y por lo que se sabe no recibe a nadie, nunca, desde que se mudó hace casi dos meses nunca recibió a nadie, o por lo menos eso es lo que dicen, lo que me dijeron el guardia de la tarde, Alberto Sáenz, y la misma Ana Villalva, a quien le dicen Anita y me contó de la patrona que tenía antes, que la dejaba ver mi programa de los sábados a las once porque decía que todo el mundo tenía que verlo, qué honor, que todo el mundo tenía que aprender cómo funcionaba la justicia, y entonces Anita dejaba sus actividades durante la hora entera que duraba mi explicación, y las entrevistas, y los análisis de sucesos que pudieran servir para que el público tomara conciencia de las normas generales del derecho, normas que, yo creía, servían para regular las disputas entre los hombres, pero parece que no, porque Paul se divierte saliendo a caminar por la noche, y estudiando, ahora, miércoles, diez de la noche, la escultura del minotauro con su lira, estamos a un costado del Museo Nacional de Bellas Artes, él mirando primero esa escultura, *La Mort du Bernier Mutauru* y luego, pasando el museo, deteniéndose largo rato ante las tres jóvenes que parecen salir del bloque de piedra, él mirando eso y yo mirando cómo él mira eso ¿en qué pensará Paul? ¿en destruirlas, en matarlas a ellas también, aunque sean de piedra? Si yo tuviera un arma, un arma con silenciador, como la que tenía él, ahora podría disparar y nadie se enteraría, la balanza recobraría su equilibrio y todo tendría sentido, pero si eso sucede, si consigo un arma y lo asesino, así, sin más trámite, él, mi alumno, Paul Besançon, no habría aprendido nada, ¿y qué pasa con mi función docente? Todo, hasta un crimen debería ser una enseñanza, y yo debería hacer algo por la educación de este chico, después de todo es mi alumno, debí haber llenado la petaca antes de salir de casa, ahora se me está acabando el whisky, pero al fin tengo algo que hacer, seguir a Paul que parece un santo, no toma, no fuma, no parece estar drogado ni drogarse, no sale ni con mujeres ni con hombres, no hace nada, apenas comer, comprar el diario, estar en su casa y leer en la biblioteca de la facultad o ahí enfrente, en el quinto piso de la Biblioteca Nacional, y siempre libros de texto. No hace nada más, ni siquiera sale de los límites de la Recoleta, su auto permanece todo el tiempo guardado en la cochera, es fácil seguir a este tipo, hasta borracho uno podría seguirlo sin perderse, es demasiado simple, qué gracioso, yo ya estoy borracho y es cierto que es demasiado simple, como si él quisiera que sólo pasara el tiempo, como si supiera que al menor descuido yo podría atraparlo, esto es mucho más interesante que el fichero y los aburridos llamados de teléfono, conocer sus movimientos, lo que hace, lo que podría llegar a sentir, ya no me importa tanto seguirlo, debería anticiparme a él, quedarme aquí donde estoy ahora, en el lugar del crimen, si él no regresa yo sí, huelo el pasto, verde en la oscuridad, el mismo olor verde que en Junín, o en el campo de Córdoba cuando

estaba Roxana y la felicidad todavía era posible, el pasto mojado no por rocío sino por las lluvias, qué inestable el tiempo en Buenos Aires, qué inestable todo, me siento en el pasto húmedo donde murió la pobre piba, me siento a mirar la ventana de mi aula, que desde aquí parece estar en el segundo piso, porque el primer piso es la planta principal, ventana chica, me quedo sentado y se termina lo que había en la petaca y qué pena que no tengo más, se acerca una figura, podría ser alguien que me trae un poco de whisky, cualquier whisky, la marca no importa, o podría ser mi alumno, que sí regresa, pero no, es un policía que de mal modo dice levántese de ahí y me ayuda a levantarme, cómo le explico lo que estoy haciendo sentado en el pasto, cómo le digo que quizá aún queden rastros de sangre de la muerta, que no siempre se puede limpiar todo, no siempre se pueden borrar todas las huellas, cómo le digo que estoy tratando de pensar como él, como Paul Besançon, para comprenderlo, pero al policía no hay que explicarle nada, no me diga que usted es Roberto Bermúdez, el abogado, mi esposa siempre habla de lo inteligente que es usted, está todo el día con eso, dice que yo debería imitarlo, qué sé yo, se levanta los sábados a la mañana para verlo, y si usted aparece en algún programa de la noche no se lo pierde ni loca, doctor Bermúdez, pero qué hace así, acá, a esta hora, ¿cómo que no tiene idea?, son las dos y veinte de la mañana, doctor, no se puede estar así en el pasto, venga, yo lo ayudo, sí, póngale para Marta con cariño o lo que usted quiera, no sabe cuánto se lo agradezco, vamos, lo acompaño hasta su auto, no, auto no, mejor un taxi, de modo que no hay que decirle que mi intención es pensar que soy él, que trato de imaginar que soy Paul para pensar en lo que piensa, para sentir lo que siente, en esta semana estrenan una película con Juliette Lewis, Del crepúsculo al amanecer, la estrenan en varios cines pero el más cercano al departamento de él es uno de Callao y Santa Fe, el cine América, si yo fuera Paul estaría ansioso, si yo fuera él iría mañana mismo, jueves, día de estreno, a la primera función.

## Trece

El jueves, día de estreno, primera función, Paul ha sacado su entrada y espera que se abran las puertas de la sala del cine América, el más cercano a su casa de todos en los que estrenan *From dusk till dawn*, espera mirando las expresiones, aburridas, atentas, de la poquísima gente que se acerca a la boletería, a quién podría interesarle esta película, se pregunta Paul y se dice a los que vieron *Pulp fiction* y creen en Tarantino, a los que vieron *El mariachi* y creen en Robert Rodríguez, y no a mucha gente más, en verdad a poca gente, piensa Paul, yo sólo creo en ella, he contado veintitrés personas, el cine estará casi vacío, mejor, así no habrá ruidos y podré ver la película con tranquilidad, la película no, verla a Juliette, los anuncios no dicen gran cosa, en el diario *La Nación* no parecían muy entusiasmados con el estreno, pero yo sí me levanté entusiasmado, animado, y por eso, aunque la primera función comienza recién a la una de la tarde, yo estaba a las doce saliendo de casa, piensa Paul, no hay muchas formas de hacer que el tiempo pase más rápido, ir por Alvear dos cuadras hasta Callao y, por ésta, caminar lentamente ocho cuadras hasta la entrada del cine, mirar vidrieras, distraerse quizá con viejitas horribles paseando perros horribles, con adolescentes saliendo de la escuela, con gente aburrida detrás de mostradores, en fin, nada que importe, piensa Paul, sólo importa que pronto se abrirán las puertas y, de alguna forma, estaremos otra vez juntos, importa eso y otra cosa, algo que estoy viendo, piensa Paul, el profesor Roberto Bermúdez sacando su entrada ¿por qué lo hace? ¿qué quiere demostrar? se pregunta Paul pero no busca la respuesta, se pregunta si el profesor habrá hablado con su padre, si su padre habrá visto las películas, pero en lugar de interesarse por las respuestas vuelve a decirse que haga lo que quiera, yo tengo que seguir con mi vida, pero por qué viene, por qué se muestra así, si ya sabe, y sabe que yo sé que sabe y todo eso que es tan obvio que a nadie

le importa, ¿qué vas a hacer?, eh, Bermúdez, ¿qué vas a hacer conmigo? debería preguntarle, eso piensa Paul que debería preguntarle pero no le pregunta nada, se queda mirándolo, no hay nada que pueda hacer o decir que deshaga lo hecho, ya está, ya pasó, piensa Paul, y ahora no se puede hacer nada salvo avanzar, atacar o esperar el ataque, lo que suceda sucederá, piensa Paul y ve cómo Bermúdez lo mira uno, dos minutos enteros, cómo le sostiene la mirada hasta que de pronto, y sin que nada indique que eso debía suceder, aparta la vista y se dirige hacia la entrada recién abierta, como si no estuviera persiguiéndolo, como si todo fuese una casualidad, pero cómo va a ser una casualidad, Juliette en una película de estreno, él mismo, Paul, dejando rastros evidentes que conducen hacia ella, o mejor, que conducen desde el crimen hasta él mismo, un rastro luminoso que sin embargo sólo Bermúdez puede ver, ¿cómo se sentirá Bermúdez? ¿será eso lo que se llama frustración? ¿será ver el rastro luminoso y que nadie, nadie en todo el mundo, pueda compartirlo con uno? se pregunta Paul y no puede evitar sonreír ni entrar, ha entrado de todos modos, sin pensarlo mucho, no tiene por qué perderse la película, después de todo en ella trabaja su actriz favorita, ahora hay que buscar un buen asiento, hay muchos para elegir, este, este de aquí, piensa Paul, fila veintiocho, exactamente dos detrás de la nuca de Bermúdez, ahora quién vigila a quién, se dice Paul al acomodarse en el asiento de suave paño gris, pero debe dejar de mirar la cabeza de su profesor porque las luces comienzan a atenuarse, se descubre un telón y aparece ella, otra vez ella, está en todos lados, piensa Roberto al verla en una propaganda de jeans Guess, ella en blanco y negro, la cámara inquieta de las filmaciones de ahora, piensa, y ni siquiera comenzó la película, pero Paul simplemente la mira, no tiene por qué cuestionarse nada, no tengo por qué cuestionarme nada, piensa y mira, recibe las luces de la pantalla, las figuras que en ella se forman, como si fuesen una bendición, pasa el resto de las publicidades innecesarias y vuelve ella, un nombre más, Kate, piensa Paul, ella tiene ahora un nombre más, y aritos, y pelo lacio bajo los hombros, una cadenita con una cruz y una blusa floreada en tonos pastel, y como ella está ahí y está tan linda y la oscuridad de la sala ahora es más intensa, deja de existir para él la nuca del profesor dos filas más adelante y la sensación de ser perseguido y la obligación de enfrentar las consecuencias de sus actos, sólo existe ella, hija de un ex pastor, en la habitación de un motel de ruta, lleva una bikini a cuadros y una toalla atada a la cintura y hay una escena entre ella y Tarantino, una escena tan fuerte que Paul prefiere no pensarla en los términos groseros en que se expresa en la pantalla, y eso es justamente lo que odia del cine, que no puede bajar el volumen cuando quiere, que no puede ver esa escena, aunque no quede claro si corresponde a la realidad de la película o a la

imaginación del personaje de Tarantino, una y otra y otra vez, aunque puede cerrar los ojos e imaginarla cuantas veces quiera, una vez y otra y otra, pero en ese caso se perdería la parte en que todos entran a la casa rodante, todos amenazados por Tarantino, y luego la forma en que un guardia de frontera le mira la bombacha y ella baja sus manos hasta la entrepierna, y cuando Paul abre los ojos la película se transforma en otra cosa, en una estupidez, todos empiezan a volverse vampiros y monstruos y a enfrentar a vampiros y a monstruos en un pub, cómo una *road movie* interesante se puede convertir así, de pronto, en una película para niños, piensa Paul, aunque debe resistir hasta el final, pobre Juliette retrocediendo asustada entre los muertos, sin animarse en principio a clavar una estaca, y luego sí, y tiene una bayoneta, y la cruz salvadora de su cuello, aunque está rodeada y queda cercada por los vampiros para que al fin la salve la luz del sol, la luz del sol, qué bueno estar aquí y que hayan terminado, al menos por ahora, los días tan feos, tan nublados, qué feo clima el del otoño en Buenos Aires, es lunes, la sexta clase ha pasado hace ya tres días y aún falta mucho para que llegue la séptima, el fin de semana pasó muy rápido, durmiendo, los sábados y más los domingos se forma en la plaza una horrible feria artesanal, y la zona se llena de gente de otros barrios que toma eso como un paseo, y disfruta de bailarines de tango, y mimos, y payasos, y decenas de supuestos artistas con sus rutinas previsibles y mediocres, y compran basuras artesanales confeccionadas por supuestos hippies que darían un brazo por ser burgueses, por eso, por los mimos y los clowns y los diversos artistas de fin de semana, y por los paseantes y feriantes que siempre son demasiados, Paul pasa todos los sábados y todos los domingos durmiendo, mirando la televisión y durmiendo, soñando con Juliette, pero no hay necesidad de soñar, la noche anterior no fue muy agradable, Roberto Bermúdez solo en un puente de París, en el *Pont D'arcole*, o en el *Pont St. Michel*, o en cualquiera de los que están en la *Ille de la Cité*, donde se encuentra, patéticamente aislado, el *Palais de Justice*, para entrar en el edificio se deben dar, desde la reja, cuatro pasos, y subir doce escalones, y otros cuatro pasos, y veintiún escalones y cinco pasos si es que se va por el centro, ya que a los costados hay escaleras más largas que no importan, pero no hay necesidad de pensar en eso, aquí está Paul, desayunando en el Café de la Paix, lunes por la mañana, ha elegido una mesa al sol y lleva lentes redondos y oscuros, ha decidido no usar camisa y por eso tiene una remera de manga larga, combinada en gris y marrón, y unos pantalones de gimnasia en los mismos tonos, toma su café, lee el diario, levanta de pronto la vista y frente a él está Juliette Lewis, ella, no otra, Juliette a los quince años, que camina sola, parece dudar entre sentarse a una mesa, a dos de la de él, o seguir en busca de otro bar, Paul ha perdido la cuenta de los sorbos, ella da media

vuelta y dobla en la esquina, Paul no puede reaccionar, ¿era ella? no sabe si levantarse y correr y detenerla y mirarla o pagar el café y no hacer nada o pensar, elegir pensar que fue un sueño, un desprendimiento innecesario de su imaginación, una imagen cualquiera, una casualidad, eso, una casualidad, hay tantas mujeres parecidas, piensa y luego vuelve a su casa para buscar los libros y dirigirse, por la tarde, a la Biblioteca Nacional, en la entrada hay que llenar un breve formulario con los datos básicos, hay que declarar los libros propios, hay que aceptar una tarjeta gris de pase diario y deslizarla por la máquina lectora, subir en ascensor hasta el quinto piso, elegir un sillón junto a los ventanales que dan a la Avenida Las Heras, límite del barrio, y disfrutar de un café de máquina expendedora, que sí funciona, y del aire acondicionado, ni comparación con la biblioteca de la Facultad, piensa Paul, cuando las cosas comienzan a desajustarse no hay nada mejor que pasar el día en un lugar agradable leyendo el Código Penal, piensa, donde todo está calculado y regulado y especificado, porque sirva o no sirva para nada el Código es un ejemplo de orden y de equilibrio, eso es lo que me falta, equilibrio, piensa Paul, no puede aparecerse Juliette Lewis, *ce n'est pas possible*, una Juliette de quince años, es absurdo, no puede venir a meterse en mi vida, la he visto ya varias veces, por la calle, en cualquier lado, como ahora, qué hace aquí, con un Código Penal en la mano, eligiendo un asiento desde donde me pueda ver, desde donde yo la pueda ver, porque está para eso, para que la vea, siempre lleva la misma ropa, esa camisa blanca como en la película, hay mucha gente aquí, debería ir a otra biblioteca, o mejor irme a casa, pero qué bueno sería revisar los formularios de la entrada, ella también debió llenarlos, en algún lado habrá quedado asentado su nombre, debe tener una tarjeta gris de pase diario, y si pidió un libro aparecerá en las pantallas para que sepa que ya puede retirarlo, veré su nombre en las pantallas, ¿cuál será su nombre? ¿cuál es tu nombre verdadero, Juliette, cuál?, se pregunta Paul pero lo siguiente es verla al otro día en un restaurante, almorzando sola en un lugar como Gato Dumas, el padre no debería dejarla, en la película no la deja hacer nada, este no es un lugar para adolescentes, que se vaya a un Mc Donalds, y por qué sigue vestida con esa camisa, yo vi *Cape fear* muchísimas veces, es la ropa de la primera escena, es martes, no tengo más hambre, mozo, cóbreme, el almuerzo para mí ya terminó, dice Paul y paga ante el asombro del mozo de encontrar el plato lleno y de que su cliente pague en efectivo para no perder tiempo usando la tarjeta y así poder salir más rápido, qué lástima, tan buen cliente, piensa el mozo, no le habrá gustado la comida, pero Paul no lo sabe porque ya no está en el restaurante, pasó junto a ella y ni siquiera tuvo el valor de mirarla a los ojos, ¿quién es? ¿qué pasa? ¿es real? ¿es la muerta que vuelve a buscarme? ¿es alguien que envía la muerta? no, no puede ser, yo no creo en esas

cosas, no debería pensar en eso, debería ir a casa y descansar tranquilo, ya son más de las tres de la tarde, Anita ya se habrá ido, o no, es martes, no va a mi departamento, yo debería tomarme un avión a París y alejarme de todo esto, este lugar se está convirtiendo en una trampa, piensa Paul, y luego le sonrío al Paul del espejo del ascensor porque su pensamiento le parece un lugar común de películas malas, tercer piso, vestíbulo con cuadro elegido por su padre, cuadro de alguien que firma Castagnino, quién será, debe ser de Argentina, famoso, supongo, en Francia no suelen enseñar pintura sudamericana, a quién se le ocurriría, y qué hace en el cuadro esa mujer tan parecida a Anita con flores en las manos, no pintaba mal Castagnino, después de todo es un buen detalle por parte de mi padre, piensa Paul, y junto al teléfono ve el contestador automático titilando, un solo mensaje, una voz cualquiera que tanto podría ser la de ella como no serlo, en un inglés imperfecto dice hola, habla Juliette, qué te parece si salimos esta noche, es una pena que no estés en casa, te llamo luego, esto es absurdo, piensa Paul, mejor me voy a dormir, pero no se puede dormir siempre y por eso el miércoles a las cinco de la tarde está entrando al Museo Nacional de Bellas Artes para observar una escultura que le interesa particularmente, está ubicada en el primer piso y hecha en bronce por Henry Moore, nacido en Castelford, Inglaterra, en 1898, y muerto en 1986, se titula *Reflecting Figure: external form*<sup>5</sup>, y al ver los agujeros de las formas, uno, dos, tres, cuatro agujeros, a Paul se le ocurre que eso es lo que sucede con los pensamientos, con las ideas, que vienen y se van, vienen y se van, piensa Paul y ya no lo piensa, no puede concentrarse en nada, pienso en demasiadas cosas a la vez y las ideas se me escapan por los agujeros de Henry Moore, piensa, ella está acercándose, viene hacia mí, debería hablarle, voy a hablarle, piensa Paul pero ella, al darse cuenta de su cambio de actitud, baja corriendo los treinta y cinco escalones de mármol beige, y baja otros cinco escalones y atraviesa un breve vestíbulo y cruza las dos puertas de vidrio y ya está en la calle, ya en la calle, corriendo, escapándose de mí, piensa Paul que la ha perseguido sin alcanzarla, ha pasado las puertas de vidrio y está frente a los diez escalones de la entrada, agitado, pensando que sí, que debió haber matado a Roberto Bermúdez. Hay que cuidarse. Tengo que cuidarme, piensa Paul. Ya no seguirla, que no me siga, volver a entrar al museo y quedarme en la planta baja. En una de las salas que están hacia la derecha permanece largo rato mirando el único cuadro expuesto de Jackson Pollock, su pintor favorito, nacido en Cody, USA, en 1912, líneas chorreadas al azar por el lienzo, estrella fugaz, estrella fugaz es su nombre, es de 1947, óleo y barnices industriales sobre tela, ella se fue, no

---

<sup>5</sup> Figura reclinada: formas externas.

importa, quizá no era ella, piensa Paul pero ya no sabe ni en qué piensa, se ve recorriendo otra vez las galerías mal iluminadas, pobremente custodiadas del museo de Bellas Artes, tan distinto al completísimo Museo de Orsai, construido en una antigua estación de trenes, y este, en cambio, es un museo cualquiera, qué hago aquí, tan lejos del mundo, tan lejos de todo, no puedo seguir dejando que las cosas se desbarranquen. Cómo hacer para no verla nunca más, se pregunta. Ya ha sido suficiente, debo terminar con el asunto, piensa Paul, y lo piensa como si todo eso, como si todas las apariciones de la joven Juliette fuesen parte de su imaginación, y no lo son, las cosas son más reales de lo que parecen, debería dejar de verla pero no puedo, piensa, ya casi es jueves, es jueves, día de cine, qué hacer, qué otra cosa hacer más que ir a la primera función, en la pantalla aparece primero el comercial de Guess, luego otras propagandas sin importancia y más tarde, cuando las luces se apagan por completo, al fin puede verla, Juliette como una bendición, anda en patines, tiene medias blancas, remera gris, malla negra y un tatuaje en la pierna derecha, hay, en un futuro cercano, unos pequeños discos que graban vivencias de la gente que luego se pueden reproducir, hay un asesinato tomado por ese sistema y varios sucesos previsibles alrededor de él, y hay otras cosas mucho más importantes, piensa Paul y mira los pechos de Juliette Lewis, ella, frente a un espejo, luego de bañarse, le pide al protagonista que la seque, y luego hay un primerísimo plano de la cara de ella, hay cosas importantes, piensa Paul, ella cantando, parece pelirroja a causa de la luz pero podría ser castaña, canta, usa tacos muy altos y un vestido de red, y como en casi todas las películas se pinta los labios, pero por qué ahora la llaman Faith, y por qué ya no está Tarantino, igual no importa, y no importa que ella sea violada por el amigo del protagonista, que resulta ser el verdadero villano, no puede pasarle nada, ya está muerta, yo la maté, piensa Paul y piensa en decírselo a Bermúdez, busca a Bermúdez con la mirada y se pregunta por qué no está dos filas más adelante, dónde está la maldita cabeza de Bermúdez, piensa Paul y no la encuentra, debería estar ahí, a dos filas, por qué no está, yo sigo aquí, mirando la película, quizá él haya decidido irse, pero con tan poca gente en el cine tuve que haberme dado cuenta, debería seguir mirando la película, piensa Paul, pero no lo hace porque lo que mira ahora es cómo Juliette Lewis camina hacia él en la oscuridad, cómo la misma Juliette joven con la que se ha cruzado durante toda la semana se sienta junto a él y deja que él la mire, Paul mirando a Juliette y Juliette mirándose en la pantalla, qué habrá en la pantalla, se pregunta Paul y gira la vista, y es entonces cuando siente un dolor repentino e insoportable en el brazo, como un puñetazo pero más fuerte, más agudo, más punzante, él grita y gira hacia Juliette y ella se acerca, frota su brazo y su hombro contra el brazo herido, la tela blanca de su

camisa de siempre contra su brazo, y cuando Paul va a reaccionar ella ya se ha levantado y corre hacia la salida, esta vez él no la va a seguir, aunque tiene la camisa mojada con sangre va a terminar de ver la película, ya falta poco, ya termina, piensa, y cuando al fin termina y pasan los títulos y se encienden las luces y Paul se levanta de su asiento de suave paño marrón, comprueba que Bermúdez no está, que tampoco está la falsa Juliette, que su ubicación no es en la fila veintiocho sino en la dieciséis y, al salir, que la esquina no es Callao y Santa Fe sino Quintana y Ortiz, que el cine no se llama América sino Atlas Recoleta y que la película fue otra y que ha pasado una semana y que la sangre sigue saliendo de su brazo y que va a ser mejor que vaya a un hospital.

## *Catorce*

Ahí llega, pensé que no iba a venir. Tiene algo de valiente, por lo menos. Por debajo de la camisa se le nota en el brazo la gasa que se puso, o que se habrá hecho poner en cualquier guardia de hospital. Y por cómo están las cosas, aunque lo vea presente en esta séptima clase no creo que llegue a la octava, y además yo no podría soportar tener que darle un certificado que es como un premio, y este tipo no merece un premio sino ir a la cárcel. Si no hay pruebas, si la larga mano de la justicia no alcanza, debería alcanzar la mano del hombre para fabricarlas. Está claro que fue él, fue él y por eso estaba en el cine el jueves anterior, y por eso ayer también estuvo en el cine, aunque ayer no debió enfrentarse conmigo sino con Laura, Laura, qué voy a hacer con Laura, tiene demasiadas razones para odiarlo, espero que se siga conformando con la cárcel para Paul, pudo no haberme hecho caso, pudo haberle clavado la navaja directamente en el cuello y terminar con el asunto, por suerte no lo hizo, la navaja es de mi padre, tiene empuñadura de nácar y sus iniciales grabadas, no era su destino terminar hundida en el cuello de un alumno, aunque no es un alumno, Paul Besançon es un asesino y merece lo que le pase, lo que le va a pasar, lo que preparamos con Laura en Junín. ¿Por qué la habré llevado a Junín? No lo sé, supongo que para no tener que darle explicaciones a Cecilia, que siempre se mete en todo. Llamé a Laura para preguntarle qué pasaba con sus tíos si ella faltaba una noche a dormir y me dijo que nada, que era normal, que a veces se quedaba en casa de una amiga, se mostró muy entusiasmada con la idea, no sé bien por qué le hice esa pregunta pero bueno, ya está, vamos, vamos en mi auto a Junín a preparar con calma nuestra historia, son apenas poco más de dos horas de viaje, esperá que pongo música, John Coltrane, a mí me hubiera gustado ser saxofonista, es lindo manejar rápido, por suerte la quinta queda lejos de las casas de mis familiares, cómo hubiera ido a visitarlos con una chica

de dieciséis años, me quedo con ella el fin de semana en casa, tía Amalia, no se preocupe, tío Enrique, qué gracioso, hubieran pensado que estoy loco, que soy un degenerado, tengo cincuenta y cuatro años, cincuenta y cinco recién cumplidos, Laura tiene dieciséis, por lo menos no encuadra en el delito de estupro, que es de los doce a los quince, artículo ciento veinte, aunque yo no le hubiera hecho nada, ¿no le hubiera hecho nada? no sé si no le hubiera hecho nada, si no para qué la llevé a Junín, qué necesidad había, quizá era yo el que necesitaba ir allí, quizá lo que necesitaba era un poco de distancia para mirar mejor las cosas, llegamos el sábado a las siete de la tarde, me costó bastante abrir la puerta de entrada, la casa olía a humedad, se suponía que mis familiares se encargaban de cuidarla, por suerte no había ratas, en el auto tengo las cosas para comer, esperá que voy a buscarlas, y cuando volví con las cosas ella ya estaba en la cocina, limpiando un poco, acomodando, bajando las sillas de arriba de la mesa, ¿lo habrá hecho para impresionarme? yo debería pensar entonces qué hacendosa esta chica, y es posible que lo haya pensado, nos sentamos a comer y a hablar de su vida, destrozada con las muertes primero de sus padres y luego de su hermana, había quesos, distintas clases de jamón y salamines, pollo frío, varios tipos de panes y de aderezos, vino y latas de gaseosa, comimos y hablamos, abrí una botella de Navarro Correas colección privada cosecha '82, unos quince años de edad, casi como ella, en la etiqueta una pintura de Rómulo Macció encargada especialmente, aunque la del '84, pintura de Guillermo Roux, o la del '88, de Antonio Seguí, también hubieran servido, y brindamos aunque todavía no sabíamos por qué brindábamos, si por el acto de justicia que iríamos a planear o por nuestro encuentro, ella sólo tiene dieciséis años, me dije, pero después pensé en otra cosa que me pareció más importante, pensé que ella era indispensable para que mi alumno encontrara lo que sin saberlo estaba buscando, para que comprendiera que no se puede ser impune, o por lo menos que no siempre, o no esta vez, o por lo menos no él desde el momento en que decidió enfrentarme, no, Laura, le dije, no es cuestión de matarlo directamente, todo tiene que tener un sentido didáctico, si no no tiene gracia, y tiene que tenerla, tiene que tener una forma plástica, ¿entendés? tiene que ser una obra de arte. No, no te entiendo, Roberto, me dijo, y me asombró más el hecho de que me llamara Roberto que el que no entendiera, a mí nadie me llama así, no por lo menos desde que se fue Roxana, para mis amigos soy Bermúdez, en la televisión doctor Bermúdez, en la universidad, profesor Bermúdez y para Cecilia simplemente doctor, y ella, que me dijo Roberto, no entendía, creía que había que matarlo sin que nadie nos viera y olvidarnos del asunto, pero eso es lo que hizo él, le dije, y yo no soy él y no quiero ser él, no podría, yo soy otra cosa, yo por lo menos tengo un motivo,

tengo una causa justa, él no tenía nada, había venido de París hacía pocas semanas, a tu hermana ni la conocía, la eligió al azar, yo sé cómo la eligió, buscaba mujeres parecidas a Juliette Lewis, pudiste haber sido vos, salvo porque sos chica para manejar, hasta incluso sé en qué semáforo la detuvo, enfrente de la Facultad, cruzando el puente, unos días antes él estaba parado ahí, junto al semáforo, yo vi cómo miraba los autos, yo lo vi, yo conozco al padre, quizá pude haberlo evitado, él me vino a preguntar cosas sobre lo que iba a hacer, supongo que si lo dejo llegar hasta la última clase del seminario su monografía va a ser una confesión. Yo no sé por qué te torturás así, Roberto, me dijo ella, acá el que tiene que pagar es él y nadie más, todavía no me dijiste ni cómo se llama, lo único que sé es que es un alumno tuyo, yo lo que quiero es reventarlo, ¿entendés, Roberto?, me siento muy sola, si no hago esto por mi hermana me voy a sentir peor, lo hacemos como vos quieras, decime lo que querés de mí y yo lo hago, puedo hacer cualquier cosa por vos si me ayudás, cualquier cosa, Roberto, vení, vamos a ver cómo están los cuartos. Y pude haberlo hecho pero no lo hice, rechacé su mano, le dije que mejor fuera ella, que yo me quedaba a levantar la mesa, me sentí como un adolescente, como un estúpido, pero pensé otra vez en ella con dieciséis años, a mis cincuenta y cinco no tengo necesidad de esto, pensé, de lo único que tengo necesidad, pensé después, es de un abrazo, y por eso, antes de que ella fuera a su cuarto y yo al mío, nos abrazamos en el living, podría decir que fue, de alguna forma, un largo abrazo paternal. Dormimos, cada uno en su cuarto, mi plan era ese, que pensáramos en las formas de equilibrar las cosas con mi alumno, que pensáramos y durmiéramos, se me había metido en la cabeza que a las decisiones acertadas se llegaría el domingo en el desayuno, con café y tostadas y miel, y no en la noche, con vino y lo que yo estaba tomando, un J&B Ultima número de serie 27.624, hecho con ciento veintiocho whiskys de malta y de grano, todos antiguos y muchos extremadamente poco comunes, algunos de las cuales ya no existen y de ahí el nombre de Ultima, de este whisky no habrá más así que mejor no acostumbrarse, me decía a cada nuevo trago, mientras escuchaba cómo ella llevaba la televisión hasta su cuarto y comenzaba a ver una película. Lo último que pensé antes de quedarme dormido, cuando ya había vaciado casi toda la botella y había recordado a Justerini & Brooks, a Moët & Chandon e incluso a Navarro & Correas, es que, en esa situación, sería gracioso que pasaran una con Juliette Lewis. Soñé muchas cosas que entonces no pude recordar, me levanté completamente transpirado a las nueve de la mañana, y con una lenta ducha tibia me desprendí de las molestias de la resaca. Las decisiones las tomamos, como predije, durante el desayuno, Laura es muy linda cuando recién se despierta y yo, al verla aparecer en camisón, me lamenté por

no haber tenido hijos. Luego, el jueves, cuando veía desde atrás la nuca de mi alumno y cómo ella se sentaba junto a él en el cine Atlas Recoleta para hundirle en el brazo la navaja de mi padre, según el plan que habíamos resuelto llevar a cabo, recordé lo que había soñado aquella noche en Junín: que yo era Paul, que violaba a Laura, que a ella le gustaba esa violación y que a mí me gustaba que a ella le gustara tanto. El hecho se producía justo frente a mi aula, en la facultad, y yo me miraba desde arriba, desde la ventana, pero no bajaba para detenerme, después de todo fue un sueño, y como dirían los psicólogos uno no puede hacerse responsable de lo que produzca su inconsciente. Lo cierto es que estábamos recién despiertos, que habíamos dormido en habitaciones distintas y nos disponíamos a desayunar, yo había preparado todo y en la cocina había un cálido ambiente de familia, cosas de alcanzarse el azúcar y untar la tostada para el otro, si yo no fuera tan viejo hubiéramos podido ser una parejita enamorada. No lo éramos, y debíamos planear algo que, después de todo, era un crimen, aunque de alguna manera implicara una forma de justicia.

El domingo, a eso de las cinco de la tarde, dejé a Laura en lo de su tía y volví a casa a decirle a Cecilia que por favor me consiguiera botellas de J&B con pico de plástico.

— Cecilia, por favor consígame botellas de J&B con pico de plástico.

— Mire, Doctor, yo ya no lo entiendo. Está un mes entero haciéndome buscar botellas con corcho y ahora me viene con esto. Y anoche no vino a dormir...

— A ver, mi querida. Si no vine a dormir es problema mío, un ama de llaves debería ser mucho más discreta ¿no cree? Se lo voy a decir de otra forma. Los domingos son días tristes, especialmente por la tarde, y no quisiera ponerme a disertar sobre la precariedad de su empleo ¿estamos?

— ...

— Bien. Ahora que nos vamos entendiendo le voy a explicar. Usted me compró una petaca, en un gesto que la enaltece ¿no es cierto? Bien. Resulta que durante toda esta semana voy a tener que salir por las tardes, porque tengo cosas que hacer que no son asunto suyo. Y como su bonita petaca revestida en gamuza marroncita es, diría, un complemento indispensable de mi indumentaria, tendré que recargarla varias veces ¿comprende?

— No. No comprendo.

— Me imaginaba. Resulta que he descubierto que, a diferencia de lo que sucede con los vasos, la petaca se puede llenar mejor desde una botella con pico de plástico, porque el líquido sale más despacio, a menos que usted se oponga o

tenga una teoría o un sistema mejor ¿entiende ahora? De modo que, por el momento, habrá que desechar el de 15 años y volver al de 12, que como usted sabe se llama Jet y tiene un desagradable pero ahora necesario pico de plástico.

– ¿Algo más, doctor?

– Sí. Lo quiero para mañana. Y gracias, Cecilia.

Por la noche me costó mucho trabajo dormir. Al día siguiente empezaría el juego que inventamos con Laura para desequilibrar a Paul, para vencerlo. Estaba muy ansioso, y ni siquiera el whisky que tomaba en mi biblioteca podía calmarme. Lamentaba parecer algo tan previsible como un actor a punto de salir a escena, pero no podía evitar parecerlo. Hacía varios años que había dejado de fumar, pero de pronto, después de mucho tiempo de ni siquiera pensar en eso, necesitaba un cigarrillo. Trataba de concentrarme en la lectura, Baudelaire me ayuda en momentos así, y repasé una vez más uno de esos poemitas que se llaman spleen; este comenzaba diciendo: *“J'ai plus de souvenirs que si j'avais mille ans. Un gros meuble à tiroirs encombré de bilans, de vers, de billets doux, de procès, de romances, avec de lourds cheveux roulés dans des quittances, cache moins de secrets que mon triste cerveau”*<sup>6</sup>, pensar y pensar, pensar en Paul, francés, debería estar leyendo “El spleen de París” y no “Las flores del mal”, me dije, pero después me dije que no, que estaba bien así, que las flores del mal tienen más que ver con mi alumno, no podía dejar de pensar en lo que me había pasado con Paul en las últimas semanas, en lo que me pasaría con Laura en los días siguientes, pero también ir hacia atrás, pensar en mi vida con Roxana, hacía ya tres años que estábamos separados, en los dos últimos prácticamente no nos habíamos visto, ni siquiera hablábamos por teléfono, cuánto la extraño, pensé, y me descubrí con el teléfono en la mano, a punto de marcar el número de Roxi. ¿Qué estoy haciendo?, me dije. ¿Qué le diría? ¿Que anoche estuve a punto de acostarme con una chica de dieciséis años? No puedo decir eso, ya no sé dónde estoy parado, pensaba y caminaba por mi biblioteca, mirando por las ventanas hacia la calle, hacia la noche, deteniéndome en el sonido de algún auto, ¿adónde irían? ¿Qué necesidad tenían de salir por la noche? Yo estaba en casa, cómodo, tranquilo, qué necesidad tenía de enfrentarme a todo ese problema, de salir a enfrentar a mi alumno, y por otra parte qué otra cosa tenía para hacer, qué otra cosa más que mirar el teléfono callado, mirarlo y quedarme junto a él para desear que sonara, que fuese Roxana, ella comprendiendo al fin

---

<sup>6</sup> “Albergo más recuerdos que si tuviera siglos. Un gran aparador repleto de facturas, versos, cartas de amor, romances y procesos, con pesados cabellos que envolvieran balances, menos secretos guarda que mi aciago cerebro”.

que nunca debió haber dejado de amarme, y pidiéndome volver, miraba el teléfono, las modernas líneas grises del teléfono que compró Cecilia cuando el otro se rompió definitivamente, pero no sonaba, ella no llamaba, y a cada trago la boca se me hacía más pastosa, la lengua más pesada, ya no podría hablar ni con Roxana ni con nadie, sentía el calor conocido bajando por el pecho, Roxy no llamaba y yo permanecía de pie en la biblioteca, pensando en ella y en mí, cuando se acabó el whisky pensé lo único que me queda en la vida es la justicia, y supe que la justicia sólo podía existir si Paul Besançon iba preso, iría preso aunque debieran encerrarme a mí también, en la próxima semana pensaría sólo en la forma de encarcelar a Besançon, no tenía que distraerme con ninguna otra cosa, debía concentrarme en eso, en mi trabajo, en mi tarea docente, en demostrarle a mi alumno las desventajas de creerse impune, en hacer que la justicia triunfara incluso a costa de sí misma.

## Quince

Al final de la séptima clase Paul mira cómo sus catorce compañeros se levantan de los asientos para retirarse y piensa que esta vez no saldrán ni al cine ni a bailar ni a ningún lado a pesar de que, como siempre, sea viernes, deberán ir a sus casas a escribir, no será fácil redactar las ochenta páginas que pide Bermúdez, no al menos en los términos en que las pide, algo completamente original, algo que yo nunca haya leído, una teoría sobre determinado aspecto de la justicia penal que tenga la virtud de sorprenderme, en la primera clase les hablé de creatividad, doctores, del derecho como un arte, pues bien, en la próxima, la última, tienen la oportunidad de demostrar que merecen aprobar mi curso, ochenta páginas como mínimo, tengan ustedes buenas noches, gracias por haber venido, dice Bermúdez y los catorce compañeros han salido por la puerta y en el aula ciento diecinueve sólo quedan el profesor, acomodando papeles en su portafolios, y Paul, que se acerca y le dice que necesita hablar con él.

– Necesito hablar con usted.

– Sí, Besançon, qué quiere.

– Yo la maté.

– ...

– Yo maté a la chica...

– Ya lo sé. Pero no me lo tenés que decir a mí sino a la policía, si querés.

– ¿Y entonces? ¿De qué sirve todo lo que dijo en el seminario, si usted no tiene pruebas y no puede hacer nada? ¿Se da cuenta de que usted, con esa historia de la Justicia, está engañando a la gente? Dígame, Roberto Bermúdez, dígame qué va a hacer ahora. ¿Me va a seguir poniendo a esa chica por delante? ¿Qué va a hacer? ¿Va a contratar a otras actrices?

– Puede ser...

– No pierda su tiempo, profesor, en dos semanas vuelvo a París, ya tengo el pasaje. Se acabó, usted llegó tarde, yo hice lo mío, y le juro que si espera una confesión en mi monografía se equivoca, ya tengo un primer borrador, aquí lo tengo, su título tentativo es Tesis sobre un homicidio y no tiene ni una sola palabra que me incrimine, ni siquiera que me relacione con el crimen de la chica...

– ¿Querés un poco...?

– No, Bermúdez, no tomo alcohol, pensé que lo sabía...

– Yo sí tomo, disculpame.

– ¿En serio creyó que me podía atrapar?

– Sí.

– Debe estar borracho...

– Todavía no. Recién empiezo...

– Bien, ya lo sabe. Si usted quería una confesión, ya la tiene. Lo que no creo es que pueda usarla, a menos que tenga escondido un grabador...

– No lo tengo y no lo necesito, alumno, no creo en la tecnología. De modo que no se preocupe. De cualquier forma, ya va a tener noticias.

– Espere, espere, yo me voy en dos semanas, cuando usted entregue los certificados. Y no quiero tener más noticias tuyas, ni ver a esa chica que se me cruza siempre, ni ver que usted siempre me está siguiendo con esa cámara de fotos. Le propongo un trato: usted no me molesta más y yo le doy mi palabra de que no haré, en toda mi vida, ninguna acción al margen de la ley. ¿Le parece bien?

– No. Me parece que tenés que pagar por lo que hiciste, pibe.

– Lo siento, profesor, eso no puede ser. La justicia es ciega.

– Yo lo siento más que vos.

Yo lo siento más que vos, escucha Paul que dice Bermúdez y es lo último que escucha porque camina desde la facultad a su casa y se encierra a seguir trabajando en su monografía, que queda terminada a las cinco de la mañana del sábado, ochenta páginas exactas, ni una más ni una menos, una teoría original, la venda de la justicia como algo concreto y no simbólico, a Bermúdez le va a gustar, piensa Paul y después de imprimir apaga la computadora, descansará pero sólo un rato, este fin de semana pasará por Recoleta, no lo ha hecho nunca pero ahora quiere hacerlo, quiere terminar con todo aquello, con todo lo de Juliette Lewis y la justicia ciega, quiere hacer todo lo que habría hecho, al llegar de Francia luego de tantos años, una persona corriente, visitar la casa donde vivió con sus padres, contactar a sus antiguos compañeros del Jean

Mermoz, muchos seguirán en esta ciudad, hay varios que se acordarán de mí, piensa Paul, debería conseguir sus teléfonos, qué estarán haciendo ahora, serán contadores, y abogados, y empresarios, y diplomáticos, quizá alguno se haya casado, o tengan mujeres prometidas, quizá todavía se sigan viendo, vayan a las mismas casas de fin de semana, aquí les llamaban quintas, o countries, y organicen bailes y fiestas y hagan reuniones de ex alumnos, egresados de la promoción 1991, debería llamarlos, piensa al subirse a su Peugeot 306 para llegar al barrio de Núñez, cerca del estadio de fútbol, y quedarse mirando desde afuera el patio del colegio, recordar momentos de la infancia, los juegos, las enseñanzas, de chico yo hablaba mejor castellano que francés, piensa Paul, qué lástima que la pronunciación se deteriore con el tiempo, piensa el sábado por la mañana, mirando desde la vereda de enfrente la puerta del Jean Mermoz, y recuerda a su profesora Madame Rajlin, la única que parecía quererlo, la única que parecía quererme, piensa Paul, en esta semana la voy a llamar, le diré que nunca me he olvidado de ella, la invitaré a casa a tomar el té, le diré a Anita que compre masas secas, o mejor, si ella me invita iré a su casa, compraré una torta, o *croissants*, y también iré a la embajada, trataré de ubicar a algún antiguo amigo de mi padre, uno que me haya visto de chico, que recuerde haberme tenido en brazos y diga que no lo puede creer, si estás hecho todo un hombre, y abogado, qué bien, quién lo hubiera dicho, cómo pasa el tiempo, pero eso será en el transcurso de la semana, ya he terminado la monografía y hasta entregarla el próximo viernes no tengo ninguna otra obligación, hoy por la tarde iré a la feria artesanal, a fin de cuentas vivo a media cuadra, de modo que por la tarde recorre la feria, que comienza en su casa y termina justo frente al semáforo de la rotonda de Pueyrredón, pero Paul no piensa en eso, la recorre de ida y de vuelta, rechaza sólo a los tarotistas que le ofrecen alguna pobre versión de su futuro pero su actitud es otra, no le molesta la gente sentada en el pasto, tan parecida a la que, en bancos verdes, siempre contempla el atardecer en el *Jardin des Tuileries*, junto a las fuentes, o en *Champs-Élysées*, y al pensar en eso recuerda una canción de Joe Dassin que le enseñaron en el colegio, Paul canta *o Champs-Élysées, o Champs-Élysées, au soleil, sous la pluie, a midi o a minuit, il y a tout ce que vous voulez, aux Champs-Élysées*<sup>7</sup>, es eso, piensa Paul, es eso, tengo todo, tengo toda la vida por delante, puedo tener todo lo que quiera, no importa el tiempo ni el clima ni el lugar ni nada, no importa que no haya fuentes *des Tuileries* ni Joe Dassin de *Champs-Élysées*, no hay fuentes pero Paul se ríe con las gracias de uno de los mimos, deja unas monedas a los bailarines de tango y, en la feria, compra una pequeña escultura tallada en madera, una pareja abrazándose

---

<sup>7</sup> En los Campos Elíseos, en los Campos Elíseos, al sol, bajo la lluvia, al mediodía o a medianoche, está todo lo que uno puede querer, en los Campos Elíseos.

como en los trabajos de Rodin pero obviamente no tan perfecta, igual está muy bien, piensa Paul, se la enviaré a mi madre por correo certificado, ella sabrá apreciarla, y a mi padre le compraré algún libro, le podría comprar algún buen libro de tango, para que recuerde sus viejas épocas de agregado cultural en Buenos Aires, piensa Paul y camina por la feria y cruza la calle de aquel semáforo sin pensar en él y desemboca en el sendero que lleva al puente de la avenida Figueroa Alcorta, camina lentamente los cincuenta pasos que hay desde el inicio del cemento del puente hasta el centro, se queda mirando los autos que pasan por debajo, mira luego las pintadas en aerosol que hay en el cemento del puente, y luego camina los cuarenta y dos pasos, regulares, medidos a pesar de la pendiente, que hay hasta el final, del lado de la facultad, pasa por el costado, la puerta abierta del costado, calle Julio V. González, es sábado por la tarde, hay menos alumnos que los viernes por la noche, de cualquier forma nadie ve nada, y llega a la parte de atrás, se queda mirando las ventanas de la facultad con toldos de plástico verde y bordes blancos, de un verde similar al de los coches de metro de París, los coches pasando por uno de los puentes, sobre el Sena, diecinueve ventanas, la primera es pequeña, la segunda, doble, abarca dos pisos, y la tercera y la cuarta fila de ventanas, hacia arriba, también pequeñas, Paul camina por el borde del Predio Municipal de Exposiciones y llega al descampado en donde murió esa chica, no fui yo, piensa Paul, habrá sido algún otro, algún enfermo, algún loco, no yo, mi único delito fue no haber devuelto el Código Penal a la biblioteca de la Facultad pasados los catorce días, desde ahora seré normal, una persona normal, me comportaré normalmente, me olvidaré de todo esto, piensa Paul, espero estar a tiempo, piensa mientras toma por una calle que sirve de entrada y en especial de estacionamiento, y Paul ve entonces, en esa calle, a varios chicos andando en bicicleta, en rollers, en patinetas y skates, chicos que en la semana no están, nadie sabe lo que pasó allí, nadie piensa ya en el crimen de hace tres semanas, quizá si todo el mundo se olvida, si Bermúdez decide olvidarse, piensa Paul, yo tenga alguna posibilidad de redención, piensa, y repite la palabra redención, y la separa en sílabas, cruza el puente y la avenida y la calle y camina por el sendero, cuesta arriba, los trescientos cuarenta y cuatro pasos que le demanda llegar hasta la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, y da veinte pasos más hasta la reja de la entrada, y quince hasta la entrada, y pasa junto a veinticinco hileras de bancos hasta llegar al altar para arrodillarse frente a la Virgen, para girar y mirar al Cristo, crucificado sobre la pared de la derecha, a la altura de la fila doce, y estudiar los ornamentos de oro deslucido, opaco, ver cómo se marchitan lentamente las flores blancas del altar, pensar una vez más en la palabra *redemption* y recordar un episodio de su juventud, Paul, quince años, un

domingo de enero en que había nevado, pero a pesar del frío que afuera persistía y del cálido ambiente de su casa él no quiso quedarse allí, salió a caminar y luego de dieciséis cuadras, según un cálculo no exacto a causa de la azarosa ruta elegida y a la acostumbrada irregularidad de las calles de París, se encontró frente a la *Église de la Madeleine* y dio siete pasos, subió catorce escalones, y dio cinco pasos, y otros catorce escalones y dieciocho pasos más hasta la puerta, y todo eso lo hizo como en un ensueño, como si no fuese su voluntad la que lo impulsara sino otra cosa, algo superior, algo innombrable, hasta ese momento Paul no se había planteado seriamente si debía o no creer en Dios, pero al subir aquellas escaleras vio algo que por un instante le pareció definitivo, vio que el altar se hacía borroso, como si no fuese verdadero sino una proyección, también había flores blancas, el altar como ablandado y temblando igual que sucede con las cintas de asfalto cuando les da el sol, y eso, un espejismo, se desvaneció para desilusionarlo apenas él avanzó por el pasillo central y vio que eran las rejillas de la calefacción, ubicadas allí, en el pasillo, las que producían el efecto, no entraré nunca más a una iglesia, se prometió entonces, pero ahí estaba, en Buenos Aires, en la otra punta del mundo, arrodillado ante el altar y pidiéndole a un Dios en el cual hasta ese momento no había creído que se apiadara de su alma, hay muy poca gente en la iglesia, dos ancianas de luto, un joven con sotana, y él mismo, que al salir deja unos billetes en la alcancía de limosnas y camina hasta su casa, sube en ascensor los tres pisos, entra, se quita la campera y enciende la computadora para poner, en honor a su padre, un cuadro de Castagnino, bajado de Internet, como fondo de pantalla, una mujer parecida a la de su cuadro, con la misma mirada triste, con idénticas flores en las manos, y eliminar luego su archivo de "favoritos", borrando así toda referencia a Juliette Lewis, y más tarde destruye todas las fotos, y los discos, y las revistas, y saca de la caja fuerte los videos y los abre y estira las cintas, una por una, y debe encontrar una tijera o ir a buscar un cuchillo para poder romperlas pero no con furia sino con tristeza, con furia hubiera tirado la notebook a través del ventanal, pero no, Paul no puede evitar llorar al deshacerse de lo único real que tuvo en los últimos años, su amor por Juliette, y quedarse sin nada, vacío, pensando que esa debía ser la única forma de empezar de nuevo, aunque no puede empezar de nuevo, empezar qué, se pregunta, cómo hacer para conformarse con alguna vida vulgar, con un amor mediocre, después de algo tan intenso no podría, no vale la pena, piensa Paul y busca alguna foto que no hubiese despedazado, busca sin encontrar, todo está roto, roto, todo roto, todo perdido, debería tener una foto, piensa, un video, algo, pero ya no puedo entrar a Internet, las líneas no comunican, maldito país subdesarrollado, no puedo entrar, no puedo entrar, se dice Paul a las dos de la

mañana y apaga la computadora y toma su campera para salir a la calle, a esa hora hay, abajo, en la puerta del edificio, un guardia distinto al del día y al de la tarde, un guardia que apenas si lo saluda, debió haber estado durmiendo hasta escuchar el ascensor, piensa Paul y sale a la noche y ve los autos que pasan, ¿adónde irían?, se pregunta, y se pregunta adónde irá él ahora que ya no tiene nada, dónde buscar una foto, un video, algo, una chica, algo, un netcafé, en Francia hay varios, aquí debería haber, puedo entrar y comunicarme, enviarle un e-mail, tratar de chatear con alguien, en alguna parte del mundo debe haber alguien con los mismos intereses, no me importa que otros me vean, no me importa que no haya intimidad, o mejor una chica, cualquier chica, todas pueden ser parecidas, ella es tan cambiante, todas son parecidas, estoy en mi auto y en el bolsillo de la campera tengo el arma, y también tengo dinero, debería ser fácil, piensa Paul, pero entonces comprende que aunque todas sean parecidas ninguna será ella, y al fin sólo le queda apiadarse por el alma de la pobre Valeria Di Natale y pedir perdón, creer en Dios para tener a quién pedirle perdón, pero si hiciera eso ya no sería el mismo, ya no sería él, piensa Paul, y si no soy yo quién podría ser, quién debería ser, piensa, quién otro sino Roberto F. Bermúdez, debería ser él, que cree en la justicia, piensa Paul y estaciona su auto para entrar al drugstore abierto veinticuatro horas de la esquina de Rodríguez Peña y Arenales y pedir una botella de whisky, cualquiera, el más caro, sí, ese J&B Ultima está bien.

## *Dieciséis*

Bienvenidos, doctores, a esta octava y última clase del Seminario de Especialización en Derecho Penal que tengo el honor de dictar en nuestra querida Universidad de Buenos Aires, digo y ellos me escuchan con atención, si es que han llegado hasta aquí y, como veo que lo han hecho todos, trajeron sus monografías, es que no los he defraudado con mis explicaciones e interpretaciones sobre la justicia, de modo que estamos en el final de este curso que ha empezado con quince personas y hoy concluye con catorce, los que hayan leído los diarios en esta semana se habrán enterado de que el lunes pasado uno de sus compañeros, Paul Besançon, de nacionalidad francesa e hijo de un antiguo agregado cultural en la embajada de ese país en Buenos Aires, fue detenido bajo la acusación de violación simple, delito encuadrado en el artículo ciento diecinueve del Código Penal y, como se sabe, castigado con una pena que va desde los seis hasta los quince años de prisión, y eso demuestra, una vez más, que nadie puede hacer lo que desee, que aunque se dominen los secretos de la legislación, y tanto él como ustedes demostraron en clase haberlo hecho, no se puede transgredir la ley sin recibir un castigo, y les estoy diciendo todo esto pero en lo que estoy pensando es en la última charla que tuve con Paul, el viernes pasado, él tiene razón, pienso, la justicia es ciega también cuando encarcela con mentiras, no me gusta mentir, él me obligó, no debió haberme desafiado, éste es el último curso que voy a dar, me voy a retirar de la docencia, me voy a dedicar a otra cosa, a filmar películas, a tocar el saxofón, a viajar, a pintar cuadros, debería abandonar de una vez por todas el derecho, los libros de derecho, los cursos de derecho, creer en el derecho y que la justicia me dará las armas para que todo vuelva a ser como siempre debió haber sido, pero ni siquiera si hubiera podido atraparlo por una vía legal hubiese sido satisfactorio, quién le devuelve la vida a la muerta, quién piensa hoy en la

pobre Valeria Di Natale, en su pobre hermana Laura, por cierto no ustedes, abogaditos, que no saben nada de lo que pasa, que no saben qué pasa cuando se liberan las pasiones y las cosas suceden sin que uno pueda detenerlas, cuando la voluntad no basta para atenuar el impulso, y qué pasa si él tiene razón, si se liberan de pronto todas las fantasías, todos los deseos, no habría reglas para nada ni para nadie, no habría justicia que valiera ni policía que la hiciese cumplir, Paul tenía razón, la justicia es insuficiente, y aunque es lo mejor que tenemos sigue siendo insuficiente, todo se hizo claro en Junín, pienso mientras hablo de los valores últimos del derecho, habíamos terminado el desayuno con Laura y ella dijo lo que tenemos que aprovechar es que yo puedo ser Juliette Lewis, y entonces comprendí todo, Paul viéndola en todas partes, preocupado primero por no enloquecer, por no descontrolarse, jugando en la cuerda floja de los estrenos sucesivos de las películas, y luego, cuando todo ya estuviese preparado, entrando a la cárcel de Caseros, niño rico francés de veintitrés años acusado de estupro, aunque Laura tuviese más de quince años, aunque él no la hubiese violado, después de todo mató a su hermana, es una forma de violación, de violencia, si no se puede probar una cosa cierta se podrá probar una falsa, dije, y ahí traicioné todas las cosas en las que había creído y las que había enseñado a lo largo de mi vida, en las clases y en la televisión, por eso voy a dejar el derecho, aunque aún creo que valió la pena, el lunes anterior todo fue divertido, sacamos con Laura dinero del banco y la llevé a comprar la ropa que usaba Juliette Lewis en Cabo de Miedo, elegimos la camisa blanca de la primera escena, que usó casi toda la semana, una chaqueta abierta, de algodón, a rayas celestes y blancas, combinada con un vestido rosado sin breteles, que usó el día del encuentro en Bellas Artes, elegimos varias hebillas de plástico para el pelo y luego fuimos a un odontólogo de guardia que no entendía para qué quería ponerle aparatos con la dentadura tan linda que tiene la chica, hasta que al fin comprendió que no era de verdad, que era la caracterización para una obra de teatro, yo era el director, sí, Alezzo, Agustín Alezzo, encantado, a Laura le causó mucha gracia, ella faltó a la escuela, almorzamos juntos, la pasamos bien, y en el resto de la semana todo sucedió sin inconvenientes salvo por el sueño que tuve una noche, Paul, solo en el puente que está frente a la Facultad, asomado sobre la avenida Figueroa Alcorta como si quisiera suicidarse, pero yo no tenía la culpa de nada, no habría que interpretar los sueños, ésas son cosas baratas de la psicología, sólo importan las cosas reales, ella acercándose a Paul para preguntarle la hora en la calle, para saber cómo llegar hasta determinado sitio o, en algún local, dónde queda el baño, y yo, desde lejos, sacando fotos, ellos juntos en la calle, ellos juntos en un restaurante, o en el museo, o en las bibliotecas, y entonces el viernes pasado, al final de la séptima clase, cuando

hablé con Paul, ya tenía varias cosas, tenía fotos de ellos juntos y, lo más importante, tenía una camisa de Laura manchada con sangre de Paul, cómo iba a decir que no la conocía, que no intentó violarla en su casa, que chequeen el ADN si quieren, la historia es clara, él le habló varias veces en distintos bares de Recoleta, la convenció para ir a su casa, intentó violarla, ella se resistió con una navaja que encontró por ahí, él dirá que a esa hora, lunes a las tres y cuarto de la tarde, el lunes pasado, no estaba en su casa, que estaba en determinado restaurante, pero tanto el mozo como el dueño del determinado restaurante donde habrá almorzado dirán que no, no encontrarán registro de su presencia, no habrán pasado su tarjeta de crédito, la comida estaría pagada desde antes, y Anita Villalva dirá que sí, que sí estuvo en su casa, que lo vio entrar con una chica, sí, oficial, con esa chica, que él parecía nervioso, y es raro porque el señor Paul siempre está tranquilo y nunca habla con nadie, y nunca había llevado a nadie a la casa, pero yo lo vi entrar y después se encerraron en su cuarto, cuando yo me fui, a las tres, todavía no habían salido, todos necesitan dinero, el dueño del local, Anita Villalva, todos, a nadie le vienen mal unos cuantos dólares, al guardia de seguridad tampoco, Alberto Sáenz se llama, dirá que la vio salir corriendo, yo estaba afuera porque el portero recién había repasado el palier, que a esa hora de la tarde siempre está sucio de nuevo, y se abrió la puerta del ascensor automático y la chica salió corriendo, tenía la camisa manchada de sangre y estaba llorando, eso lo vi clarito, no, el portero no estaba, estaba yo solo, el chico salió atrás, la chica salió corriendo hacia la esquina, yo tenía abierta la puerta de entrada y estaba afuera, como le digo, en la calle, pero no la pude parar ni preguntarle qué le había pasado, no me dio tiempo, eso se llama usar los ahorros en un fin noble, y si no lo hacen por el dinero lo harán por mí, es sólo un falso testimonio, artículo doscientos setenta y cinco, aunque todos se encuadran también en los artículos cuarenta y cinco o cuarenta y seis, partícipes primarios o secundarios de todo lo que yo hice, pero nada malo puede suceder, por una vez en la vida voy a usar mi credibilidad con la gente, si alguien como Roberto Bermúdez te pide que, por él, faltes a la verdad, ¿vos no lo harías?, diría que sí cualquier dueño de cualquier restaurante, cualquier empleada doméstica, cualquier guardia, cualquier persona común, eso fue lo que sucedió el lunes pasado, poco antes del mediodía Anita nos dejó entrar, llenamos la casa de huellas dactilares de Laura, revolvimos un poco la habitación de Paul, pero no demasiado porque todas las cosas de Juliette Lewis, todas sus previsible fotos y cintas y papeles sacados de revistas o impresos por computadora estaban rotos y apilados en un rincón, como si el corte que Laura le hizo con la navaja de mi padre, o el haber confesado ante mí el viernes anterior, lo hubiesen liberado de un peso, lo hubiesen hecho desistir de su

locura, pero los límites no se ven claramente, cruzarlos o no depende de la voluntad, qué estaba haciendo yo ahí si dos días antes, a la misma hora, en la grabación que pasaron en la tele había explicado la presunción de inocencia, qué hacía cometiendo delitos por primera vez en mi vida, siendo ideólogo y por ende coautor de las lesiones leves de Laura a Paul, artículo ochenta y nueve, de la falsa imputación de un delito, artículo ciento nueve, de violación de domicilio, artículo ciento cincuenta, qué hacía convenciendo a un juez para que violara el secreto del sumario y manipulando a una chica para que atacara con un arma blanca a un hombre que debió haber gozado, justamente, de presunción de inocencia, qué hacía yo ahí, en el departamento de Paul, el lunes a las dos de la tarde, modificando la soledad de los ambientes, mirando las cortinas blancas y quietas de los ventanales, pasando las puntas de los dedos por los bordes de los muebles, apenas las puntas, sólo rozar, no dejar huellas, la mirada primero y el cuerpo después corrompiendo las habitaciones, y la cocina, donde en un cajón había cinco cuchillos y ya ni valía la pena comprobar si coincidían con el del crimen, y el baño, mirando los frascos alineados de perfumes franceses y de cremas para el cuerpo y oliendo a lavanda y, en toda la casa, descubriendo el olor limpiísimo y el piso impecable, no sólo violación de domicilio sino también de secretos, artículo ciento cincuenta y tres, qué hacía entrando en los secretos de su cuarto, en los de su enfermedad, preguntándome por qué los papeles rotos, y si se habría arrepentido, y de qué sirve arrepentirse, esa pobre chica sigue muerta, la hermana ya no será la misma, no tendrá la vida que hubiese tenido, recordará para siempre el haber estado en ese cuarto, haber removido las sábanas blancas, el acolchado azul, haber dejado huellas en los vasos y en la mesa de luz y en el respaldo de la cama tallado en madera, y recordará haberse cortado un dedo con la navaja parecida que compramos juntos para dejarla en lo de Paul, y con ese dedo sangrante haber manchado sábanas, haber dejado caer unas gotas también en la alfombra, haber visto su propia sangre en la habitación ajena, y luego haber salido, Anita por el ascensor de servicio, desde la puerta de la cocina, y nosotros por el principal, automático, a quién se le ocurre poner un original de Castagnino en el hall de entrada, Laura dejó más huellas, que digan luego que no estuvo allí, y abajo nos encontramos con Anita y con el guardia Sáenz y todos recibieron el dinero de mis manos sabiendo que no lo hacían por eso sino por la justicia, la justicia es así, créanme, hay veces en que mentir es necesario, pero ustedes confíen en mí, ya me conocen, saben quién soy, en este país no hay nadie que represente a la justicia como yo, quédense tranquilos, díganle al juez todo lo que ya acordamos, y por ningún motivo cambien sus dichos sin consultar antes conmigo, si ustedes no le cuentan a nadie lo que arreglamos va a estar todo

bien, ahora nosotros nos vamos y ustedes tienen que seguir haciendo sus cosas como si no pasara nada, apenas llegue Besançon va a venir la policía, cuando les pregunten qué vieron, ustedes piden hablar con el comisario Passalacqua, que va a estar a cargo y ya está al tanto de todo, y hablan con él, la causa va a quedar en el juzgado de Hernández, que está de turno, sí, Hernández, el que sale en la tele, el que usa tiradores y moñito, ese mismo, es amigo mío, no van a tener problemas, y me pregunto qué es en este país, con esta justicia, un poquito de abuso de autoridad y de violación de los deberes de funcionario público, artículo doscientos cuarenta y ocho, a él le repiten lo mismo que al comisario, Passalacqua va a estar contento, al fin su oportunidad de quedarse un rato a solas con Paul para hacerle confesar el otro crimen, el verdadero, aprovechando la confusión que sentiría por haber sido acusado de ése, me imagino a Paul diciendo que la herida de su brazo tiene una semana, que no es reciente, que la mire, que está cicatrizada, qué gracioso, Passalacqua abriéndosela de nuevo y preguntándole si así le parece bien, todo eso antes de consignarlo en la comisaría, será llevado y consignado, Hernández le dictará prisión preventiva, Laura no va a aparecer, quizá hasta la den por muerta, después dirá que salió corriendo de la casa de Besançon, él salió corriendo atrás y, tras escaparse de él y hacer el llamado de teléfono a la policía, ella sufrió un shock emocional y por eso no recuerda dónde estuvo en los días posteriores al crimen, seguramente vagando por las calles, ni siquiera sus tíos sabrán que otra vez la llevé a Junín, recién después se determinará en el juzgado que no fue violación sino apenas tentativa, por cierto excarcelable pero él ya se habrá enfrentado al castigo, nadie debe tener elementos para acusar a Laura de falsa denuncia, es una pena que no se le puedan agregar a Besançon las agravantes del artículo ciento veintidós, no habrá serio daño a la salud, ni vínculo familiar, ni concurso de varias personas, qué pena, pero no importa porque el verdadero castigo es que vaya a Caseros, Passalacqua se ha encargado de que todos en la cárcel, los guardias, los presos, que todos supieran que el niño rico francés abusó de una menor, y Hernández de que a pesar de su condición social no le dieran una celda VIP, que fuera al pabellón como cualquier delincuente común, o mejor, que fuera a “la villa”, vamos a ver cómo se las arregla, pensé, tendrá suficiente castigo, si tiene suerte lo matarán a las pocas noches, y la embajada francesa o el mismo Bernard, al enterarse, no podrán hacer nada, lo siento por él pero no puedo hacer otra cosa más que hablar con mi viejo amigo Gómez Marzini, el ministro de Justicia, para pedirle que detenga cualquier intento de ayudar a Besançon, y si la causa prosperase, aunque no creo, un sobre anónimo llegará al juzgado de Hernández, todo el crédito para Hernández, un sobre con las fotos de ellos juntos, qué más quieren, una confesión, una filmación del hecho, aunque no

tenga eso no voy a dejarlo respirar, no voy a dejarle nada; ni un centímetro de ventaja, no dejarlo respirar, eso, para él nada, ni un centímetro, nada, para él nada, asfixiarlo, no dejarlo respirar, no dejar entrar el aire, que se muera, y finalmente les digo, doctores, que el respeto por la ley debe estar, para un abogado, por sobre todo lo demás. Buenas noches y gracias por haber venido.

*Buenos Aires, septiembre de 1996 - Madrid, febrero de 1998*

## Índice

Uno .....	8
Dos .....	17
Tres .....	23
Cuatro.....	31
Cinco.....	37
Seis .....	44
Siete.....	49
Ocho.....	56
Nueve .....	62
Diez.....	68
Once.....	78
Doce .....	85
Trece .....	93
Catorce .....	100
Quince .....	106
Dieciséis .....	112

Esta edición de 7.000 ejemplares  
se terminó de imprimir en Indugraf S. A.,  
Sánchez de Loria 2251, Bs. As.  
en el mes de marzo de 1999